



Refugios

de amor y guerra

El parking

K. Spencer

Refugios de amor y guerra

El parking

R efugios *de amor y guerra*

EL PARKING

K. SPENCER

Esta novela está basada en hechos reales pero sus personajes y sus vivencias son ficción aunque muestren alguna coincidencia con la vida real. La novela no pretende ser un juicio sobre los hechos cometidos cuya resolución ha estado en manos de jueces y tribunales.



*No se permite la reproducción total o parcial de este relato, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art 270) y siguientes del Código Penal Código de registro: : **1803316398002***

Fecha : **31-mar-2018 3:42 UTC**

“ Alma de un solo día es mi vida sin ti....tu recuerdo, es muerte en mi primavera, y mi corazón late un mundo que el mundo no reconoce.

Pero hoy se me antoja que es un día como los demás

y miento a mi corazón para que no conozca separación ni distancia ”. Manel M.S.

Octubre de 1937 Reus.

Las tres de la mañana. La ciudad se ha quedado vacía, sin alma. Tintinean azuladas y temblonas las farolas, que espectrales alumbran las sombras de lo que hubo semanas antes de la destrucción.

Una ola de rabia se ha llevado por delante la vida de hombres, mujeres y niños que ante la devoradora máquina del poder han pasado a ser puntos de avance a su ansiada ambición despiadada.

Algunas casas aparecen descuartizadas, dejando ver lo que antes fueron hogares, manteniendo la huella en sus paredes las risas, caricias y los llantos que impregnaron sus días y sus noches. También quedaron los juegos en los parques enterrados, los sueños en el cielo ametrallado.

La noche no quiere despertar, ni afrontar otro día con temor a ser sorprendido por un nuevo bombardeo, e intentar escuchar a tiempo las tres sirenas.

Los vecinos que han quedado en la ciudad conocen las señales acústicas para dejarlo todo y salir corriendo a los refugios:

Un toque y un silbido de 30 segundos como alarma y 2 toques y silbidos pequeños y cortos al pasar el peligro. La campana de la Prioral de San Pere repica en un grito metálico haciendo eco de profunda pena ante el preludio de un nuevo episodio de espanto que va a pasar: que los aviones están ya muy cerca y el peligro acecha. Los avisos llaman a la inmediatez para salvar la vida en ausencia de radares. Los aviones están casi encima y apenas queda tiempo para reaccionar.

INTRODUCCIÓN

Querido lector, me gustaría que al asomarse por estas líneas logre empatizar con el sentimiento que me llevó a trazar esta historia.

Vivimos en un mundo en el que la figura del mal se asoma en trágicas ocasiones con su característica frialdad, hiriendo nuestro espíritu, dejando nuestra alma a la intemperie, en el desierto helado de la desolación. ¿Por qué

tantos poderosos con crueles ambiciones que controlan un país pueden hacerse con la vida de miles de personas ejecutándolas a través de sus subordinados? ¿Por qué tantas personas sólo por pensar y ser diferentes tanto en raza como en cultura, o pertenecer a otros países pretendiendo dominar tengan que sufrir los peores castigos y torturas? ¿Por qué tantos líderes ayudados por sus cuerpos militares arrebataron y siguen arrebatando la vida de personas y niños inocentes que no correspondían a cierto ideal político-social?

¿Por qué existe en ciertas personas el germen del mal, de la insensibilidad humana, de la crueldad, del sadismo?

¿Llegará el hombre algún día a controlar esa desmedida ambición por extender su particular concepto de lo que verdaderamente merece la pena conservar como especie humana?

Esta historia comienza situándonos en un entorno familiar que, debido a las tensiones políticas, va cambiando adaptándose a las trágicas circunstancias que acontecen en el inicio, desarrollo y final de la guerra civil española. Fueron momentos muy duros que marcaron el camino hacia la supervivencia a base de ir dejando atrás a seres queridos, ilusiones, y la propia patria. Quiero anticipar que la figura de Sebastián, uno de los miles de españoles que padecieron la encarnizada persecución en tiempos de guerra civil, irá apareciendo para manifestar todo lo que le aconteció a él y a la familia que dejó en España para acabar como recluso en el campo de prisioneros de Mauthausen, situado en Austria, entonces anexionada al III Reich. (1938-1945).

Al final del libro , para ofrecer divulgación de los hechos acontecidos y la necesidad de ser conocidos por la humanidad para rechazar el condenable maltrato a seres humanos de cualquier nacionalidad y condición social, he añadido notas que he podido extraer tras la búsqueda de información y documentación sobre la guerra civil y los campos de concentración nazis, especialmente el de Mauthausen, donde fueron a parar todos los españoles repudiados por el régimen franquista por ser considerados rojos españoles.

Desde mi profundo reconocimiento a las víctimas del gran holocausto, quiero honrar la memoria de todas las vidas que fueron derramándose en las

batallas, en las calles de ciudades bombardeadas, en las cárceles, en los campos de concentración y en las canteras que pusieron a prueba los límites de la resistencia humana.

A todos ellos, brindo este homenaje, que comparto con ustedes para extender este ensalzamiento de su memoria para que viva y perdure en nuestro recuerdo.

La segunda parte del libro es la que se narra en época actual. Valery descubre unas señales en el parking de su comunidad que la conducen hasta la época de la guerra civil, y ayudada por una psicóloga y un vecino historiador, descubrirá un importante legado que una familia dejó en uno de los refugios.

PERSONAJES

GRANADA



CARMEN RODRIGUEZ

RIUDOMS

VICENTE RUEDA

GLORIA SOLE

JOSEP GIL

 *REUS*

HORTENSIA RUEDA RODRÍGUEZ

LAUREANO GIL SOLE

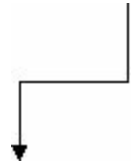
♡♡ *ENRIQUE GIL RUEDA MARGARITA NICOLAU

*VICENTA GIL RUEDA MATÉU CIFUENTES

♡ *TERESA GIL RUEDA MARCELÍ NAVARRO

___ ♡ * SEBASTIÁN GIL RUEDA

BEATRICE POLIAKOV SÁNCHEZ



HIJA DE

↓ ♡ IGOR POLIAKOV M ARIA SÁNCHEZ

RUSIA

2ª PARTE..EL PARKING REUS

VALERY DANIELA SIMÓN ANDREU ALEJANDRO

2017 PALABRAS DE VALERY, VECINA DE REUS:

Tengo ante mí un importante legado que ha llegado a mis manos y que quiero compartir.

Es parte de un pasado que ha quedado por resolver, y que me hace responsable de que al fin se lleve a cabo lo que, la persona que lo ha escrito, desde los confines del infinito, está clamando para que se realice y entonces poder descansar e izar por fin su vuelo en paz.

Nada más empezar a leerlo supe que se trataba de un alma en pena que vagaría errante por la Tierra hasta conseguir que alguien resucitara su memoria.

Aquí les dejo parte de su anhelo. Quiero que conozcan a Sebastián, la persona que dejó estas palabras que ahora resuenan libres tras su descubrimiento:

Notas halladas en el cuaderno personal de Sebastián:

“Quiero olvidar, Quiero volver a ser persona.

Quiero quitarme este martilleo de pena y dolor que atormenta mi corazón, mi mente, mi alma.

Quiero acabar con este sufrimiento que golpea mis entrañas.

Quiero sumergirme en el océano del olvido, de la Nada o del Todo, donde los entes se confunden en la espiral del infinito.

Sigo preso en la memoria de una existencia castigada por la crueldad absoluta jamás imaginada.

Detesto considerarme parte de esta humanidad si es que con ello están incluidos los que derribaron de un soplo las ganas de vivir, y lograron que arrojarse a las alambradas electrificadas, fuera la única salida ante el infierno que les hacían padecer.”

“Quiero recordar los años felices que viví en mi tierra y enterrar las visiones de torturas que se empeñan en sobresalir acallando toda esperanza de volver a ser la misma persona que era antes.”

Sebastián Gil Rueda.

Capítulo 1

Me llamo Sebastián, aunque haya sido el número 6830 *¹ durante cuatro largos años en el campo de trabajo y exterminio de Mauthausen,

situado en la anexionada Austria, y que ahora es una especie de mausoleo para honrar a las víctimas que allí perecieron tristemente de la manera más inhumana que se pueda considerar.

Nací en el año 1919 en una Masía de un pueblo de Tarragona llamado El Aleixar, donde mis padres y mi abuela trabajaban como masoveros. Éramos cuatro hermanos, mis dos hermanas Vicenta y Teresa, mi hermano Enrique y yo por orden de mayor a menor. La vida transcurría entre la granja, el huerto y la finca que cultivar, pero aunque no faltaba de nada en casa, siempre aspirábamos a un futuro mejor.

Mientras mi madre y mi abuela se ocupaban de la casa, la comida y tenernos a todos limpios y bien vestidos, dentro de las posibilidades, mi padre se encargaba del huerto, la finca y los animales. Teníamos tres cerdos, gallinas, patos, conejos y hasta algún cordero.

No nos faltaba comida en el plato, ni tampoco alegría en casa. Con mis hermanos era difícil aburrirse, siempre escapando de mi abuela que venía con zapatilla en mano para reñirnos, pues la hacíamos renegar cada vez que le cogíamos sus santos y les poníamos bigotes y barba con un lápiz. Luego ella tenía que volver a misa a por más estampitas, pues no había quien rezara a los monigotes que le dejábamos en todas ellas.

Jamás nos llegó a tocar un pelo, sólo nos chillaba para imponerse, porque era la persona más buena que he conocido jamás. Lo demostraba en todo lo que hacía, hasta el punto de que no se apartaba nada en su plato hasta que todos habíamos acabado de comer y, si quedaba algo en la cazuela, entonces metía su cuchara. Cuando le preguntábamos: — Abuela, ¿que no come usted? — ella nos respondía: — Ya he comido, me he puesto hasta arriba mientras hacía el guiso— pero yo sabía que no era así, y mi madre seguro que tampoco, por lo que le dejábamos buena parte para ella.

Así era ella, mi abuela Carmen, menudita pero con mucho nervio. No había día que no nos cantara sus canciones folclóricas, las que aprendió en su tierra, un pueblecito de Granada llamado *Cuevas del Campo*, del que nos hablaba con mucho cariño. Allí aprendió a entonar canciones de la época, como algunas del repertorio de zarzuelas de Ruperto Chapí *² “*La leyenda*

del monje” con las que acompañaba cada mañana con la gracia y salero tan propios de ella. Me encantaba escuchar sus serenatas, como la del maestro Tomás Bretón *³, con aires granadinos de la Alhambra. Todos sus quehaceres igualmente los hacía murmurando incluso sus propias canciones inventadas. Ésas eran realmente las preferidas por mi madre, que también cantaba, pero variaba el repertorio con otras en catalán que se escuchaban en la radio. Algunas eran de Josep Anselm *⁴ como “*El primer amor*” o “*A la luz de la luna*”.

Mi madre se llamaba Hortensia, en honor a la planta que entusiasmaba a mi abuela. Según ella, mi pobre abuelo Vicente, fallecido diez años después de llegar a Cataluña, siempre le decía: — “Con ese nombre, vas a conseguir que no se case nunca”. — Pues es sabido que las hortensias florecidas en casa de una mocita, auguran soltería, y el que lleve el nombre de dicha planta, otro tanto. Pero no fue así, y gracias a que la naturaleza agració con gran belleza y encanto en su forma de caminar y hablar, enamoró a mi padre, hombre de carácter que nada más verla quedó prendado de ella.

Se conocieron en el baile de las fiestas del pueblo. Él venía de otro pueblo, de Riudoms, invitado por unos familiares para pasar el verano con los primos, vecinos de mi abuela. Mi madre supo al instante que ese hombre era para ella, pues se llamaba Laureano. Sólo un hombre con nombre de planta podría alejar el maleficio de llamarse Hortensia. Un par de bailes en la Feria de Santa Marina, delante de la ermita un 18 de julio*⁵ y unos cuantos paseos por el pueblo, fueron suficientes para dar a entender que ya eran novios. Al enterarse su familia, en Riudoms, se lo llevaron de vuelta, dispuestos a romper esa relación. Tenían otras expectativas para su hijo, enlazándolo con la hija de unos terratenientes. A pesar de que ellos ya eran dueños de muchas tierras y bienes, su madre quería igualar o superar la riqueza de la familia con ese enlace. Habían prosperado gracias a las fincas de olivos y avellanos que tenían, aparte de viñas, pero éstas contrajeron la filoxera a causa de un insecto que ataca las cepas, y acabaron por sustituirlas por más avellanos. También tenían tierras de regadío que les daban buenas cosechas gracias a la construcción del pantano de Riudecanyes*⁶ .

Mi padre no hizo caso a las advertencias de sus padres de olvidar ese

noviazgo infructuoso y lo dejó todo para casarse con mi madre. Era un amor auténtico, que superó el gran obstáculo de llegar a verse sin nada, de ser desheredado por elegir a una mujer que apenas tenía donde caerse muerta, pero que tenía todo su amor y a él eso ya le era más que suficiente. La vida le recompensó con cuatro hijos bien agraciados, pues fuimos generosamente bautizados con la belleza de mis padres, destacando tanto en este aspecto de buen ver, que muchos vecinos solían decir: — ¡Qué nietos tan guapos se están perdiendo vuestros abuelos! — al referirse al desplante que nos hicieron dejándonos a un lado, sin querer saber de nosotros.

Unas fiebres muy fuertes se iban llevando la vida de mucha gente por entonces, y mis abuelos paternos Gloria y Josep enfermaron. Nos hicieron llamar para conocernos en el lecho de muerte. Primero murió mi abuelo, arrepentido de no haber podido disfrutar de nuestra infancia, y unos meses más tarde mi abuela, que con las pocas fuerzas que tenía nos dijo en sus últimos momentos:

— De un buen jardín habéis salido, ¿Verdad que no me odiáis? — con una profunda necesidad de que la perdonásemos.

No la tuvimos rencor. Habíamos sido muy felices sin su presencia, pues teníamos a mi abuela Carmen para los mimos y arrumacos que sólo una tía sabe añadir con tanta ternura a los que recibíamos de nuestros padres.

Al ser mi padre hijo único, heredó toda la fortuna, por lo que nuestra vida cambió por completo. El patrimonio abarcaba fincas, casas, bastante dinero como para vivir desahogados una buena temporada y una tienda de comestibles que tenían en Riudoms. Nos fuimos a vivir allí, y mi madre se encargó de la tienda. Mi abuela ya no estaba para muchos trotes y se quedaba en casa con sus guisos y sus canciones ya desafinadas por los años.

Un buen día, en plena Navidad, nos sorprendió el no verla nerviosa trajinando por la cocina, como solíamos encontrarla al levantarnos, y desde la cama nos decía que le lleváramos sus estampas. Fuimos a la estantería donde las guardaba, en una cajita y nos dijo que no era ahí donde las tenía, que mirásemos en el bolso de los domingos, que era el que llevaba siempre a misa. Y allí tenía todas las estampas a las que de pequeños habíamos

garabateado con bigotes y barbas. Las había guardado con todo su cariño, y ahora las pedía para tenerlas junto a su pecho. Aquél fue el primer instante de mi vida en el que sentí cómo puede doler el alma. Sin ella nada sería igual. Mis hermanas entonaban alguna canción, pero no tenían el calor que desprendían las de mi abuela.

Ellas eran muy modernas, coquetas, preocupadas por ser alguien en la vida. Pudieron y estudiar gracias a nuestra nueva posición económica. La mayor, Teresa, estudió para ser maestra y la menor, Vicenta, para enfermera. Mi otro hermano, Enrique, se dedicó a los coches, y se convirtió en un buen mecánico. Le encantaban los aviones, y pasó a trabajar en las naves de montaje y fabricación de los cazas rusos Polikarpov I-15 llamados “xatos” por la forma singular del morro. La nave se situaba la fábrica textil antigua del Vapor Nou, cuya chimenea la derribaron para evitar que se viera fácilmente desde el aire. Era un blanco importante. Tuvimos la oportunidad de ir a ver los “Bautizos del Aire”, en marzo del 1935, en el Prat de Llobregat, siendo éste uno de los momentos más emocionantes de mi vida. Enrique y yo fuimos invitados a presenciar este espectáculo dado que él había intervenido en la fabricación de alguno de los componentes de las avionetas. A mí se me daba bien el dibujo por lo que, estudié para delineante. Cada día bajábamos a Reus a estudiar por lo que al final optamos por ir a vivir allí, vendiendo la casa de mis abuelos paternos y la tienda. Mis padres se hicieron con un local en el Paseo principal, y se establecieron como comerciantes del textil, llegando a ser uno de los más importantes establecimientos de la ciudad. En el edificio de la tienda teníamos también la vivienda, en el piso superior. Había otros pisos encima del nuestro que albergaban a familias como la nuestra, con numerosos hijos que llenaban las calles de juegos y correrías. Cada tarde, para huir del jolgorio y poder estudiar, solía acudir a la biblioteca del centro y así no tener que gritar a los niños que parasen de chutar los balones.

Era el año 1936*⁷. Había recién empezado los cursos de especialización, contando con 15 años, cuando la sombra de la guerra civil fue esparciéndose por el cielo de mi vida.

Mi hermano Enrique y yo entramos en la 42 división republicana

impulsado por el fervor de las milicias en lo que se conoce como “La *quinta del biberón*” por ser jóvenes de apenas 17 años. Éramos en ese grupo 9.500. Participamos en una de las batallas más sangrientas, la Batalla del Ebro, en la que participaron un total de 100.000 combatientes. El gran problema, aparte de otros, era el aprovisionamiento de balas. No podían apenas defenderse, sin munición, pues en la zona republicana no había una buena industria de guerra. Se producían balas de cañón a cuenta gotas. Necesitándose 8.000 a diario, no llegaban a 1000.

Teníamos que franquear el río Ebro en barca por la zona norte, entre Mequinenza y Fallón. Al principio parecía que el avance iba teniendo éxito, pero después vivimos una lucha encarnizada, bajo el ataque de la artillería y aviación que bombardeaba nuestras posiciones, aunque nuestro bando consiguió en defensa antiaérea derribar algún *saboia 81 (bombardeador italiano)* que otro. Desde nuestras posiciones veíamos cómo volaban casi a ras del suelo los aviones proporcionados por la unión soviética, los Polikarpov I-16 *⁹ pilotados por el sargento Zarauza *¹⁰. Avanzábamos y retrocedíamos, tomando los puestos más elevados para dominar el escenario de la batalla bajo las órdenes de Manuel Álvarez*¹¹ hasta que el día 6 tuvimos que retirarnos y volver a cruzar el río. Mi hermano y yo participábamos en la creación de pasaderas a base de flotadores de corcho o madera para la infantería, y para que pudieran pasar los vehículos construíamos plataformas flotantes sujetadas por cables que tendíamos entre las dos orillas. Por ello apenas entrábamos en combate, más bien intentábamos evitar bombardeos. Los que luchaban en la parte central tuvieron que ingeniárselas para volver con la dificultad de ver el río crecido por la apertura de las compuertas de los embalses de Tremp y Camarasa *¹², que por la fuerza del agua arrastró pasarelas, camiones, hombres. La táctica de los franquistas de endosar explosivos a los troncos originó igualmente un caos cuando estallaban al chocar entre ellos. Tuvimos que reconstruir las pasarelas muy a menudo tras continuos bombardeos. Pero finalmente los puentes no pudieron soportar tanto peso, especialmente vehículos de guerra, teniendo que claudicar en el empeño de mantenerlos. Enrique y yo pudimos quedarnos igual que otros compañeros en la orilla que no corríamos peligro, pero muchos quedaron en el otro convirtiéndose en prisioneros. Un gran amigo de Enrique regresó incluso de haber dado con el bando de los rebeldes. Fue una suerte dar con un

soldado que había sido alistado por coacción como muchos.

La vuelta a casa fue casi un milagro, pues las pérdidas fueron cuantiosas*¹³ para ambos bandos.

CAPÍTULO 2

Intentamos reconstruir nuestras vidas en medio de aquel panorama gris, tratando de disfrutar los momentos que compartíamos juntos en familia al máximo. No se sabía lo que acontecería al día siguiente, o a la hora siguiente, o al minuto posterior, por lo que vernos unidos era la mayor de las satisfacciones.

Habíamos reemprendido algo los estudios. Mi hermano seguía asistiendo a las naves de montaje de los aviones, mis hermanas Teresa y Vicenta hacían ya prácticas tanto en enseñanza como en enfermería, y yo intentaba hacerme sitio entre los delineantes que trabajaban en el aeródromo de Reus. La extensión de los terrenos del aeropuerto adquiridos por parte del Ejército Republicano fue creciendo prometiendo ser una importante base militar de la zona, gracias a la ayuda de ingenieros rusos, que idearon y crearon importantes hangares sin columnas para no interrumpir el acceso y salida de los aviones.

Una tarde, mientras miraba los planos de una de las naves, vi entrar en la oficina a una chica rubia, alta, con la piel de porcelana y los ojos esmeralda. No había visto nunca una joven tan bella. Había tenido algún que otro romance esporádico con las compañeras de trinchera, pero era la necesidad de calor humano lo que imperaba en esos contactos tan intensos, en medio de tanta devastación. Seguí sus pasos cuando salió de nuevo y observé que entraba en un coche increíblemente caro, un Hispano-Suiza negro 60/75 CV

de 6 cilindros que estaba aparcado esperándola a la entrada del aeródromo.

Su forma de caminar era parecida al de las princesas que uno se imagina en los cuentos de hadas, la sedosidad de sus cabellos dorados ondulados desde la frente en una media melena, sus piernas atléticas y alargadas que avanzaban dando movimiento a su falda negra entablillada. Un cinturón marcaba su estrecha cintura y una camisa ajustada su elegante silueta.

Deseaba saber todo sobre ella, pero me parecía a la vez muy lejana por lo que ni me planteé intentar conocerla. Sin embargo, no ocultaba mi interés y seguí mirándola hasta que la vi entrar en su flamante coche, cuya puerta fue cerrada por un oficial que se puso al volante. Ella viajaba detrás, por lo que descarté que se tratara de su novio y más bien era el chófer. Me puse cerca de la carretera por donde tendría que pasar, y haciéndome el disimulado mientras encendía un cigarrillo, la volví a mirar justo cuando el coche llegó a mi altura, sorprendiéndola al comprobar que ella también me estaba observando con demasiada atención. Intuí una mueca en sus labios parecida a una sonrisa burlona, que me confirmó que se había fijado especialmente en mí.

Y ya no la volví a ver por allí durante el periodo que tuve que asistir a los proyectos de las naves y hangares. También me integré en el proyecto de las pistas del aeropuerto en las que se fue produciendo el tránsito aéreo con dos pistas aún sin asfaltar, de tierra de 1.100 por 60 y de 850 por 25 metros cuadrados cada una, en las que 500 paletas a pico y pala pusieron su empeño. También se ubicaron aeródromos en Maspujol y en Salou durante el periodo de la guerra civil. El de “Pins de Bofarull” fue uno de los más importantes, en un principio fue propiedad de reusenses aficionados a la aeronáutica, pero al estallar la guerra los republicanos se lo confiscaron. Allí se podían ver bastantes militares que vigilaban la franja y probaban los “Xatos”, a finales de julio del 36.

Cada vez había más trabajo porque en Getafe, la industria aeronáutica sufrió la ocupación y destrucción de toda actividad por parte del movimiento franquista de Madrid. Por ello se trasladaron a Reus muchas de las operaciones que en otros lugares habían sido interrumpidas, como la reparación de los “Katiuska”, que eran unos bombarderos rusos Tuppolev

SB-2 en la avenida de Cataluña actual plaza de la Libertad.

Esta base aérea tenía dos refugios que podían acoger a un millar de personas y diez refugios más alrededor del campo. Pero no se protegió como se deberían las instalaciones de los aviones. Sólo había dos baterías antiaéreas que luego se redujeron a una. Ni tampoco se protegió el conglomerado industrial de guerra en la ciudad. En el huerto de los Olivos, cerca de la actual calle Cambrils, había dos cañones, insuficientes para abatir algún avión enemigo que venían de Mallorca. Los cañones antiaéreos disparaban a los aviones que nos atacaban pero nunca los tocaban, por lo que seguro que los aviadores se reirían de la mala puntería que tenían esos cañones. Esos disparos antiaéreos no daban ningún respeto, nunca dieron en el blanco, ni por casualidad.

Mi trabajo se fue desarrollando a partir de entonces, en el diseño de los refugios que cada vez se extendían más a lo largo de la ciudad de Reus y alrededores.

En Barcelona los bombardeos comenzaron el 13 de febrero, y en otros pueblos como Flix, Alcanar, Tortosa.

Reus y su industria tenía todos los puntos para ser diana de los ataques.

En enero del 37 el Consejo Municipal aceptó la sugerencia del sindicato del ramo de la construcción para construir refugios, que era la mejor defensa pasiva contra los ataques aéreos indiscriminados. El sindicato haría gratis las excavaciones y las obras igualmente pero se pedía ayuda a la población para sacar la tierra de ellos. A todos los reusenses de diecisiete a sesenta años se les pedía que colaborasen pero en general no colaboraba casi nadie.

La gente no era consciente de que podía llegar a haber un serio bombardeo. Al principio, a pesar de los avisos para que se mantuviera la población resguardada de los posibles bombardeos, nadie hacía caso. Incluso los había que se asomaban a los áticos de los edificios para ver pasar los aviones. Hasta que un 9 de abril de 1937 empezaron a caer bombas sobre Reus, con el objetivo de desmoralizar a la población y hacer daño en la próspera economía que se iba desarrollando. La aviación legionaria italiana que se encontraba en Mallorca fue la que fue descargando las múltiples bombas que destruyeron edificios, hogares, familias, vidas, y más tarde la legión Cóndor alemana con bases en el país. Todo presagiaba un estado de alerta.

Se empezó a preparar la defensa creando todo el material bélico posible, y así nació la pirotecnia Espinos, el polvorín de Mas Sedó, la fundición Cal Blanch...

Ese fatídico viernes, 9 de abril cayeron cerca de sesenta bombas entre el campo de aviación y el huerto de las Olivas, causando dos heridos de los que uno no logró despertar nunca más. Me encontraba en esos momentos muy cerca de allí y aún recuerdo la polvareda, el gran estrépito y las carreras de los payeses que estaban entonces por la zona con sus productos de las huertas. Por suerte me pude poner a salvo en la bodega de una de las masías cercanas al campo. Después ayudé a llevar en los jeeps a los heridos y al fallecido hasta el hospital. No se imaginaban que iba a producirse tal ataque. Nadie se creía que la cosa iba en serio y que la mano negra del mal se cernía sobre nosotros.

Este ataque aceleró la construcción de los dieciocho refugios públicos que se proyectaron para que pudiera ocupar a toda la población de Reus, aunque no había tiempo suficiente y algunos no se pudieron acabar. Entonces Reus tenía 35.000 habitantes y los refugios tenían una capacidad real para algo más de la mitad de la población.

La Generalitat ayudó en el gasto de la construcción de estos refugios que a la ciudad le llegó a costar cuatro millones de pesetas*¹⁴. También se reunió dinero para esta gran necesidad de proteger a los ciudadanos gracias a las recaudaciones de las sesiones de cine y teatro y con las retenciones salariales del consejo municipal. El sindicato de banca y el colegio de agentes comerciales hicieron aportaciones semanales y mensuales respectivamente, por muy difícil que fue aplicar esta disposición en tiempos de tales tragedias.

Hacíamos reuniones vecinales para concienciar a todos que toda ayuda era poca, que había que intentar salvar la vida ante el eminente peligro de bombardeo casi sin previo aviso y que antes que lamentarse y vivir con profundo dolor por las posibles pérdidas, era urgente la colaboración de todos. Así lo recogía el bando municipal de mayo de 1937.

Se fueron así construyendo muchos refugios privados, unos 90 o algo más. Se señalaban para que estuvieran a disposición de cualquier persona que pasara en el momento de necesidad de amparo.

Establecí el diseño de algunos que servían para acoger a dos familias, de tal manera que tuvieran dos salidas facilitando el acceso si alguna entrada sufría un desplome. Excavamos a 12 metros de profundidad, con tres tramos de escaleras que iban a un pasadizo comunicante con la parte de los vecinos. El alumbrado y el paso de cañerías consiguieron que fuera uno de los más habitables de la zona. Después se hizo servir como bodega, y lugar de refresco en las noches cálidas.

A partir del 24 de agosto los bombardeos comenzaron a destruir la ciudad. Era delirante ver a la gente salir con lo que llevaran puesto, espantadas con el miedo en los ojos que reflejaban el más profundo lamento ante tal devastación. Cuando caían las bombas a primeras horas de la madrugada, no se sabía si era una terrible pesadilla o era verdad lo que estaba pasando. Ver los cráteres de las bombas nos demostraba el grado de violencia que se desataba hacia nosotros sin saber exactamente quién pilotaba esos aviones asesinos, qué le habíamos hecho para merecer eso.

Mis padres tapaban los cristales de los aparadores de la tienda con papel engomado, era la forma de evitar que los cristales se rompieran ante las detonaciones. Las farolas pintadas de azul y en baja intensidad daban aún más tristeza.

Nos conmovió la muerte de personas muy allegadas que veíamos casi a diario y que de pronto, ya no estaban entre nosotros, lamentando en medio de tal desmoralización la terrible pérdida de tales personas tan queridas que representaban nuestro día a día con su kiosco, su panadería, su sastrería, ...” Mi hermana Vicenta, que estaba ayudando en la maternidad del hospital, situado en un chalet de una familia de renombre, se salvó de milagro de un ataque aéreo, pero dos mujeres y un niño perdieron allí la vida. Mi padre, al ver el humo salir de allí, corrió a buscar a Vicenta y entre escombros la vio salir, llena de polvo y con algunas magulladuras. Juntos ayudaron a rescatar a más víctimas que quedaron malheridas. Ese día, hubo una decena de muertos y 36 heridos, dos de los cuales morirían días después ante el fallido intento de salvarles.

Mi padre mi hermano y yo apuntábamos edificios que habían quedado dañados, todos poníamos de nuestra parte para levantar la ciudad. Éramos una gran familia a la que socorrer, pues quién sabía si tu hermana o tu madre podían estar entre los supervivientes de las runas, ya nos considerábamos

responsables los unos de los otros y nos buscábamos para ir hacia la “columna del miedo” como así llamábamos al peregrinaje del atardecer para buscar protección en las masías y pueblos de alrededor. En ese peculiar éxodo diario, los que podíamos llevábamos en el coche a todos los que cabían. La brigada de salvamento contó con nosotros para asistir en todas las penalidades que acarreaban los bombardeos. También incentivábamos la moral, haciendo hasta la presencia del hidroavión italiano que venía de Mallorca para bombardear, no fuera tan dramática, bautizándolo con el nombre de Isidro con ánimo de hacer bromas sobre el asunto.

Nosotros volvíamos a Reus a pasar la noche, pues nos habíamos construido un refugio bajo la tienda. Si tocaban las sirenas de alarma por la noche no hacíamos caso, pues no solía pasar nada. La ciudad quedaba en una calma inquietante a esas horas, y si nos arriesgábamos a asistir al teatro o al cine, que no dejaban de ofrecer la sesión nocturna, teníamos la suerte de salir despejados sin la muchedumbre que de día generaba un gran colapso.

Al octubre, las bombas buscaban dañar las instalaciones más importantes, como el campo de aviación, estación de tren y central eléctrica. La cólera se hizo dueña del cielo que descargaba metralla incluso sobre la columna del miedo, siendo mujeres y niños objetivos militares sin ninguna piedad.

Narradora:

Las necesidades básicas se veían envueltas en grandes carencias debido a la falta de suministros. No nos llegaban apenas productos a las tiendas para poder comprar, y teníamos que acudir al estraperlo*¹⁵ para conseguir comer decentemente. El pan blanco era un lujo, y mi padre tenía que hacer doble turno por las noches en la fundición para poder comprarlo. Mi hermano y yo igualmente nos aprovisionábamos en pueblos de la zona de verduras y frutas para que hubiera algo de color en la mesa. Los más desfavorecidos económicamente, iban de noche a hurtadillas, procurando no ser pillados in fraganti por los guardias civiles que vigilaban los campos.

Pronto la ayuda llegaría de la Unión Soviética: Se había creado en la URSS un comité de ayuda al pueblo español. Stalin quería evitar la expansión del

fascismo. El embajador Rosenberg, casi considerado como un virrey ruso, recibía las peticiones de armamento por parte del ministro de Marina y Aire Indalecio Prieto para que Voroshilov, Comisario de Defensa Soviético las dirigiera a Stalin esperando su aprobación.

CAPITULO 3

Beatrice era la hija de Igor Poliakov, ayudante del embajador ruso y su esposa de origen español, María. Realmente su padre hacía las funciones de su superior, por lo que se le consideraba verdaderamente embajador en su fiel representación. Llegaron a principios de 1936 en un barco a Barcelona cargado de trigo, centeno, azúcar. Su procedencia era Odesa. Traían medicinas, ropa, armamento, además de víveres. Su familia contribuyó a completar la carga con toda clase de objetos, ropas, juguetes, que pudieran ayudar a los españoles necesitados. Beatrice añoraba comer naranjas españolas. Su padre se las proporcionaba cuando, desde España las enviaban junto a otros alimentos como intercambio del material armamentístico.

Tenían miedo de ser interceptados en el viaje. Según el pacto de No Intervención, no podían entrar en puertos del Mediterráneo, ni los barcos soviéticos ni los submarinos italianos. Por ello, en su barco se izaba una bandera falsa, disfrazándose su procedencia. En las cargas armamentísticas se podía leer un nombre cifrado: “*igrek*” indicando que se debía llevar a los hangares del Comisariado de Defensa, pues era material de guerra.

Ni los mismos milicianos conocían su contenido dado el gran riesgo de ser

descubierto. En ese viaje se organizó una tripulación disfrazada que no levantara sospechas, y a todos los pasajeros se les vistió con túnicas hindúes a las mujeres y a los hombres con indumentaria propia de países tropicales. Beatrice bromeaba viendo a su padre con el típico gorro de marinero hindú. Ella sin embargo, se vistió con estilo de aristócrata británica, que junto a otros pasajeros que habían elegido ese atuendo, hacía ver que iban de crucero turístico. Para ella comenzaba una gran aventura en una época en la que el mañana ya era una meta conseguida que había que celebrar..

De todos los barcos que zarparon hacia España entre octubre de 1936 y marzo de 1937, algunos se perdieron. En uno de ellos, el buque Komsomol, cuyo nombre era referido a las juventudes comunistas de la URSS, se transportaban 50 tanques T-26 y varios vehículos blindados, pero fue hundido tras ser bombardeado por el crucero rebelde “Canarias” entre Orán y Cartagena, en aguas internacionales. En él viajaba el hijo de uno de los mejores amigos del padre de Beatrice, Iván Mesenjejev, oficial soviético que se embarcó para ofrecer su ayuda como piloto aéreo y ayudar a los republicanos españoles. Tras el hundimiento no se supo si le cogieron prisionero, si las aguas lo devolvieron a alguna playa o desapareció en las profundidades del Mediterráneo, seguramente intentando ayudar a la tripulación hasta el último minuto. Habían estado muy unidos, casi como hermanos. Navegar por el mismo mar que se lo tragó era una manera de despedirse de él. Así como Iván, fueron en diversos viajes otros cientos de oficiales en ayuda de los republicanos españoles en una operación llamada en clave *Operación X*, dada su ilegalidad. Beatrice era muy temeraria, y a pesar del riesgo, no dudó en unirse a sus padres en la travesía y poder ayudar con sus traducciones, pues hablaba perfectamente el español, su lengua materna así como el ruso.

Las estrategias para enviar ayuda al frente republicano desde Rusia procuraban proteger las embarcaciones. Las que zarparon después del septiembre de 1937 no pudieron hacerlo ni desde Odesa, Feodisia, Jerson o

Sebastopol y tuvieron que hacerlo desde Leningrado, Murmansk o Cronstadt para no ser interceptados por los submarinos italianos según detectó la NKVD* y coger otra vía a través del Báltico y el Mar del Norte. No atracaban en España, sino en puertos franceses como Burdeos, Le Havre o Cherburgo. Y desde allí la mercancía iría en ferrocarril hasta España.
**Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos soviético*

Fue, en uno de esos viajes de vuelta de los buques rusos donde algunos españoles comenzaron su etapa en el exilio.

Con motivo del recibimiento del cargamento que venía de Odesa, Sebastián fue con un convoy a recoger parte del contenido al puerto de Barcelona, esperando poder abastecer los puntos de reparto de alimentos y material necesario en Reus.

El ajetreo de las idas y venidas de carros para transportarlo todo se vio de pronto paralizado ante la presencia de un pasaje excepcional. Los pasajeros que habían servido para despistar el verdadero motivo del viaje, iban ataviados con singulares vestimentas, más bien era un pase de modelos que contrastaba con la miseria y suciedad que rodeaba las inmediaciones del puerto.

Las personalidades más relevantes fueron desfilando a través de un pasillo que los miembros de seguridad habían procurado con barras y cuerdas sobre anillas, incluso una alfombra sirvió para que los pies de aquellas personas que venían desde tan lejos, tuvieran un primer contacto placentero con el país al que venían a rescatar del hambre y falta de material bélico.

Entre todas esas personas destacaba la elegancia de la joven rusa hija del embajador. Sebastián, nada más verla, la reconoció. Era la misma joven que había visto en el aeródromo aquel día. La discreción con la que viajó entonces no permitió que él averiguara la familiaridad que la unía a la causa republicana, y no fue hasta ese momento que pudo reconocerla como una valerosa mujer además de hermosa.

Un ímpetu se apoderó de su corazón y utilizó las artimañas que surgieron para conseguir el puesto que ocupaba el chófer que les llevaba al hotel Majestic.

Cuando ella se dirigió hacia el coche oficial, acompañada de sus padres, no se imaginaba a quién se iba a encontrar: al ingeniero con el que no había dejado de soñar en volverlo a ver. A pesar de la distancia, buscaba su rostro entre los demás hombres. Pero no hallaba el brillo de aquella mirada en ninguno, por muy fugaz que llegó a ser. Sólo encontró afecto en Iván Meterjev, almirante desaparecido en el hundimiento del buque Komsomol. Las frecuentes visitas a su casa, en Moscú, les convirtieron desde niños en una pareja muy bien avenida, que pasaron de los juegos inocentes a las caricias que exploraban sus curiosos cuerpos adolescentes. Pero no pasó de ser sólo eso, escauceos sin pasión, de los que más bien reían por encontrarlos simplemente novedosos en sus primaverales edades.

Capítulo 4

1937. La embajada rusa se había instalado en Barcelona en una de las casas más elegantes de la montaña del Tibidabo. Anteriormente habían dispuesto una habitación en el Hotel Majestic, situado en Paseo de Gracia. La casa, de estilo modernista, estaba rodeada de mansiones de la alta burguesía. Tenía tres plantas y dependencias para la servidumbre. Un gran salón eran el centro de reuniones que adornaban imponentes columnas de mármol de Carrara* ¹⁶. Pero lo más importante que tenía esa gran mansión era un gran búnker que se construyó en su subsuelo, convirtiéndose en una verdadera fortaleza para el cuerpo diplomático ruso protegida de los bombardeos. Este refugio contaba con toda clase de comodidades diferenciándose de los que se veían en las calles populares. Contaba con una cocina, un grupo electrógeno autónomo, despensa, dormitorio y letrina. Sus muros de hormigón eran terriblemente resistentes, al alcanzar los 49 centímetros de espesor. Para

evitar el derrumbamiento del acceso, la puerta estaba hecha de hierro colado y sólo se podía abrir y cerrar desde dentro. Para más seguridad había otra salida que igualmente era blindada y accesible desde dentro y tenía su salida hacia la parte trasera que daba al jardín.

Capítulo 5

Sebastián no paraba de mirar a Beatrice desde el espejo retrovisor. Ella se acomodaba atrás junto a su madre intentando no ruborizarse más de lo que pudiera delatarse ante su progenitora, que ya había notado cómo los dos jóvenes se habían quedado atónitos al reconocerse. María, la madre de Beatrice ya había venido observando en su hija el profundo interés que tenía en volver a Reus, a pesar de tener que estar en Barcelona y seguir las instrucciones de seguridad que requerían su estancia. No se imaginaba que estaba más cerca de lo que se pensaba ese hombre que a su hija le había despertado tanto la necesidad de querer colaborar con la causa republicana española.

— ¿Puede ir más despacio, oficial? — preguntó en perfecto español Beatrice.

En realidad, lo que no quería era llegar demasiado pronto al hotel, para poder disfrutar aún más del trayecto y acabar de reconocer el rostro que había estado intentando de reconstruir esos meses.

— Por supuesto, señorita. Sus deseos son órdenes. — fue lo que se le ocurrió contestar a Sebastián contento de haber pasado la prueba de suplantar al chófer.

El trayecto finalizó delante del hotel. Él se bajó primero para abrirle la

puerta primero a ella y después al embajador, olvidando a su madre que miraba con curiosidad comprobando la electricidad que se adivinaba entre los jóvenes.

Él esperaba que ella se girase al subir las escaleras y así fue. El viento jugaba con su falda plisada y su sombrero, que de repente salió disparado hacia el suelo en dirección a Sebastián. Parece que el destino estaba de su lado y les dio la oportunidad de acercar sus caminos cuando, al devolverle el sombrero, ella le agradeció el gesto estrechando su mano. Cuando él la tomó, la acarició con sus dedos disimuladamente y , al apartarla para dejarla marchar, notó que le había dado una cosa a escondidas, y con disimulo cerró la mano para descubrirlo después.

Al volver al coche volvió a mirar hacia la puerta del hotel y se reencontró con su mirada cristalina, esta vez en señal de profunda complicidad.

Una vez en el vehículo, comprobó que le había dado una moneda muy especial, acuñada y de oro puro.

No quiso sentirse como alguien al que le dan una limosna, y mucho menos con el oro que había ido a parar a Rusia proveniente de las arcas españolas, por lo que con orgullo y rabia decidió devolvérselo cuanto antes.

En cuanto tuvo oportunidad, la sorprendió en el salón del hotel, indicándola que se acercara a la recepción. Entre el murmullo de la gente que se acercaba para ver el evento de tal magnitud, los dos tuvieron ocasión de hablar sin llamar la atención.

— No necesito su limosna, señorita.

— No lo es. Sólo quería utilizarlo como pretexto para hablar con usted.

Desde entonces se hicieron inseparables. Ella buscaba cualquier excusa para estar con él. Su misión como traductora le sirvió para ir a Reus acompañada de su madre y así dar instrucciones a los profesionales que se ocupaban de los materiales que llegaron del buque ruso. La madre de Beatrice, María, pronto se hizo amiga de la madre de Sebastián, Hortensia, y le mostraba patrones para confeccionar vestidos que entonces estaban de moda en su país. Las dos familias empezaron a hacerse bien avenidas, dado el

cariño con el que trataban a la traductora rusa, a las que Teresa y Vicenta ya consideraban como una hermana más.

Cada vez que volvían a Barcelona, se encargaba Sebastián de llevarlas, y una vez que la embajada se asentó en la mansión del Tibidabo, invitaron a su familia a pasar unos días con ellos. Su refugio era una verdadera fortaleza, un búnker que aseguraba la vida en tales circunstancias tan devastadoras. Pero no fue precisamente allí donde les sorprendió juntos un bombardeo, sino en el mismo Reus, el día que se habían quedado solos esperando a que regresaran sus madres de casa de una de las más prestigiosas clientas de la tienda, deseosa ésta de ver las novedades de la moda.

Esa tarde, en medio de un gran alboroto, en el que la gente salía atropellada para refugiarse de un inesperado bombardeo, Beatrice y Sebastián tuvieron que entrar en un edificio en el que se albergaba uno de los refugios aprovechando las bodegas de su subsuelo. Ese bombardeo fue a traición, como todos, pero ése fue casi una maniobra de prácticas para el enemigo, ya que sabían que a esas horas no quedaba casi nadie por Reus, que todos habían cogido el camino del miedo hacia las masías de los alrededores.

Solamente estaban él y ella allí dentro, abrazados en mitad de la tragedia, sintiendo las voces de pánico que asolaban las calles, en las que se buscaban los unos a los otros, en un intento por permanecer juntos los miembros de la misma familia o amigos en los mismo refugios. Beatrice estaba pegada a él, latiendo a la misma velocidad que su corazón, respirando el mismo aliento, contrayendo sus cuerpos que reclamaban fusión, confundirse uno y otro en un mismo ser para fortalecerse en esa terrible circunstancia, en la que no se sabía si iba a ser la última de su existencia.

Parecía que fuesen el único hombre y la única mujer en la Tierra, que fuera no existía nada, que allí dentro se manifestaba lo que debía surgir entre ellos, y que era parte del destino al que no se consideraba en tiempo futuro, sino en presente.

Tras la calma, una vez que la muerte dejó de amenazar con sus ráfagas mortíferas, Beatrice rompió a llorar, buscando en el pecho de Sebastián consuelo.

Su carita se pegaba contra el pecho del joven, y las lágrimas iban bañando su cuerpo. Después él tomó su barbilla con la mano, acercó sus labios y la besó. El sabor salado se empezó a confundir con su propio aroma de mujer y la suavidad de su tímida lengua que por impulso tomó sus riendas dirigiéndose a la de él. La liberación del resto llegó igualmente, y entre abrazos y caricias llenas de angustia y pasión, acabaron por culminar lo que el pudor en esos momentos no quiso parar. Sólo así pudieron hacer frente a un nuevo comienzo en ese mundo en continua destrucción.

Capítulo 6

En 1938 tembló el corazón de Reus.*¹⁷

Ante la terrible tragedia que presenciaban casi a diario, en medio de continuos ataques aéreos, muchas familias decidieron marchar definitivamente de la ciudad, dirigiéndose a Francia no sin ello exponerse a ser detenido y fusilado por las tropas franquistas. Antes que exponer a los niños a este riesgo, fueron enviados desde diversos puertos a Rusia, donde las autoridades soviéticas les procurarían familias de acogida y el Comisariado Popular de Educación de la República Federativa Socialista Soviética de Rusia colaborando con la Dirección General de Casas Infantiles para niños españoles intentarían que se adaptaran lo mejor posible, aprendiendo el idioma y cultura ruso no sin tener que olvidar su cultura y lengua materna que para ello pusieron a su disposición pedagogos y maestros españoles.*¹⁸

Teresa sintió la llamada de socorro ante la cantidad de niños que quedarían en aquel país tan lejano, y después de haber perdido la criatura que llevaba en su vientre en una de las espantadas carreras hacia el refugio, decidió hacerse cargo de los hijos de otros padres que a ella confiaron.

Ella no sólo supo lo que era perder a un hijo, sino también al amor de su vida.

Le conoció no precisamente en un colegio, o en una plaza, sino en el mismo confesionario al que acudió para redimirse de una falta que para ella era propia de recibir penitencia. Había sorprendido a su hermano Enrique en pleno desenfreno con una miliciana a la que ayudaba con su jeep averiado. Fue una tarde que Teresa se acercó a la nave donde trabajaba para avisarle de que el padre quería hablar con él para introducir un grupo electrógeno en el refugio, ya que muchas noches las pasaban dentro y necesitaban luz. La instalación eléctrica había quedado dañada y no pasaba la corriente por los cables que habían introducido.

La chica estaba semidesnuda encima de una pila de sacos, y Enrique no paraba de besarla y rozar su cuerpo con el suyo. No quiso interrumpirles ni llamar su atención. Se quedó medio sorprendida sin saber cómo reaccionar, sintiendo que aquella escena era necesaria de olvidar así como de que su presencia pasara desapercibida por ambos.

El remordimiento por haber estado allí hasta el final, la llevó a confesar los pensamientos que en su mente se paseaban a partir de la visión. Dentro del confesionario se hallaba Marcelí y no el mismo sacerdote que solía dar misa en la Prioral.

Marcelí entró en la orden de los claretianos de Lérida a la edad de 9 años. Sus padres querían que recibiese una buena formación, pero a duras penas tenían para ir tirando, por lo que, cuando manifestó su vocación en sus intervenciones en el coro de la Iglesia, le animaron a seguir como monaguillo para seguir de seminarista. Fue destinado a Reus para servir a pesar de las persecuciones que por entonces sufrían los miembros eclesiásticos. Su voz era un portento y por ello se le consideraba más que un religioso un prodigio que apreciar. Además no manifestaba más que verdadera intención de ayuda y socorro a las personas necesitadas. El padre Bernat que dirigía entonces el seminario, veía en él un alma pura, y la sinfonía de su voz un signo de estar bendecido por los ángeles. Pero la Naturaleza jugó caprichosamente dotándole también de una atracción especial sobre el sexo femenino. En sus adentros se disputaba una lucha interna para refrenar el instinto al escuchar a Teresa, pero no tuvo capacidad y sintió el impulso de hombre haciendo olvidar sus votos. Tras la celosía del confesionario vislumbraba los ojos

negros de ella, sus labios carmesí bajo el velo calado que recogía su recato de feligresa.

— Un Padre Nuestro y dos Ave Marías— escuchó ella advirtiendo que la voz no era del padre Miquel, que era el que confesaba siempre.

El misterio sobre qué sacerdote había escuchado su falta, hizo que se esperara al acabar la misa y así poder descubrirlo. Su madre y Vicenta se iban ya y la llamaban.

— ¡Vamos, Teresa! Que nos esperan... — refiriéndose mi madre a la preocupación de mi padre cada vez que íbamos a misa, pues era un objetivo de los ataques.

— ¡Ya voy! Es que me he dejado el rosario en el banco — se escudó Teresa en el pretexto.

Al volver a entrar vio salir a Marcelí del confesionario. Se miraron y entendieron en ese mismo instante que estaban hechos el uno para el otro. Los ojos del seminarista eran el cielo que ella quería contemplar cada mañana y los labios de ella eran el cáliz que él deseaba rozar para saciar su apasionada sed de amor.

Vivieron un intenso romance a escondidas de todos, llegando a consumir carnalmente la unión que sus almas y sus cuerpos, libres de todo temor ante lo que se manifestaba tan extraordinariamente bello, no pudieron evitar. La agitada relación derivó en preocupación cuando a ella le empezaron las náuseas y los vómitos, haciendo sospechar un embarazo. La desesperación de ser descubiertos unida a la angustia de no poder manifestar abiertamente su amor era terrible. Marcelí prometió a Teresa que dejaría los hábitos y empezaría una nueva vida con ella ejerciendo de docente y protector de los niños desamparados que habían quedado huérfanos o sus padres habían sido encarcelados.

Nadie se enteró de sus encuentros, pues lo único que podrían decir sobre ellos era que comulgaban las mismas ideas y actitudes voluntariosas con los niños y que hacían una buena pareja en la misma devoción pedagógica.

Nadie sabía tampoco de su embarazo, ocultado bajo la amplia bata que solía llevar sumada a la extrema delgadez que apenas dejaba pronunciar volumen en su barriga. Pero ellos confiaban en poder ser padres cuando tuvieran la fuerza para poderlo desvelar.

Marcelí dejó los hábitos y desempeñó una labor fantástica reuniendo a todos los niños desprotegidos de la guerra. Un viernes 21 de enero de 1938, ocurrió algo que cambiaría para siempre sus vidas y las de muchos vecinos de Reus. Iban a encontrarse cerca de la calle San Lorenzo cuando las sirenas comenzaron a alarmar de los ataques eminentes que tres aviones Savoia 794 iban a desplegar lanzando bombas en casi todo el centro, con la inicial intención de destruir las naves donde mi hermano trabajaba el el montaje de los aviones Polikarpov “xatos”, y que asolaron todas las calles de alrededor. Empezaron a caer bombas por la calle San Juan, San Elías, Prat de la Riba, Ample, y daba de lleno en el punto de nuestro encuentro, la calle San Lorenzo. Marcelí venía de la plaza de los Cuarteles*¹⁹ gritando a todo el mundo que no fuera hacia allá, pues había caído justo una bomba a la puerta del refugio produciéndose una horrorosa carnicería. Se metió en el refugio de la plaza Prim en medio del pánico que asolaba las calles. A Teresa no le quedó otra que entrar a toda prisa en el refugio de la Patacada esperando que su amor igualmente buscara ocultarse ante la masacre que estaba cayendo en la ciudad. Sus temores y el tener que asistir a los que iban entrando medio destrozados, le provocaron fuertes contracciones que indicaban que iba a sufrir un aborto. Perdió a la criatura llorando al ver la sangre salir de sus entrañas, confundiéndose con la de una mujer que había sido herida en las piernas y que se retorció de dolor a su lado.

Tras las detonaciones, y cuando los avisos de que se podía salir se empezaron a escuchar, fueron saliendo ayudados por los sanitarios, que no paraban de llevar en camillas a los numerosos heridos y tapar con lo que podían a los que habían fallecido. El espectáculo no podía ser más dantesco. Pedazos de seres humanos esparcidos que dejaban el corazón más que roto, el alma encogida y las ganas de despertar de esa horrenda pesadilla que no acababa nunca.

Teresa anduvo buscando a Marcelí y al ver a su hermana Vicenta, que estaba vendando la cabeza a una señora que sufrió el impacto de las runas, le preguntó si había visto al ruiseñor, como así le llamaban en confianza en su casa, pero las fuerzas le empezaron a flaquear y se desmayó allí mismo. Vicenta la examinó en una de las casas y comprobó lo que le había pasado.

— No te preocupes. No diré nada. — prometió Vicenta.

— Marcelí... necesito saber si está bien. — suplicaba a su hermana.

No pasaron dos minutos cuando apareció él, loco por encontrar a Teresa. Vicenta y él se miraron y se transmitieron la necesidad de guardar esa verdad en secreto.

Capítulo 7

Lo que sucedió después pasó a considerarse una forma de sobrevivir, pues el ejército sublevado tomó Reus el 15 de enero de 1939 y todo el que tenía relación con la resistencia era fusilado o encarcelado.

Los que aún estaban en el bando de la resistencia, sufrían las consecuencias desapareciendo de las vidas de sus seres queridos, en una ola de desconsolada tristeza e impotencia y a partir de tales deseos de rebelarse a los sometimientos, algunos hombres y mujeres con carácter de lucha se fueron a los montes desde donde intentaban vengarse de los asesinatos que se cometían a diario.

Vicenta fue llamada una mañana por uno de estos miembros llamados “maquis”^{*20}, que estaba herido de gravedad y no podía desplazarse pues era objetivo de los fascistas.

El mensajero que, igualmente arriesgaba su vida, la llevó hasta La Mussara, un pueblecito situado a 26 kilómetros de Reus, donde estaba esperándolos Matéu medio desangrado. Había sido tiroteado al intentar liberar a unos compañeros que llevaban en un camión destino al paredón del cementerio, para fusilarlos. Matéu y otros tantos dispararon a las ruedas haciendo que el vehículo parase, y al salir los ocupantes lanzaron una ráfaga de disparos que aniquilaron al conductor y al acompañante, quedando liberados los que iban a

una muerte segura.

Pero al volver, Matéu notó que salían borbotones de sangre del costado derecho, a la altura del hombro, y a duras penas regresó a la cueva en la que se ocultaban.

Fue así como se quedó herido, explicándolo a la enfermera que no paraba de poner gasas y presionar sobre la herida. Una vez que, ayudada por uno de ellos, pudo extraer la bala sin anestesia, a base del licor, regalo del padre de Beatrice, que cogió precipitadamente de su casa, le rogó que descansara para que se cicatrizara bien.

—Sólo con sentir su voz descansa mi espíritu, Vicenta— susurró Matéu, desahogando su arrebatadora atracción por la bondadosa enfermera.

Era indudable que entre los dos había surgido una fuerte amistad. Él se sintió responsable de la seguridad de su adorable enfermera, y para cerciorarse que regresaba sana y salva a su casa, ordenó a sus mejores y valerosos compañeros que la protegieran durante todo el trayecto de vuelta. Y así fue, pues se sabían los caminos para no ser sorprendidos y aliados que les avisaban desde diferentes localizaciones antes de seguir esas vías si avistaban algún peligro.

Pasados unos días, ella volvió a escondidas de su familia, que nada sabía de su reciente actividad, y ante la alegría de verle recuperado, lo celebraron en la montaña intentando recuperar la felicidad que les habían robado.

Juntos contemplaron la puesta de sol, imaginándose en una Tierra libre, abrazados hasta el amanecer.

CAPITULO 8

Septiembre de 1939.Campo de refugiados de Mauthausen, cerca de Linz, en la anexionada Austria al III Reich.

Diario de Sebastián:

“El martilleo metálico de las campanas agita con su anuncio la vuelta a la horrenda realidad en los barracones de Mauthausen. Pasan cuarenta minutos de las cuatro de la mañana.

Estoy apiñado junto a una multitud de prisioneros, británicos, francés, españoles...en un barracón que debía ser para 300 pero que han hecho que nos tengamos que alojar dos mil .Al lado de nuestra barraca han llevado a los judíos, la número 5, pero por lo que me han contado será por poco tiempo, los asesinan inmediatamente. A nosotros nos van a explotar al máximo, hasta consumirnos, según me cuenta un preso, Damián, que lleva aquí ya una semana. Tiene las vértebras marcadas de la mala nutrición, el arduo trabajo y quizá alguna enfermedad que se lo esté llevando por delante. No para de toser. Tiene igual que yo un triángulo cosido al uniforme de color azul con la S de Rotspaniers. Él me ayudó a coser el mío para que no me quedara torcido. Todo error aquí es duramente castigado.”

Sebastián ha llegado hasta allí, desde la estación de Angulema en Francia donde empezó el camino a los campos de concentración. Tras haber estado en el campo de concentración de Dachau, por el que pasaron más de 600 españoles, aparte de una gran mayoría de polacos y también muchos alemanes que estaban en contra de Hitler, Franco dejó que hicieran lo que quisieran con ellos, eran unos apátridas, rotspaniers, la peste del país que no debía regresar sino acabar como esclavos y diana de la ambición nazi. Fue así

como les enviaron a Mauthausen, el destino de las víctimas de la persecución franquista.

Le han obligado a llevar igual que a los demás, grandes bloques de granito desde la cantera hasta la explanada donde un camión los va recogiendo, teniendo que subir 186 peldaños entre empujones y latigazos.

Su hermano ha quedado en Dachau, o eso cree, porque no le ha podido encontrar entre los presos. Su rebelión al negarse a recoger la gorra en la zona verde le costó el encierro en un búnker con continuos castigos que puede que hayan acabado con su vida. Es una práctica habitual que les sirve como entretenimiento a los kapos del campo: tirarles la gorra a la zona verde cercana a la alambrada para que la recojan. Si pisan el verde les tirotean. Es una franja prohibida. Si no recogen la gorra, les torturan. Por eso no sabe nada de él. Sólo sabe que al cuarto día de su encierro le iban a sacar fuera, pero ese mismo día le trasladaron a ese otro campo, al de Mauthausen, desde el que le espera para poder abrazarlo de nuevo. Si es que sobrevive, porque cada día mueren muchos españoles, víctimas del hambre, las torturas, o hasta los mismos perros que se tiran a despedazar al que haya sido señalado por vigilantes polacos, que son más brutales que los mismos alemanes nazis. Los que quieren salvarse, además de obedecer, trabajan para hacer el trabajo sucio de los campos, ser capos de vara y tratar a los demás reclusos sin piedad alguna para satisfacer a los miembros de las SS.

Cada día piensa en su familia. En sus hermanas Teresa y Vicenta y en sus queridos padres. Se refugiaron en una masía de Riudoms que perteneció a los abuelos paternos. La familia de Beatrice también se fue con ellos, dado que se habían prometido a pesar de no ser precisamente tiempos para el noviazgo...

La unión de las dos familias se consolidó pero no les benefició, sino todo lo contrario, eran amigos del enemigo soviético, por tanto estaban en el punto de mira del avance fascista. Compartieron las penas y el hambre ayudaron a construir refugios, escondites, pues lo que tenían en mente era sobrevivir, aunque fuera bajo tierra, lejos de las miradas de los que cada día

iban sacando gente de las casas para fusilarlos o hacerlos prisioneros.

Laureano, el padre de Sebastián, se dedicó a buscar pozos para abastecer las masías que quedaban en los alrededores y en alguna de ellas estaban decididos a irse a vivir para más tranquilidad. Una vez señalado el sitio perfecto gracias a su don de zahorí, vio que había una casa cercana al barranco que da a la riera que servía para guardar los aperos de labranza, pues por allí se plantaban hortalizas en extensos campos cultivables. Las dos familias se quedaron allí hasta que habilitaron un refugio cerca de esa casa, pero con la entrada en la pared del mismo barranco, donde nadie se pudiera imaginar esa excavación. En Riudoms estaban en peligro, pues ya se había corrido la voz de que una familia era amiga de otra rusa, por lo que tan pronto hicieron el refugio se instalaron en esa especie de cueva todos, excepto Enrique y Sebastián que eran los más buscados y tuvieron que huir a Francia con gran dolor y desesperación por tener que dejar a sus seres queridos y lanzarse a la aventura..

CAPÍTULO 9

Campo de concentración de Dachau, Baviera, Alemania. Agosto de 1939

Enrique intentaba recordar el sabor del arroz con leche que le hacía su madre. En esos momentos era lo que le servía para distraer su cabeza ante el encierro en aquel bunker del campo de concentración de Dachau.

Sus recuerdos invadieron todas las paredes hasta derribarlas y ofrecerle el horizonte ilimitado al que debía regresar. Ni sus heridas ni sus magulladuras eran suficientes para retener las pocas fuerzas que le quedaban.

Se dejó llevar por el deseo de acariciar la toquilla de su querida madre, de oler su perfume a lavanda, de reír con sus hermanas cuando se pintaba los labios con sus carmines, haciendo el payaso. Sólo él sabía cómo enfurecerlas también al cambiarles las medias para que se volvieran locas buscando los pares que les faltaba. Pero también era el que las llevaba a reparar cuando se hacían alguna carrera, y se las devolvía a cambio de un rato sentadas escuchándole tocar la harmónica. Solo se sabía tres canciones, y hasta que no acababa no las dejaba levantarse del asiento

Un pequeño hilo de luz se coló por una rendija del techo. Era de día. Calculó así contando los minutos lo que faltaba para oscurecerse y más o menos adivinar la hora.

La trampilla de salida de aguas estaba a un extremo del habitáculo, intentó quitarla pero estaba fuertemente sujeta. Entonces no le quedaba otra que esperar a que le sacaran de allí. Por la noche abrieron la puerta y metieron a otro preso. Ese fue el momento. Dibujó en su rostro una apariencia mortal, la boca abierta, los ojos medio cerrados con la fijación de la parálisis total. Hizo como si estuviera muerto.

— Sacad a éste de aquí — ordenó el encargado.

Debía de estar tan blanco e inmóvil, que pareciese sin vida, con el agarrotamiento en los músculos en la postura que había visto en muchos cadáveres. Y así resultó. Lo sacaron en una carretilla para llevarlo al montón junto a las demás víctimas de aquel holocausto.

El montón de cuerpos fue llevado al otro lado de la alambrada, al foso que habían cavado los prisioneros durante todo el día. Y los dejaron caer dentro para tirar por encima paletadas de tierra.

Enrique se quedó hacia abajo, procurando que su cara no quedase arriba para no tragar arena. Solamente habían echado diez paletadas, por lo que seguramente iban a traer más cuerpos para completar la fosa. Una vez se quedó todo en silencio, se empezó a arrastrar entre el amasijo de huesos de los que no se pudieron tener en pie y que dejaron esa tortuosa vida para entregarse al descanso eterno. En cuanto pudo subir en esa escalera humana, se fue deslizando milímetro a milímetro hasta conseguir despistar a los

mismos ratones que por allí pululaban, que sin considerarlo una temeridad, se subían encima de su maltrecha espalda. No pudo resistir el mordisco de uno de ellos, y se sacudió con violencia, con la que llevaba contenida desde que había subido a uno de los trenes de prisioneros. Le sobrevino la alerta de salir corriendo de allí, de escapar antes de que volvieran con más cuerpos y le rematasen o empujaran debajo de nuevo.

Por esa zona había algún que otro campesino que, ayudado de presos de confianza, proveía de hortalizas y frutas las mesas de los oficiales con sus pequeños huertos.

Podían dar la voz de alarma si divisaban una fuga de presos, pues de no hacerlo, recibirían represalias si se enteraban en el puesto de vigilancia. Pero a él no le echarían de menos, era un muerto más que olvidar. Al pasar por uno de los jardines tapiados, tiró de una de las prendas que había tendida enfilándose en el muro. Necesitaba pasar lo más desapercibido posible. Unos pantalones que le quedaban anchos y una camiseta que también pudo coger le facilitaron la huída de aquella zona tan vigilada. Nada era mejor que ocultarse en un vehículo de transporte de mercaderías y buscar confundirse entre la gente.

Un español con uniforme del Ejército galo estaba hablando con otro, eran republicanos como él, y se habían alistado en la Legión Extranjera para intentar evitar la invasión alemana. Se acercó a ellos como si hubiera visto el sol por primera vez, tartamudeando que él era también español, que le ayudaran, que había estado en el campo. Con efusión le agarraron y lo metieron en la camioneta que debían llevar a París con un cargamento de municiones. Durante todo el trayecto iba bebiendo agua y comiendo del bocadillo que uno de ellos le dio con ánimos de que se repusiera.

Enrique se unió a la Legión y luchó igual que ellos junto a otros soldados franceses así como de diferentes nacionalidades: británicos, holandeses y belgas. Los nazis capturaron a 10.000 de todos ellos en junio de 1940, llevándolos a campos de prisioneros de guerra como el de Fallingbostel o Altengrabow, donde según la Convención de Ginebra deberían haber respetado sus derechos humanos. Pero a los republicanos españoles, la Gestapo los enviaba a Mauthausen tras el pacto que Franco hizo con Hitler, a

través del ministro de la Gobernación Serrano Suñer, para que los deportaran y exterminaran allí. Así fue cómo Enrique acabó en el mismo campo en el que estaba su hermano Sebastián, tras un viaje de varios días en un vagón de ganado.

Capítulo 10

Teresa y Marcelí fueron responsables de los niños que iban a encontrarse con un futuro mejor lejos de las fronteras españolas. 3.500 niños españoles que escaparon del frente fueron repartidos por distintos países. Unos a Bélgica, otros a Inglaterra, y a Rusia, donde a los pocos años entrarían en plena Segunda Guerra Mundial, por lo que hubo quienes acabaron viviendo penosas circunstancias. Los que quedaron con vida se seguirían llamando *“Los niños de la guerra”*. * ²¹

Eran niños de edades comprendidas entre 3 y 14 años, aunque la orden era que debían ser de 5 a 12 años. La forma de hacerlos entrar en el barco pasaba por falsificar la edad haciéndolos parecer o más jóvenes de su edad real, para entrar en ese margen que significaba entonces mucho para su supervivencia.

La necesidad de personal auxiliar y educadores otorgaba a Marcelí y a Teresa un papel fundamental, por lo que confiaban tener igualmente un futuro mejor tras esa travesía de socorro. Con ánimo de volverse a ver pasadas las brasas de la guerra, se despidieron todos ante el vehículo que les llevaría al puerto de Valencia. Su destino era Leningrado, San Petersburgo. Otros barcos con el mismo fin salieron de Asturias y País Vasco, y también tenían destino en Ucrania, Yalta. Durante el viaje hacían lo posible por que todos comieran algo, animándoles con juegos y canciones. Al desembarcar, recibieron una gran acogida, en parte como una fórmula propagandística para demostrar el apoyo hacia la lucha contra el fascismo. Los niños fueron distribuidos en centros y casas infantiles. Teresa y Marcelí fueron enviados junto a un gran grupo de niños de edades más avanzadas a un palacio en la ciudad de Pushkin que quedó expropiado en la Revolución de Octubre. Allí daban clases en español combinadas con las de ruso que iban aprendiendo ellos mismos a base de clases avanzadas. La alegría volvió a invadir sus

vidas, ahora aún más intensas con la llegada de un retoño de la pareja de docentes.

Durante unos meses pareció descorrerse el horizonte, iluminándose sus vidas, hasta que los nazis avanzaron hacia Leningrado cercándolo en el duro invierno de 1941 a 1942.

Esperaron el momento adecuado para poder salir con los niños, a través del lago helado Ládoga cruzándolo con camiones. En total llevaron 300 niños, en unas condiciones muy duras, por lo que algunos enfermaron al padecer tanto frío y falta de suficiente nutrición que hiciera soportable esas temperaturas en un organismo proclive a la tuberculosis y el tifus.

Las fuerzas militares del Ejército Rojo soviético intentaban que se alistaran los niños más mayores del grupo. Estábamos en el camión, esperando que nos dirigieran a un lugar seguro tras atravesar el lago cuando una patrulla nos hizo bajar a todos, señalando a los que consideraban aptos para llevar un fusil. Marcelí se negó, protegiendo a los que consideraba como sus hijos, habiéndoles educado en la fe y el pacifismo, y al negarse a ceder a esas almas inocentes para que tiñesen de sangre la nieve de la sinrazón, recibió un disparo en la pierna por rehusar obedecer la orden.

Teresa se plantó delante, esperando que siendo mujer, tuviesen más consideración, aunque en el fondo conocía hasta qué punto se puede llegar a perder la sensibilidad y humanidad en esos tiempos de guerra. Los soldados dejaron de disparar pero prosiguieron en su empeño y se fueron llevando de uno en uno a diez niños que superaban ya los 16 años.

En total fueron llevados al frente unos 50 niños, algunos incluso se habían apuntado voluntariamente, pero provenían de casas de acogida que tenían mucho que desear en cuanto a cuidados y atenciones, ya que sufrían la precariedad de la guerra y no gozaban de tanta ayuda como la que Teresa y Marcelí procuraban a través de la embajada.

La herida de Marcelí necesitaba atención médica y tuvieron que parar en la ciudad más cercana. No sabían que un destacamento nazi se había asentado en una de las casas señoriales donde iban quemando los muebles para entrar en calor. Sorprendieron a todos, niños y educadores cuando bajaban del

camión para entrar a refugiarse en una especie de establo que milagrosamente se había salvado de la devastación, pues todas las construcciones estaban casi inservibles. Se los llevaron a la casa y comenzaron a separarlos. Por fortuna a los niños, al ser menores y caerles en gracia, les dejaron irse con el chófer, pero a los dos educadores, por ser de procedencia española los retuvieron en el sótano hasta que un jeep les condujese a uno de los convoys que iban a los campos de concentración. Pronto llegó uno con prisioneros rusos que les llevó hasta *Mauthausen*.

Les separaron nada más llegar. A los rusos les llevaron a un barracón destinado a su próxima exterminación. Marcelí se quedó junto a otros que esperaban atención médica. A Teresa, junto a las demás mujeres que venían de otros camiones, la comenzaron a mirar los oficiales de la SS, unos la pesaron, midieron, anotando el color del cabello. Su atractivo a pesar de los infortunios del viaje seguía vivo en su figura. Un oficial hizo que se apartara del grupo y la hizo girar sobre sí varias veces, tomándola por el mentón, hundiendo sus dedos en el hoyuelo que se le clavaba como una daga envenenada.

— Tú podrías dar aún algo de placer. — susurraba mientras apretaba sus muslos sobre el vestido.

Ella tiritaba de miedo, esperando que su amor no pudiese ver esa escena, pensando qué destino le depararía si le ordenaba servir de desfogue para tamaña maldad en forma de hombre. No entendía apenas nada de lo que le decía, pero adivinaba las intenciones.

— Tranquila, no es para mí. — prosiguió el oficial nazi negando con sus dedos.

Después hizo señas a un kapo para que la llevaran a unos barracones, donde a cambio de trabajar como prostitutas durante seis meses, las presas esperaban la liberación prometida.

Teresa no confiaba en este pacto, no entregaría su cuerpo hasta acabar rota y apagada en el burdel del campo como esclava sexual. Esos hombres no tenían piedad alguna, lo veía en sus ojos fríos como el carámbano, sin un ápice de sensibilidad.

Mientras la llevaban a ese barracón vio salir un oficial con un montón de billetes en su mano, contándolos. Seguramente había ido a cobrar los servicios que ese comercio sexual le proporcionaba.*²²

Teresa rozó su uniforme al ser empujada por el kapo, y entonces el recaudador se molestó atestándola una bofetada, con tanta fuerza que ella cayó al suelo lastimándose. Se agarró a su vientre, protegiendo a la criatura que ya tendría 4 meses de vida.

Las piernas de la joven quedaron desprotegidas del vestido en la caída, llamando la atención del que, sin soltar los billetes, se agachó para apartar el pelo que le tapaba la cara. Entonces sonrió con satisfacción imaginando cómo crecería su negocio con la nueva incorporación al burdel del campo.

Una vez dentro, izada por sus compañeras, se fue haciendo a la idea de lo que la esperaba. Pero en sus adentros había una fuerza muy poderosa que le unía a Marcelí y que haría lo posible por salir de ese pozo.

Se hizo hueco entre unos camastros hundiendo sus brazos para taparse el rostro y llorar hasta desahogarse, hasta limpiar sus ojos de las visiones que había tenido que soportar sin enloquecer al instante. Y cuando se calmó, tomó aire y empezó a urdir un plan para salir de allí.

Durante la noche pudo ver que no sólo entraban en el barracón oficiales o kapos, sino también prisioneros del campo. Entró un experto en relojes, que conseguía hacer las piezas muy difíciles de encontrar, fundiendo los dientes de oro que recogía de entre los restos humanos apilados tras haber entrado en

las cámaras de gas. Clement se llamaba, y tenía su preferida, una chica de Polonia a la que más bien le satisfacía su compañía.

Le pareció curioso que incluso Clement, siendo preso, tuviera su tabaco, y algún dulce que regalar a su chica. Ese detalle hizo funcionar el engranaje de su mente para preparar el plan de la huída.

Al día siguiente, tras una noche luchando con el rugido de sus tripas, recibió como desayuno algo de pan untado en una especie de grasa y un caldo sucio. Las compañeras no le hacían ningún asco y ella no tuvo reparos en beberse esa insulsa poción. Tenía que alimentar al hijo que esperaba con lo que fuese.

Al poco, le llegó la orden estricta de satisfacer a un prisionero muy especial, era un prisionero del campo de procedencia rusa con altas cualificaciones en cálculo mental, al que intentaban convencer para que colaborase traicionando a su país. Le explicó todo ello en medio de falsas demostraciones de prácticas placenteras, y a modo de rescate de la causa humana que aún sobrevivía en su corazón y en su mente, le dijo que su esposa sobornaría a los guardias para sacarle de allí junto a todos lo que consiguiera llevar. A Teresa le hacía falta sentir esas palabras para recobrar la ilusión por la vida, por volver a encontrarse en los brazos de Marcelí y partir hacia donde nadie les pudiera hacer daño.

Por la tarde las sacaron al patio a modo de exhibición, pues era una de las formas que tenían los guardias de entretenerse, hacerlas desfilas como modelos en la espectral pasarela de moribundos espectadores. Buscó a Marcelí entre todos los que se intentaban mantener en pie, pero no pudo verle. Quizá ese prisionero ruso pudiera dar con él, pues le dio todos los detalles acerca de su persona.

Esa noche el guardia apareció sin ningún hombre al que otorgar un rato de placer, sino que, en voz baja se dirigió a Teresa y otra reclusa indicándolas que saliesen. Las demás estaban bastante fatigadas como para poder seguir la odisea que pretendía para que se pudieran liberar gracias al ruso. Había recibido una gran cantidad de joyas por parte de la mujer del prisionero ruso que le aseguraría una buena vida a partir de ese increíble regalo.

— Marcelí!! Mi marido está herido, en la pierna! Necesito que venga! — le pedía Teresa tanto en ruso como en español, aunque no la entendía.

— En la enfermería, por favor — le suplicó la otra reclusa que también era española. — Petrov lo necesita— amenazó conociendo las condiciones del ruso.

Estaba claro que si no cumplía la voluntad de liberarlo no recibiría las otras joyas que le habían prometido, por lo que, después de meternos en un jeep con las lonas y unos sacos de ropa ocultando su interior, corrió a buscar a los demás, incluyendo a Marcelí.

Fueron segundos de alta tensión, rezando porque la fuga saliera bien, cuando de pronto Teresa ve que desde otro jeep meten a Sebastián, su propio hermano.

Van a llevarle a la fábrica de acero situada a pocos kilómetros, junto a otros reclusos. Los guardias han visto sus cualidades en el manejo de los engranajes y su perfeccionamiento, por lo que aprovechan esa facultad para prosperar con la nueva tecnología que haga prosperar su economía.

No puede hablar con él, pues está con vigilantes, pero intentará saber dónde le llevan y hacerle llegar noticias suyas para reunirse con él.

En el jeep introducen un saco en el que han metido a Marcelí. Lo depositan junto a Teresa y pronto, al salir del recinto del campo destapan la abertura.

La emoción siguió acompañada por el temor a ser echados en falta una vez que notaran que la ausencia de las chicas no estaba justificada, a no ser que el guardia les dijese que la fiesta a la que fueron “invitadas” tuvo un tono demasiado ajetreado, que no las permitiera regresar.

Y así fue cómo el guardia dejó por sentado a su regreso que la fiesta fue un gran desenfreno y que el maestro herido le había trasladado al castillo de Hartheim para recibir “precisos cuidados” dado un brote psicótico que, ilusoriamente, comenzó a manifestar.

Teresa supo dónde iba a trabajar Sebastián cada madrugada, pero esperaba

el momento adecuado para intervenir en su rescate. Marcelí tuvo que padecer la amputación de su pierna para poder salvarla, dada la grave infección que, por no curarla a tiempo, se había extendido hasta la rodilla. Desde entonces, para minar el dramatismo, ella le llamaba con cariño “Mi héroe de madera”.

Un contacto les hizo unos pasaportes falsos y pudieron instalarse en casa de una alemana que colaboraba con la resistencia. Otras reclusas consiguieron escapar también al ofrecerse a lavar la ropa a los oficiales de la SS, y una vez estaban en el arroyo, aprovechaban cualquier descuido para salir y esconderse entre las calles hasta perderles de vista. Gracias a ellas pudo saber Teresa que su hermano estaba bien, que era muy reconocido entre los oficiales y que tuviera paciencia porque pronto habría una buena oportunidad para verle: Hitler estaba planeando construir un gigante aeroplano y Sebastián estaba entre los que iban a participar en el proyecto.

Esa importante misión significaba que estaría más cerca de la base aérea, lugar idóneo para camuflarse entre el personal del campo de aviación. La resistencia contaba con un gran número de personas que hacían de intérpretes para los contactos que recibían en el mismo.

Sebastián aprovechó para preguntar por su hermano Enrique. Sabía que era arriesgado, porque todo parentesco era utilizado en contra y perseguir el chantaje ante su principal objetivo: dominar voluntades. Una vida por vital información...

Los conocimientos de Enrique, y sus brillantes ideas en la creación de piezas mecánicas, podría serles de gran utilidad, por lo que solicitó dar con su paradero, si es que aún sabían de su existencia tras su desaparición en Dachau.

No le dijeron nada sobre su hermano, porque antes, los oficiales tenían que asegurarse que, efectivamente, era idóneo para el trabajo. Fueron a buscarle a los talleres donde le tenían extremadamente esclavizado, sin parar de reparar motores y toda clase de vehículos.

Al proponerle entrar a formar parte del proyecto del gran aeroplano, dio algunas ideas, como la de acoplar un “parásito” a un aparato determinado, capaz de sobrevolar grandes distancias, pudiendo arrojarse al mar hasta ser

recogido por algún submarino.

Los miembros de la resistencia habían estado excavando un túnel de 130 metros que conectara el aeródromo con el sótano de una de las casas amigas.

Pudieron engañar al sismógrafo que los demonios de la esvástica habían colocado para detectar posibles excavaciones, pues en el mismo aeródromo tenían recluidos a prisioneros de diversas nacionalidades y conocían sus estrategias para darse a la fuga excavando túneles. Igualmente diseñaron unas galerías subterráneas para, en caso de ser detectados en la huida, poder escapar por otras vías logrando despistarles.

Establecieron un código para identificarse con señales que Enrique sabría captar, pues había aprendido en el mismo campo esa táctica secreta con la que poder comunicarse. Por medio de señales luminosas sobre las alas de los aviones, entendió que a las doce y cuarto debía acercarse al espacio destinado a los recambios, donde una trampilla ocultaba la entrada al túnel. Utilizaron gasolina y tabaco mascado para impregnarse el cuerpo y así no ser detectados por los perros de la SS.

Aún ignoraba que Sebastián estuviese trabajando en el mismo proyecto, porque no se les permitía ningún acercamiento para evitar su traición.

Notas

*¹ Por espanto a las personas que padecieron la reclusión en los campos, este número *No corresponde realmente con ningún prisionero español en Mauthausen, ya que el último registrado es el anterior, 6829.*

* ²Ruperto Chapí Lorente ([Villena](#), [27 de marzo](#) de [1851-Madrid](#); [25 de marzo](#) de [1909](#)) fue un [compositor](#) de [zarzuelas español](#) .

*³ Tomás Bretón [1850- 1923](#) fue un [músico español](#). Compositor y violinista.

*⁴ Josep Anselm Clavé i Camps ([Barcelona](#), [21 de abril](#) de [1824](#) – [24 de febrero](#) de [1874](#)) fue un político, compositor y escritor catalán, fundador del movimiento coral a Cataluña .

*⁵ *Celebración de Santa Marina 18 de julio (que años más tarde sería otro tipo de celebración referida al levantamiento fascista*

*⁶ *Pantano de Riudecanyes, que con una capacidad de 3 millones de metros cúbicos, abastecía a casi 1.500 hectáreas. Justo inauguraron este pantano el año en el que nació nuestro protagonista Sebastián, el 1919. Fue un gran paso que ayudó a muchos payeses a tener buenas cosechas.*

*⁷ *Año 1936, las revueltas iban cada vez a más. En febrero ganaron las elecciones los de izquierda. La propaganda marxista sumada a los mítines, manifestaciones, estaba a la orden del día. Empezaron a producirse tensiones entre los republicanos y gente de la burguesía así como miembros del clero, que salieron muy mal parados.*

*⁸ *La 42.ª División fue una de las [Divisiones](#) del [Ejército Popular de la República](#) que se organizaron durante la [Guerra Civil española](#) sobre la base de las [Brigadas Mixtas](#). Destacó por sus actuaciones en el [Frente de Teruel](#) y en la [Batalla del Ebro](#)*

*⁹ *También llamados moscas Porque venían de Moscú.*

* ¹⁰Sargento Zarauza, destacado piloto militar nacido en Santander (1917-1942)

*¹¹ *Manuel Álvarez , militar y político español. (1908-1938) falleció alcanzado por un obús de la artillería enemiga en las cercanías de [Ascó](#) y la Venta de Camposines*

* ¹² *Embalses de Tremp y Camarasa, aguas arriba del río Segre en la provincia de Lérida*

*¹³ *El número de bajas, unas 100.000, la mitad de cada ejército. Sobre el terreno quedaron 15.000 muertos, en unas imágenes sobrecogedoras, aviones derribados, tanques destruidos. La batalla del Ebro, pasará a la historia como la mayor y más sangrienta batalla de la Historia de España.*

*¹⁴ *4 millones de pesetas = 24040,48 euros.*

*¹⁵ *Estraperlo: Comercio ilegal de artículos que escasean en la clandestinidad.*

*¹⁶ *Mármol de Carrara, una piedra blanca, o con tonalidades azuladas grisáceas, casi sin vetas y grano de fino aspecto harinoso muy prestigioso que se extrae de las cercanas Alpes Apuanas . (Toscana, Italia)*

*¹⁷ *En 1938 se martirizó a Reus con una cuarentena de bombardeos, de hecho, no dejará de hacerlo hasta el mismo día de entrada de las tropas franquistas a Reus, el 15 de enero de 1939. El balance de las ráfagas aéreas será de más de 200 muertos y una cifra similar de heridos. Las pérdidas materiales serán enormes, ya que se destruyeron 218 edificios y 587 más van ser dañados seriamente. El 21 por ciento de las casas de la ciudad fueron perjudicadas sobre todo a la parte norte de la ciudad, algunas calles, como la de san Elías, Santa Teresa y san Celestí quedaron casi destruidas.*

* 18

2.895 niños españoles que llegaron a la URSS

de 1341 personas mayores que llegaron a la URSS en esas fechas, o en otras posteriores, fueron educadores, maestros, pedagogos, pilotos, marineros, miembros de a dirección del PCE y también antiguos combatientes de la División,

* ¹⁹ *Plaça dels Quarters, hoy llamada Plaza Libertad*

*²⁰ *Maquis, guerrilleros antifascistas*

*²¹ *[Francia](#) (con unos 20 000 niños evacuados), [Bélgica](#) (5000), [Reino Unido](#) (4000) y, en menor cantidad, [Suiza](#) (800), [México](#) (455) y [Dinamarca](#) (100) recibieron de ese modo a menores españoles evacuados .*

*²² *Los incentivos por las buenas tareas realizadas por parte de algunos prisioneros fueron decretados por el máximo rango militar de las SS, Himmler desde finales de 1942. Optó por esta táctica al comprobar que funcionaría mejor la convivencia con los verdaderos profesionales, esclavizados pero considerados*

Bibliografía

La batalla de Ebro.com

xresistance.org memorial.

bddm.org/liv/details live memorial.

.gees.org/articulos/la-batalla-del-ebro

Reus.cat

Butlletí informatiu de l'Arxiu Municipal de Reus n. 15 [primavera 2008]

mundo.sputniknews.com/europa/201607181062159874-espana-guerra-civil-rusos/

[studylib/doc/6429453/fuentes-históricas-para-el-estudio-de-la-emigración-españ...](#)

[claretians.cat/es/qui-som/historia-de-la-congregacio/](#)

[esglesiabarcelona.cat/es/actualitat/se-beatifica-en-la-sagrada-familia-109-martires-claretianos/](#)

[.vilaweb.cat/www/elpunt/noticia?p_idcmp=2347033](#)

[wikipedia.org/wiki/Niños_de_Rusia](#)

[cienciahistorica.com/2017/12/01/burdeles-los-campos-concentracion/](#)

Segunda parte: EL PARKING

Antes del descubrimiento parte I

VALERY

Llevo tiempo pensando en mudarme de piso.

No soporto los odiosos vecinos de arriba. Siempre me despierta el martilleo de los tacones que a las seis de la mañana van repicando sobre mi

cabeza, volviéndome loca. Por mucho que he advertido de tal molestia a la que los lleva, cuyo nombre es Eugenia, para que procure utilizar las zapatillas a esas horas, todo ha sido en balde...los mismos tacones a la misma hora, aparte de las fiestecitas que celebran hasta altas horas de la madrugada. Me desquicia no poder dormir y sentir las risas y parloteos de sus amigos que acuden cada fin de semana al maldito piso de arriba, y que por mucho que lo intente no consigo descifrar de qué hablan y acabo por imaginar que se trata de comentarios sobre el vecindario y lo mucho que nos están jodiendo...son cosas que pasan por una turbulenta mente castigada. A todo esto se suma la televisión, que la ponen a todo volumen. Todos estos ruidos retumban en mis oídos gritándome su jodida presencia aplastando mi —cada vez más— pequeño mundo.

Me llamo Valery. En realidad mi nombre es Valentina, pero como de valiente tengo poco, y mis compañeras de clase se reían apodándome “la miedica”, me bauticé a la americana llamándome Valery, en una especie de rito de iniciación, intentando quitarme la etiqueta que me había hecho la vida imposible en el colegio, y la verdad es que asumo que soy bastante temerosa y que no corro riesgos si no es totalmente indispensable para la salvaguarda ajena y propia.

Vivo en Riudoms, un pueblo de la provincia de Tarragona. Es un pueblo dormitorio, del que me enamoré dada la tranquilidad que se respira en su entorno, bueno...eso creía hasta que di con los amos del ruido y la poca educación.

Es un segundo piso de un edificio de cinco plantas situado en la última calle que da a un gran descampado. Tengo buenas vistas desde las ventanas: la explanada de garroferos, viñas y numerosas fincas con masías que sus dueños mantienen ofreciendo un bello paisaje, se podría decir idílico incluso, con las montañas al fondo del bello Montsant.

Trabajo en una agencia de viajes situada en Reus, en pleno centro, en una calle peatonal. Cada día atiendo a decenas de clientes que buscan el mejor precio y condiciones para pasar sus días libres en diferentes destinos. Muchos en familia, otros en solitario. A estos últimos me es más fácil encontrar viaje

y hotel. La dificultad estriba a la hora de ubicar una familia cuyos gustos son tan dispares que pretenden reunir en un paquete todos los ámbitos y actividades posibles. Pero al final, cuando les ofrezco el panorama de ocio para los peques, se olvidan de todo lo demás. Se sacrifican por colmar la sensación de happy family tras ver las fotos de caras sonrientes de papás, mamás y nenes en medio de piscinas con toboganes, futbolines, karaokes, payasos, globos y demás flautas en los catálogos, se deciden a formar parte de ese *wonderful world**.

Por lo demás, las compañeras salen muy estresadas y tan sólo desean llegar a casa y desconectar de tantos viajes por internet, reservas y presupuestos que llegan a aturdir sobremanera.

* *wonderful world, maravilloso mundo*

En mi caso temo llegar a casa. Temo sentirme presa de un oscuro deseo por parte de los que viven arriba para desquiciarme. Hacen tanto acto de presencia con la escandalera que producen, que mi vida parece más bien un apéndice más de la suya.

He visto un anuncio en una apartada urbanización. “*Se vende dúplex en excelente residencial, zona muy tranquila, paredes insonorizadas, piscina comunitaria, parking comunitario, amplios espacios verdes, pago en cómodos plazos*”.

¡¡Ésa es mi casa!!

Sin pensármelo más, me acerco a la inmobiliaria para empezar a organizar mi nueva vida. Seré feliz, por fin, sin vecinos que estén continuamente recordándome su existencia a base de ruidos, sin que mi mente se ocupe solamente en cómo no enloquecer de furia con el martilleo de cada pisada encima de mi cabeza...

Ya tengo las llaves de la vivienda. Con gusto he anticipado los gastos derivados de la hipoteca: cuatro mil euros que me pidieron al firmar el contrato en el banco. Estoy hipotecada hasta el culo, pero feliz.

Me da igual no poder ir de vacaciones. No podré permitírmelo, pero da lo

mismo. Antes me iba para no tener que soportar al vecino. Ahora no necesitaré irme. Ojalá a doña Eugenia y compañía les toque ahora un nuevo vecino que compre el piso que he dejado y que los ponga en su sitio... Que se harte de llamar a la policía cuando a las dos de la mañana sienta el barullo, y les cante las cuarenta cuando sienta el taladro de los tacones de doña Eugenia

Seré la dueña de mi propia locura, no permitiré que nadie me transmita la suya.

No quiero aburrir explicándole, lector, cómo me trasladé a la nueva casa. Demasiado esfuerzo como para tenerlo encima que narrar... Mejor desplazarse en un flash instantáneo a la nueva, espectacular, tranquilísima, acogedora e insonorizada vivienda, rodeada de jardines comunitarios, formando parte de una hilera de casitas dúplex dignas de gente educada que se desconecta antes de las 11 de la noche, que trabaja todo el día fuera de casa y apenas las ves más que para tirar la basura y poco más.

Encima tengo la suerte de que al lado aún no ha venido a vivir nadie.

Las casitas, de reciente construcción, fueron una inversión para quienes deseaban ver incrementados sus ahorros: comprar para después vender más caro.

De momento la cosa va bien. Esperemos siga así.

Cada mañana me levanto con un ánimo desconocido, me encanta despertarme, me encanta tomarme el café en el porche del jardincito privado trasero viendo cómo revolotean las golondrinas, felices ellas de poder anidar bajo los balcones de los pisos superiores de las viviendas, bajo los dinteles de las ventanas de las que aún no vive nadie. Su silbar no me molesta, todo lo contrario, me relaja y me anima a buscar mi propio sustento igual que ellas hacen llevando moscas y mosquitos a sus polluelos.

Yo no tengo a quién sustentar. Aún no. No me lo planteo. Pero si cada día veo cómo el ciclo de la naturaleza ejerce su influencia en mí, puede que por inercia me busque a alguien con quien poder reproducir la especie humana. No está en extinción, pero en los genes llevamos grabado el instinto que te premia con placer si le concedes el deseo de la proliferación.

Me dirijo a mi plaza de parking situada debajo de esta urbanización. Es un monstruo de parking que se divide en varias secciones. Cada una se comunica con la hilera de casitas que tiene encima mediante puertas y corredores que dan a los correspondientes ascensores. Es cómodo dirigirse al aparcamiento sin tener que pisar la calle. Tan sólo cruzar el portal comunitario que se halla a pocos metros de la vivienda. La mía está justo a siete metros. Los he contado al estirar las zancadas para medirlo.

Cada vez que vuelvo del trabajo, meto el coche por la entrada norte del parking. Es la que me cae más cerca. Además, la prefiero porque la rampa no es tan pronunciada como la otra. La del sur está más frecuentada y casi siempre tengo que echarme a un lado para dejar pasar a los vehículos que salen.

Debe haber lo menos cuatrocientos coches en este enorme parking, aunque parece que sean miles. Hay diez hileras de casitas con diez viviendas en cada una. Pero muchas plazas de aparcamiento se han vendido o alquilado a gente que no vive aquí. Su módico precio y la espaciosidad que tienen, es un buen motivo para hacerse con una de estas plazas de aparcamiento.

A mí ya me venía con la casa. Unos cuantos miles de euros más, qué más daba. En el contrato podía haber desechado la compra del parking, pero ya que empezaba una nueva vida, quería hacerlo como Dios manda, sin tener que preocuparme en dónde dejar el coche cada noche.

Mi coche es un Fiat Panda Cross de color verde. Lo compré para mis salidas al campo, apto para meterme por caminos sin asfaltar y buscar la paz que mi anterior vecino me robaba sin piedad.

Creo que ahora iré menos a perderme por los montes, que incluso desearé sumergirme en el circuito luminoso de los paisajes urbanos. Tanta calma en casa, hace que todo sea soportable, el cupo de resistencia se ha vaciado de repente y me lo puedo permitir.

A la semana siguiente.....

¡Esto es vida! Me he levantado pronto y he ido a estrenar la piscina

comunitaria. Aún no había nadie a esas horas por lo que he hecho unos largos de lado a lado de los veinticinco metros que tiene por ocho de ancho. Es una delicia, sentir la frescura del agua a la vez que un sol lucha por evaporar cada gota que se posa en la piel.

Me he hecho la muerta en mitad de la piscina, estirando los brazos y las piernas, flotando en el centro, sin miedo a nada, sin gravedad, como si estuviera en el líquido amniótico del vientre del Universo. Estoy flipando y no estoy drogada. Será la serotonina, que la tengo bien segregada de las glándulas correspondientes. No me planteo nada, sólo dejarme llevar por el momento, hasta que algo verdaderamente importante me saque de ese estado de levitación tocando casi al nirvana.

Morirse debe ser algo así, perderse poco a poco de lo que te ata a este mundo y unirse al Cosmos, convertirse en pura energía. Pero dejemos esas divagaciones y sigamos con la historia, porque ahora se va a poner muy interesante.

Las ganas de ir al wc me hicieron salir de la piscina. Como no había lavabo en el recinto me puse la toalla por encima y dejé mi ropa en el césped, para después volver a tomar el sol.

Entro en casa, voy al baño y me encamino a la piscina otra vez.

La distancia es de apenas treinta metros hasta las escaleras que se enfilan descendientes en dirección al recinto de la piscina, rodeado de las hileras de casas que a esa hora están aún aletargadas en el respetable silencio de un domingo víspera de vacaciones.

Bordeo la valla que conduce a la entrada de la piscina y abro la puerta con la llave magnética. No hay aún nadie, la magia del momento sigue recogida entre los juegos de luz que los rayos bautizan al espejo transparente de la balsa.

Estiro mi toalla junto a la ropa que dejé en el césped, cuando me doy cuenta de que no está. Miro por si la he dejado en otro sitio pero nada, ni en el banco ni en ninguna parte.

Estoy segura de haberla dejado allí, pero ya dudo si la he llevado a casa.

Me tumbo esperando que se resuelva la desaparición por sí sola.

¡Qué agradable estirarme y dejar que el sol me llene de paz y calor!

De pronto, un chasquido como de un mechero me saca de esa quietud. Una sombra oculta la luz del generoso astro y en un reflejo inconsciente abro los ojos. Noto la presencia de alguien.

Ahí estaba, un vecino instalando su pequeño campamento frente a mí...

Despega su hamaca, su toalla, su sombrilla, su nevera portátil y por supuesto no faltaba su radio.

Todos sus gestos los hacía sin que el cigarrillo que llevaba apretado entre los labios se inmutara, dejando la ceniza a su libre caída al césped.

Bueno, no pasa nada— pensé. Me desplazo de sitio y se acabó el problema...

Le miro bien y observo que no tiene ninguna intención de saludarme, pero por mí que no quede.

—Buenos días— le digo al levantarme.

Sin devolverme la mirada, sentándose en su hamaca, dispuesto a abrir la nevera y sacar su cerveza, me responde secamente:

— Buenass... — y sigue con lo suyo, abriendo la lata con ese crujido metálico tan molesto.

Me pongo al otro lado de la piscina. Me siento en el borde con los pies en remojo, intentando conocer al vecindario. Seguramente irían viniendo algunos a disfrutar del agua y el sol.

Quizá incluso pueda venir algún guapo vecino que esté soltero como yo y podamos hacer amistad. ¡Quién sabe lo que el destino me deparará aquí!

El tipo no para de fumar y beber. Ha puesto la radio en una emisora que habla de deportes. Esto ya pasa de rosca, mejor me voy.

Las persianas de las casas se van levantando a mi paso haciendo que las casas cobren dinamismo. Tras ellas, cortinas con el mismo diseño. Es muy

curioso que este hecho se produzca al unísono. Como si los vecinos se hubieran puesto de acuerdo para abrir el paso a la luz en sus respectivas viviendas. El decorar las ventanas con las mismas cortinas podría obedecer a un acuerdo comunitario que regula la estética de las fachadas.

Observo con más detalle comprobando que poseen las mismas macetas, con el mismo tipo de planta suspendida en los barrotes de los balcones. Son verdes geranios con la flor del mismo color: blanco.

Quizá participen en algún concurso del que yo también formaré parte ahora que soy uno más del complejo residencial.

Aún no he colocado cortinas ni macetas. Nadie me ha puesto al día en mis deberes al respecto de la estética en el exterior de la vivienda. Supongo que me tendré que poner en contacto con el presidente de la comunidad y que me explique el funcionamiento y las normas. No quiero romper la armonía de este pequeño paraíso, aunque el tipo de la piscina parece que sea la excepción por el comportamiento rudo y vasto, hasta incluso ordinario que parece poseer.

Mis dudas desaparecen esa misma tarde. El mismo presidente se ha molestado en dejarme una carta en el buzón invitándome a una reunión con la vecindad.

Debe ser una de esas exposiciones donde se ponen al día los gastos y necesidades de mejoras que ya, en el otro edificio, solían tener igualmente. Espero que aquí no se trate de morosos con la misma gravedad que tenía la vecindad de la que escapé, pues era una constante la enunciación de morosos que no pagaban los recibos.

Mi intención es integrarme y de paso conocer el modo de llevar lo más pacíficamente posible la convivencia aquí. Que no me vengan con chufas de las fiestecitas que no pienso participar. Luego acaba todo como el rosario de la Aurora. Mejor distancia y conservar la intimidad, que sólo falta que dando confianza se me meta gente en casa a romper la calma consagrada que bien me he ganado.

La reunión será el lunes de la próxima semana, anunciada con suficiente antelación lo que patenta su legalidad.

Lo firma Alejandro Torres y una gestoría bajo las iniciales C.G. que parece hacerse cargo de la Administración.

— Bueno— pensé— será una buena ocasión para ver qué hago con las cortinas y las macetas: si las tengo que poner yo o me las facilitará la Asociación de Vecinos o quien sea que se ocupe de estas cosas.

Subo al dormitorio dispuesta a cambiarme. Voy a darme un garbeo por la ciudad y comer algunas tapas que se me antojen. Hoy me voy a conceder el capricho de picotear. Hay unos bares por la parte vieja que hacen una variedad de platos como sepia troceada en salsa, calamares a la andaluza, croquetas caseras, que ya con una te sientes llena, y tortilla de patata, butifarra negra, huevos rellenos...que acompañado con una caña bien fresquita me hará salir del bar más ancha que larga.

Antes de volver a casa qué mejor que entrar en una sala de cine que me viene de camino. Así haré el completo. Echan una de suspense que me llama la atención.

Un matrimonio que va a su casa de vacaciones en la montaña y encuentran en el bosque cercano vestigios de un asesinato.

Me meto en la trama y me sorprende el desenlace. ¿Quién iba a imaginar que había un túnel bajo ese bosque que comunicaba con un convento de monjas de clausura situado al otro lado de la montaña?

La película acabó desmantelando un complot entre las religiosas para ocultar la muerte de su superiora, gracias a la que recibían desde hacía tiempo, dirigidas a su nombre, importantes subvenciones que mantenían la Orden. Esa gran cantidad de dinero era exclusivamente para esa superiora, miembro de una familia multimillonaria que, si se revelaraba su muerte, apartarían la succulenta aportación y con ello desaparecería el convento, que no tenía otros recursos para costear los gastos del retiro del “mundanal ruido”.

Así pues, no hubo asesinato que condenar, pero la tensión de las escenas en

ese marco lóbrego y misterioso, fue suficiente para pasar un buen rato con intriga.

La parte del film, cuando la oscuridad de la noche y los ruidos del bosque creaban figuras y asomos de presencias espectrales, estaba muy bien conseguida en sus ambientales efectos. Por poco me cojo del brazo de una señora que tenía al lado comiendo palomitas que más bien las engullía a grandes bocados en esas escenas que hacían que sus ojos fueran más bien los de Mister Potato de lo salido de sus órbitas...

Una tarde simpática, inaugurando el principio de una nueva vida...

Hoy es lunes, vuelta al trabajo. Cogeré el coche para no llegar allí sudando, ya que aprieta el sol a pesar de ser sólo las 8'30 de la mañana. Suerte que dispongo de mi espacio reservado para el vehículo en los bajos de la agencia, sino no podría aparcar por el centro.

Salgo ya de casa con las llaves en mano .Abro la puerta que da al portal comunitario de mi calle y antes de presionar el botón del ascensor veo que en ese momento baja. Se para en el mismo rellano del portal donde estoy y antes de que se abran las puertas, me preparo para dejar pasar al vecino o vecinos que vayan a salir.

Me pongo la mejor sonrisa que puedo que a esas horas es todo un prodigio y me ahueco el pelo de mi media melena castaña en un gesto automático para entrar en una escena más del repertorio de cada día. Las puertas se abren al igual que mis ojos intentando abarcar toda la panorámica visual posible. Lo único que puedo contemplar es mi propia cara de circunstancia reflejada en el espejo frontal del ascensor, mi camisa blanca con ribetes azules en las mangas cortas y el chaleco azul con el carnet de mis credenciales como agente turístico en uno de los lados. El bolso mochilero de piel negro, cogido por dos dedos por una de las cintas y la falda azul marino a media pierna que su estrechez y los tacones negros que estilizan mi figura, me hacen caminar como una modelo sin que me lo proponga.

¿Es un ascensor inteligente que detecta por algún sensor la presencia de una persona dispuesta a utilizarlo? No sé, quizá una coincidencia, o tal vez debido a algún mecanismo que haga bajar la máquina a la planta baja una vez utilizado... todo podría ser.

Con el asombro encima, entro y acciono con la llave pequeña el acceso al parking, que tan sólo con esta llave se puede bajar, evitando así para mayor seguridad, los robos o daños a los vehículos allí estacionados.

Sólo los propietarios tenemos esa llave que permite la bajada al parking. Por tanto lo convierte en un lugar seguro.

Los mandos a distancia que abren las compuertas de la calle igualmente son de uso exclusivo de los que tenemos plaza en el grandísimo parking.

Una vez abajo, el ascensor se abre a un pequeño departamento, iluminado por una luz de emergencia fija, además de una barra fluorescente que se enciende con un pulsador situado en la pared de la derecha. Avanzo para abrir la puerta metálica que da a un pasillo muy largo, sobre el que están levantadas las casas y jardines de las calles delanteras a la mía.

La luz del fluorescente dura justo hasta llegar al otro extremo del corredor. Abro otra puerta metálica cortafuegos y traspaso otra cámara donde otro ascensor y las escaleras adyacentes dan a las otras viviendas. Aquí la luz es igualmente fija en el piloto de emergencia y un fluorescente permite iluminarlo con el correspondiente pulsador, al extremo derecho de la pared.

No me encuentro con nadie que suba, pase o baje, lo que demuestra que no hay clases a las que asistir y que, o bien van caminando a sus trabajos y cursos de verano, o están todos de vacaciones o a saber si tienen diferentes horarios. Ya lo descubriré.

Abro otra puerta metálica que da a un pequeño espacio en el que veo recogido en un lateral un carro de supermercado. Supongo que es de uso comunitario, para llevar la compra desde el coche hasta la puerta de casa sin cargar a mano las bolsas por pasillos y ascensores. No está mal la idea. Se nota que hay gente que piensa. Vamos bien.

Por fin la última puerta metálica que da al enorme parking donde tengo mi

coche. Suerte que está a cuarenta metros girando a la derecha, frente a un vehículo similar al mío. Qué coincidencia.

El ala del parking donde tengo mi plaza está bien iluminada, filas de barras fluorescentes bajo el techo a una distancia de tres metros cada par de ellas de las hileras restantes, dando esa sensación de claroscuros tan característica de los aparcamientos subterráneos. Las luces son fijas, no hace falta accionar ningún interruptor. Ello hace que sea confiable y seguro pasar por allí. No hay ningún ruido. Los coches duermen.

DANIELA

Estoy ya en el trabajo. Una chica ha entrado solicitando información para un viaje organizado. No irá acompañada. No pregunto sobre sus circunstancias personales, pero adivino que está acostumbrada a ir sola. La pongo al día sobre los grupos que, aprovechando una salida turística reúnen a personas que puedan establecer una amena amistad o, al menos, que puedan hacerse compañía en el trayecto. No le interesa al parecer ese tipo de viajes. No se fía, así sin conocer al grupo tener que integrarse sin que le quede otra. Prefiere conocer gente por su cuenta aunque la pretensión final es descansar, pues al parecer en su trabajo ha tenido mucho stress. Una vez le entrego todos los folletos explicativos de excursiones, hoteles, paquetes turísticos de Italia — que es donde acaba eligiendo ir— me ofrece una tarjeta con su nombre y teléfono para que le vaya abriendo ficha de clienta. Leo la tarjeta:

Dra Daniela Alcaraz Vives. “Psicóloga familiar”

(visitas a domicilio) 654765872

— ¡Vaya! Es ud psicóloga! Ahora entiendo por qué no quiere ir con grupos integradores.

— ¡Sería ya el colmo! Me alegro de que se ponga en mi lugar. Como verá, lo que quiero es desconectar, no seguir procurando que impere la armonía en las relaciones sociales. Aunque claro está, siempre está presente mi labor y por mucho que lo intente es difícil no implicarse muchas veces.

— Imagino que verá posibles pacientes a todas horas.

— Es inevitable. Incluso me piden consejo por la calle. A veces me gustaría ponerme un cartel como los taxis “ocupado” para no ser asaltada de sopetón.

— Sí, claro...la confianza a veces...

— Pero bueno, eso también te pasará a ti —permíteme que te tutee— cuando sales de la agencia, no?

— Ah, claro....¡¡¡igual!! Como si llevara los datos en un chip y me supiera todas las tarifas de todos los vuelos, cruceros...como si fuera la voz cantante de los miles de hoteles para saber cuál recomendar sin ordenador ni catálogos...

— Bueno, pues ya sabes...haz como yo...de vez en cuando cojo el coche y me voy a donde nadie sabe a qué me dedico.

— Lo tendré en cuenta. Aunque saliendo mismamente al campo— al menos para mí— es suficiente. Hay paisajes muy buenos con mucha paz por aquí. No hay que irse tan lejos...— sugiero como un plan más de la oferta de ocio.

— ¿Ah sí? ¡Pues ya me dirás! No sería una mala opción!— exclama interesada.

— Este fin de semana voy a un pueblo con mucho encanto. Si quieres puedes venir conmigo.

— Ah, muchas gracias. ¿Qué pueblo es?

— Se llama Montornés de la Segarra. Está en un enclave privilegiado. Te encantará.

Nos despedimos y confiamos en tener un fin de semana animado. Me ha caído fenomenal.

Mi vida antes del descubrimiento de las notas de Sebastián: parte II

Hay días que parece que sean cruciales para determinar nuestro destino. Días que adquieren la relevancia de un antes y un después tras los acontecimientos que en ellos suceden. Ya no habrá marcha atrás y por mucho que te lamentes no podrás detener el nuevo curso de tu existencia. Todos los patrones que creías iban a servir para guiar tus conductas se trastocan y has de aprender otros nuevos para adaptarte a las nuevas situaciones que jamás te habías planteado vivir.

Pues bien, eso me pasó a mí cierto día en el que un gran descubrimiento hizo que cambiara mi rumbo y me adentrara en una gran aventura.

Mi vida ha sido una secuencia de circunstancias que podríamos denominar como previsibles. Nada fuera de la esperada normalidad, todo parecía ser tal como se suponía iba a producirse según los pasos dados. Consecuencias directas de las acciones, de los mismos pensamientos y actitudes tan razonables y aceptables como la de cualquier ser social suficientemente adaptado a su entorno.

Pero mejor explico cómo sucedió todo, cómo fue ese momento en el que se produjo el gran cambio....

Horas después de salir de la agencia:

Son las diez de la noche, las 22:00 pm. O algo más, porque he perdido ya la noción del tiempo. Llevo bastante rato intentando abrir la puerta metálica de acceso al parking. Me encuentro en el pasillo subterráneo de acceso tras descender por el ascensor. Las luces de emergencia no funcionan y todo está oscuro. La llave no gira, se ha atascado y no puedo siquiera sacarla del bombín. Ilumino con el móvil para ver si el cierre necesita alguna presión que

permita la movilidad del resbalón del frontal, y compruebo que está algo desplazado, por lo que empujo hacia dentro, tirando de la maneta mientras intento girar la llave con la otra mano. Se me cae el móvil al suelo y sin querer lo piso. ¡Ya la hemos liado! Noto algo que sube por mi pie izquierdo, que cosquillea en mi tobillo y nervioso se va desplazando por mi pierna. Con mucho asco salto para quitarme esa cosa de encima que no quiero ni tocar. ¡¡No lo soporto!! ¡¡Me va a dar algo!!, es una impresión que me supera, que me vuelve loca, que me saca de quicio, pensar que un insecto está subiendo por mi pierna y no lo encuentro, no lo veo!! Y lo que es peor...no sé cuántos más habrá aquí dentro, en ese pasillo oscuro en el que estoy literalmente atrapada. Grito con desesperación, con rabia, con asco por verme en esa situación tan angustiada. Me sacudo todo lo que puedo y noto cómo algo cae al suelo emitiendo un pequeño chasquido. Lo que sea tiene una corteza dura. ¿Y si vuela y vuelve a posarme encima de mí? Con los brazos hago una especie de molinillo a mi alrededor intentando que nada se me acerque. Vuelvo a pisar el móvil con los aspavientos que hago pero me paro y lo cojo a hora que lo tengo bajo mi pie. Miro la pantalla en la oscuridad pero no llego a ver ninguna luz al encenderlo...se ha debido romper con los golpes.

Con los puños apretados, exclamo con rabia: ¿Es que esto va a durar mucho? ¿No podría bajar alguien y ayudarme ya? Pero no...seguramente no es la hora que la gente de esta urbanización suele moverse. Están todos tranquilos ya en sus hogares como es aquí costumbre.

¡Dios! Tengo que salir como sea. Volveré al ascensor y subiré al portal que da a la calle. Me daré una buena ducha y me olvido de salir esta noche. Mañana se resolverá el problema de la cerradura. Para eso está el seguro de la comunidad.

A ciegas, estiro los brazos y con las yemas de los dedos intento tocar la puerta. Al dar un paso noto el “*cransch*” de algo que he pisado...se me revuelven las tripas al imaginar qué sustancia se habrá esparcido bajo mi zapato. Ahora sí he tocado la superficie fría metálica de la puerta. Vuelvo a intentar sin éxito girar la llave, pero lo que consigo es partirla. Se ha quedado dentro la pieza que falta y me he quedado con el resto del llavero en la mano. –Es igual. Ya la sacarán como sea.

Ahora me giro y, resuelta a cruzar todo el recorrido de vuelta, me topo con algo que parece un cuerpo. Grito todo lo que puedo, aterrorizada, corriendo hacia la puerta. La escena es ya de puro terror. El corazón se me ha puesto a mil, me ahogo en un desespero por respirar pero mis pulmones están colapsados del espanto. Me entra el pánico al pensar que esa persona o lo que sea eso con lo que me he chocado, y que ha permanecido ahí durante esos instantes en los que luchaba con la puerta, me ha estado esperando. Me siento víctima de esa presencia y ya la veo como mi verdugo, que ha estudiado cómo hacer esa trampa y apoderarse, como las arañas, de las presas que caigan en ella.

Si pudiera definirme en este momento, soy una estatua de hielo, inmóvil y aplastada contra la puerta, deteniendo la respiración, como un conejillo al que un águila ha oteado y quiere desaparecer de su vista. El cuerpo con el que he chocado lo tiene muy fácil en ese pasillo. Aquí estoy bien pillada. No veo nada, las paredes se estrechan impidiendo que me pueda escapar por los lados y el ascensor está detrás de él, por lo que primero tendría que derribarlo. Eso es lo que hago al reaccionar: empujar todo lo que puedo y empezar a correr. Escucho un lamento agonizante, y me llega un olor pestilente a alcohol al pasar por su lado, entonces se siente el sonido de su cuerpo al caer al suelo, dejando que su espalda se arrastre por las paredes mientras seguramente intenta mantener el equilibrio. Ni me importa si se ha hecho daño, para mí es una amenaza contra la supervivencia. Busco la llave pequeña que hará bajar el ascensor, tocando todas las del llavero hasta dar con ella. La encajo a pesar de los nervios que me hacen temblar las manos y por fin el ascensor desciende, abriéndose con él las puertas del cielo.

A través de la luz que emite el foco de dentro, puedo ver, mientras se cierran las puertas, el cuerpo que empieza a levantarse del suelo. Es un anciano muy delgado, con la cara cadavérica, vestido con una especie de sotana marrón, algo rasgada, lo que le confiere un aire siniestro. Apenas tiene pelo. Sus manos son extremadamente alargadas, y las estira como pidiendo ayuda. No puede ser más espantosa la escena. Mientras se cierran las puertas del ascensor, no puedo más y empiezo a gritar como una loca. Alguien tendrá que oírme y llamar a la policía. En esa urbanización todo parece ir tan bien organizado, tan medido y controlado todo, que este hecho

no encaja en absoluto. Al llegar a la planta de salida, efectivamente, aparece un vecino alarmado por mis gritos.

Es un chico muy bien parecido, moreno y atlético, que ha salido de su casa tal como estaba, con un conjunto de pantalón corto y camiseta, que bien podría tratarse del mismo pijama que cómodamente se pone para estar agusto por casa.

Me mira asombrado y me pregunta:

— ¿Qué pasa? Has gritado ¿no?— con la clara intención de demostrar que se ha preocupado.

— ¡Abajo!! ¡Un viejo! ¡Está ahí, caído! —le contesto invadida de nervios y temor.

— Tranquila. Seguro que ha sido algún abuelo desorientado que iba al coche a buscar algo. Aquí hay muchos vecinos. Es mejor que vayas a tu casa. Ahora bajo y compruebo que no se haya lastimado esa persona. — afirma con toda calma, igual que un profeta que sabe que aquello iba a pasar y se lo tomaba como algo perfectamente controlable.

— Pero... no podrá salir...la llave se me ha atascado en... —intento pintarle el dantesco cuadro que se va a encontrar.

— Sí, bueno. No te preocupes. Ya lo sacaremos. —interrumpe barriendo con su mano en el aire todo lo que le iba a contar. — Ve y descansa, Valery. — Y se mete en el ascensor, después inserta la llave, haciendo que las puertas se cierren. A través del hueco que se va estrechando veo que apoya las manos en su cintura, y mira hacia abajo, como si quisiera evitar seguir hablando conmigo.

Me doy cuenta de una cosa: ¡Me ha llamado por mi nombre y no me conoce de nada! No nos ha presentado nadie, ni le he visto jamás en toda mi vida! ¡Qué extraño! ¿Cómo sabrá mi nombre?

No me encaja nada. Ese chico se ha dispuesto a bajar sin ningún temor, como si ya lo hubiera hecho otras veces, como el que va a sacar la basura, algo que entra en lo cotidiano. Se metió en el ascensor desapareciendo de mi vista para adentrarse en los avernos del infierno donde se encontraría la dantesca escena del anciano y su esperpento demencial. Quiero quedarme y esperar desde la planta 0, la que da acceso a la calle tras el portal, hasta oír al menos una exclamación por parte de alguno de los dos, o del viejo o del chico de los shorts.

El ascensor llega al -1 y las puertas metálicas se abren. No lo puedo ver, pero lo escuchaba, reconociendo el característico sonido. “Ahora lo verá”— pienso yo.— “Ahora le preguntará al viejo que qué hace ahí y todo ese tipo de increpaciones que intentan resolver un enigma.”.

Las pisadas de sus chanclas van resonando sobre el cemento pulido del suelo y llego a sentir el clic del interruptor de la luz, que no habrá podido iluminar el pasillo dada la avería en algún cable. Unas pisadas más y el sonido seco y contundente de una puerta que se cierra, como zanjando un

problema. Pisadas que retornan al ascensor, y en un santiamén está ante mis ojos, apareciendo al abrirse las puertas del ascensor el chico como si ya fuera costumbre ir a espantar apariciones.

— ¿Lo has visto?— pregunto ansiosa de confirmar mi experiencia espectral.

— ¡No, no he visto a nadie ahí abajo! Puede que esté fundida la bombilla, o algún cable o fusible se ha dañado. — dice tan tranquilo.

— ¿En serio no has visto al viejo? — Insisto.

— No, en serio, ahí no hay nadie— me dice convencido.

— Pues yo lo vi. Se debe haber escondido entre los coches. — le sugiero.

— Si quieres, para estar más tranquila, podemos bajar juntos y lo comprobamos.

— No, por favor, ahora no estoy para bajar ahí otra vez. Pero gracias, yo ya me voy a mi casa. Mañana sí que necesitaría que alguien me acompañase para coger mi coche. No me atrevo a meterme ahí sola. — le dejo caer como prueba de mi espanto por pasar de nuevo por ese pasillo.

— ¿A qué hora? Si puedo, yo mismo te acompaño.

— A las 9. Entro en la oficina a las 9:30.

— De acuerdo, yo entro antes pero haré una excepción, por un día no pasa nada.

— ¿Si? Muchas gracias — le contesto ruborizada. Es tan amable y tan decidido que me sorprende encontrar una persona así justo cuando la necesito.

Me invade una sensación muy agradable, pues el saber que tendré a mi lado al caballero valiente de las chanclas azules, en la odisea del oscuro pasillo del parking infestado de insectos y seres espantosos, me da ánimos para sobrellevar esa situación.

— De nada... ¿Cómo te llamas? Yo soy Simón.

— Me llamo Valery. Encantada.

Nos damos dos besos de cumplido y acto seguido me abre la puerta de la calle, señalando la vivienda contigua hacia el extremo opuesto a la mía.

— Aquí vivo, para lo que necesites, ya sabes...— me ofrece con una impresionante sonrisa.

— Yo estoy en la cuarta casa. Igualmente. Gracias de nuevo.

— Bueno, hasta mañana, Valery. Que descanses.

— Hasta mañana, Simón. Buenas noches.

Y le veo cómo mete su mano en el bolsillo de los shorts para sacar la llave y abrir su puerta, por la que un perrillo entreasoma su cabecita curioso.

Me da la impresión de que alguien ha observado y escuchado esto último, pues se cierra una ventana con demasiada lentitud, proveniente de la casa de al lado del portal y no pudo evitar el delator *clash* de la maneta al ajustar el cierre. Miro hacia arriba, tratando de distinguir algo pero quien sea que fuese se ha ocultado corriendo las cortinas que aún se mueven.

“Bueno, ya averiguaré quién vive ahí” Me digo, dejando ese misterio a resolver para otro día. Por hoy ya tengo bastante.

Abro la puerta de mi casa, alabando la paz que en ella se respira y tras una cena ligera me voy a dormir. No puedo parar de darle vueltas al incidente, y lo que me ayuda a conciliar el sueño es pensar que darán solución de alguna manera, pondrán vigilancia en el parking para que no vuelvan a producirse estas cosas tan raras y espantosas.

A las tres de la mañana me sobresalta una horrible pesadilla, en la que me veo rodeada de cucarachas en un pozo del que no me puedo escapar. Lo más terrorífico es que una araña con cabeza humana, y diente afilados baja a través de una cuerda para engullirme. Me despierto agitada, con el corazón a mil, lo que me lleva a bajar a la cocina a tomar un vaso de leche con miel, y así intentar recobrar la calma.

Pero no puedo. Me pongo la TV y buscando videos de youtube sobre viajes, me quedo dormida en el sofá hasta las ocho y media que suena la

alarma del móvil, y con precipitación vuelo al baño para asearme y adecentarme: tengo que ir a trabajar.

Ya dan las nueve menos cinco cuando unos golpecitos en la puerta me avisan que Simón está ya esperándome.

Me pinto los labios con el carmín en el último momento, rematando la obra de arte por la que he conseguido convertir un rostro pálido en una mujer de buen ver, y con dos pulverizaciones de perfume salgo dispuesta a ver el Nuevo día con la mejor actitud posible.

Y ahí está él, con un traje igualito a los que llevaban los demás vecinos, bien peinado y con el inconfundible maletín.

— ¡Buenos días, vecina! ¿Qué tal has descansado?

— Buenos días, Simón. Bien, con alguna pesadilla, pero bien, gracias.

— ¡Vaya! ¡No me digas que viste al anciano ese en sueños!

— Algo así, pero vamos, que como me lo vuelva a encontrar, me va a dar algo.

— Si aparece, no te preocupes que le cojo y le llevo a las autoridades. No volverá por aquí.

Con ese desparpajo deja claro lo tranquila que puedo estar con su presencia.

Llegados al ascensor, y antes de que se abran las puertas, suspiro cogiendo valor.

Bajamos y todo parece absolutamente normal. La luz de los fluorescentes ilumina con tal potencia lumínica que higieniza todo mal presentimiento. Nada que temer. Con esa impactante luz no es posible que aparezcan los habitantes del mundo oscuro y tenebroso que me sorprendieron por la noche. Ahora además voy con don *averquépasa aquí* por lo que camino por el pasillo con la soltura de una top model en la pasarela Cibeles.

No hay indicios de la presencia de ningún alma errante por aquí y mucho menos insectos. Todo está impoluto, recién limpio, por el aroma a detergente que emana del suelo, recién fregado.

— Pues no parece que haya nada raro. Perdona la molestia, la verdad. — me disculpo ruborizada.

— Vamos hasta tu coche. Me subo contigo y cuando salgamos a la calle me dejas que tengo el coche aparcado a la vuelta. — me indica Simón.

— De acuerdo. No sé cómo agradecerte el gesto. Eres muy amable.

— ¿Qué tal si cenamos juntos? Vivo solo y no me haría mal un poco de compañía.

— Por supuesto. Si te gusta, tengo canelones y puedo hacer ensalada. — respondo aceptando su propuesta.

— No me digas? ¡Es mi comida favorita! ¡Canelones! Uhmhhh, ya los echaba de menos. Mi madre me los hacía y desde que vivo solo no los he vuelto apenas a probar.

— ¡Vaya! Me alegro que te gusten. Se me dan bien. Bueno, eso creo. Aunque como los de la madre, no hay de mejores, claro.

Y reímos con esa complicidad de los que entienden que como en casa no se come en otra parte.

Era curioso cómo ese hombre me hace sentir tan extraordinariamente bien. Es como alguien de la familia, en quien se puede confiar y se quiere tener siempre en los momentos más importantes de la vida.

Entramos en la amplia extensión del parking, donde los coches azules que corresponden a los hombres que han marchado ya, han relegado su protagonismo a los de color negro, que aún permanecen estacionados en las hileras siguientes.

Me pregunto: ¿De quién serán esos coches negros?

Seguramente son los vehículos de gente que no trabaja, porque a estas horas aún siguen ahí...deduzco para mis adentros.

— Adivino que tu coche es azul ¿Me equivoco, Simón? — intento sorprenderle con el aire de listillas que suelen gastarse las investigadoras de

las series.

— ¡Vaya! ¡Sí que has hecho los deberes! ¡Efectiviwonder! — dice riendo, con la gracia de los que han pasado ya la prueba de fuego del clan ese donde toda esa marea urbana está tan organizada.

— ¿Y por qué os colocáis y os organizáis así? ¿Sois todos igual de disciplinados?

— Al principio te choca, pero después lo agradeces. Si sigues las normas, esto es vida, todo es más fácil. El orden en el espacio es fundamental para tener organizada la mente.

“El orden en el espacio es fundamental para tener organizada la mente”.....

Ahora le miro a la cara buscando algún resquicio de manipulación que el ente que gobierna todo ese mundo urbanístico pueda estar ejerciendo en él su poderosa fuerza.

Mientras entramos en mi coche, percibo una especie de sombra que se refleja en la pared de enfrente. Intento visualizar mejor agudizando la vista, pero acabo pensando que se trata de un efecto normal al encender los faros. De todos modos, lo que quiero es salir de allí y por supuesto no volver a aparcar en el parking.

— Bueno, ha sido un placer acompañarte. Espero tengas un buen día. Nos vemos a la noche. — se despide acercándose para darme un par de besos embriagándome con un agradable y fresco aroma de selva amazónica.

— Gracias, Simón, hasta la noche. Pasa un buen día.

“Un buen comienzo para una bonita amistad” fue lo que pasó por mi mente. La explosión de vida que recorre mis venas puede deberse a este encuentro o bien al maravilloso día que se presenta ante mí, con el sol radiante y el cielo azul atenuado en su fulgor a esas horas ofreciendo su tono más tierno, como los brotes primerizos de las plantas, tan llenos de su esencia originaria.

“Los rayos del amanecer son como los brotes verdes, tan llenos de esencia

primigenia y sumamente tiernos “rumio como parte de un poema por completar.

Así voy conduciendo hasta mi trabajo, destilando optimismo y vitalidad por los cuatro costales.

La agencia.

La mañana pasó en un plis plas, pues eran todo viajes organizados que tan sólo tuve que confirmar y explicar repetitivamente cada paso de los tours. Era gente mayor, con ganas más bien de cambiar de aires que de conocer sitios, y lo que más preguntaban era el qué iban a comer. Yo para mí que estos abuelos se meterían en cualquier autobús con tal de salir de su rutina de médicos y nietos, y poder sentarse a la mesa con otros de su quinta a degustar como señores los platos que ellos fanfarronearán de que seguramente los harían mejor. El tema de conversación sería ese mayoritariamente. Que si aquí ponen el pescado reseco, que si allí la carne es suela de zapato, que si allí la ensalada no se la daría ni a los burros, que si el arroz es cemento armado, que si en los buffets no rellenan las bandejas y tienen que hacer cola para cogerse algo comestible antes de que se abalancen todos y sólo les quede los guisantes desperdigados en un montón de salsa súper salada....

A más de uno lo atendieron servicios médicos, por indigestiones, por subidas de tensión, vamos, por empacho supremo por decirlo así de claro.

Cuando vuelven, es el peor trance que tengo que soportar. Es cuando vienen todas las reclamaciones y que con santa paciencia voy escuchando, pues esto también es además de agencia de viajes, una especie de confesionario. Me han venido a contar cosas tan personales que hasta yo misma me he ruborizado. Pues que le digan a una que su marido recuperaba el impulso sexual cada vez que van a hoteles de la costa y que necesitan que la habitación tenga vistas al mar para que se produzca ese “milagro”.... En fin.

La mañana dio paso a la tarde, tras un succulento almuerzo en el bar de al

lado con un plato de paella, la que tanto había oído mencionar de los abuelos sobre su imperiosas ganas de probar una buena en el viaje organizado por las costas levantinas.

Ahora entiendo que se quejen tanto del punto de la paella en determinados sitios. Tengo una pieza dental de quita y pon, y según masticaba el arroz, se enganchaba hasta casi despegar la dentadura. “Ya vamos cogiendo la hilera”— pensé suspirando.

Llamé a la psicóloga, pero me abstuve de contarle lo sucedido. No quería ser una pesada más de las que le calienta la oreja hasta aturdirla. Tan sólo quedé con ella para ultimar la salida que íbamos a hacer al día siguiente.

— Y no te olvides de llevar tu cámara. Harás un buen reportaje. — la asesoro para que inmortalice los bellos parajes que vamos a presenciar.

— sí, por supuesto. Haremos un buen reportaje y lo venderemos luego al National Geographic — dice riendo.

Lo que yo no contaba era con que ella es supermegahiperalérgica a determinadas plantas y arbustos...

Preparando la velada.

Me agencí en una tienda del centro de unos cuantos artículos para ornamentar la mesa, dispuesta a ofrecer una velada de lo más elegante a mi vecino y completé la cesta con los entremeses que para esta ocasión darán la sensación de fiesta. Unos canapés, unos dátiles con bacon, unas banderillas con aceitunas, pepinillos y un surtido de nachos con guacamole que aunque no se coman quedarán de lujo en el íntimo festín que nos vamos a dar.

Corro a dejar todo en la cocina, tras aparcar en la calle evitando la aceleración cardiaca que supone aparcar en el parking. Trato de no arruinar el estado emocional que llevo puesto encima. Descongelo los canelones que he comprado en una tienda gourmet y los saco del envase, haciendo que resulte lo más casero posible. Inserto unos trocitos de bacón diminutos, apenas un pensamiento de sabor, para darles ese toque que aleje la distinción de catering. Y el broche de oro de un baño de salsa bechamel que yo misma hago para agregar por encima y disponerlo en un bol por si queremos añadir

más al plato.

Bueno, ya con el truco montado y casi a un cuarto de hora para que venga Simón, me apresuro a dejarlo todo listo.

Ya sabía lo que ponerme. Ni muy atrevida ni muy recatada. Ni muy elegante ni de ir por casa. Un pantalón blanco vaquero y una blusa fucsia, algo escotada al dejar los tres primeros botones desabrochados. El pelo recogido con una coleta y unos mocasines igual de immaculados que el pantalón.

Preparo la sonrisa de acogida y tras un buen rato esperando, noto cómo ésta se va derritiendo igual que un helado al sol, llegando a convertirse mi rostro más bien en el de un niño al que no le llega ningún caramelo de la cabalgata: No viene Simón, el encantador y complaciente vecino se está retrasando demasiado, lo que hace que desconsidere la posibilidad de compartir esta suculenta cena con él.

“Bueno, puede que le haya surgido algún imprevisto” — Pensé. “Ya me lo explicará mañana.”

Picoteo un poco de todo y me envuelvo en la cálida tela que tengo sobre el sofá. Esta noche refresca y el aire sopla cada vez con más fuerza. El día ha sido muy caluroso, tanto que al atardecer se ha vuelto bochorno con la presencia de nubes plomizas llenas de carga electrostática. Huele a tierra mojada. Me llegan ráfagas de preludio de lluvias a través de la puerta corredera del jardín. Es el ambiente propicio para la melancolía.

Un ruido que viene de la calle, como el de una colisión entre coches me hace dar un bote del sofá para asomarme a ver qué ha ocurrido.

Salgo tal cual estoy por la puerta y miro a los lados tratando de ver el accidente. Al tener ante mi vista mi propio coche golpeado y chafado me entra una rabia criminal a la vez de una sensación de plena impotencia. Ha debido producirse por otro vehículo que perdió el control involuntariamente o quién sabe si adrede. El caso es que se ha dado a la fuga, dejando los cristales y la puerta de la parte del conductor de mi coche destrozados. Lo curioso es que nadie sale de las casas a ver qué ha pasado. Las ventanas de los vecinos tienen las persianas bajadas y el silencio sepulcral me deja para mis adentros

un claro mensaje: *No les importas un pimiento ni tú ni lo que te pase....* Me meto en casa para avisar a la policía. Una vez llega, todo es detallar los daños de mi vehículo y el interrogatorio pertinente. Para rematar, me paso la noche en comisaría haciendo la denuncia aunque no tengo ningún culpable a quien acusar.

Tomé un vehículo de cortesía que el taller me procuró y lo dejé en el gran aparcamiento subterráneo.

Tras un breve almuerzo, me dispuse a bajar para dirigirme al trabajo.

El parking aquel día me produjo una extraña sensación. Era como si alguien me observara sin que pudiera percibir su presencia. ¿Existían cámaras igual que en otros parkings con servicio de vigilancia?

Sentía como si cada uno de mis movimientos fuera analizado y puesto en consideración para aprobar o no mi conducta. Al sacar un paquete de chicles me aseguré de no tirar el envoltorio, demostrando mi civismo. Al entrar en el vehículo cerré de inmediato las puertas con el seguro de cierre bloqueando el acceso. Entonces comenzaron a salir por las compuertas metálicas, de uno en uno docenas de vecinos, vestidos con el mismo tono: un azul marino en las chaquetas y blancas las camisas. Eran todos hombres, de una media de treinta años. Me miraron todos extrañados. Era la única mujer en ese momento. Me sentí como si infringiera alguna norma.

Al entrar en mi coche dejaron de mirarme y cada uno se dirigió a su vehículo. Todos los motores arrancaron para ir desfilando uno a uno todos por las rampas del parking.

Me esperé para ver ese espectáculo. Cada uno sabía cuándo debía incorporarse al pasillo central para ir bajando por la rampa. ¡Estaba todo estudiando al detalle!

¿Cuándo se suponía que tenía que incorporarme yo? Una vez me quedé sola salí sin más. Esto se estaba poniendo demasiado misterioso.

Tenía todo el fin de semana por delante antes de acudir a la reunión donde se suponía iban a explicarme las normas. Me parece que había algo más que normas y que la vendedora me podía haber informado de lo que aquí sucedía.

Pasé mi jornada laboral entre vuelos y hoteles, como de costumbre y a media mañana llamé a Mayte para concretar la hora de nuestra salida al campo.

— ¿Te parece bien a las 9? – Le pregunté.

— Sí, está bien...-respondió Daniela, algo pensativa.

No se arrepentiría de “madrugar” en domingo. Montornés de la Segarra es un pueblo de Lérida, a 73 km de Reus dirección Tárrega. Tiene los restos de un castillo que perteneció a la orden del Temple y que luego pasó a los Hospitalarios. Apenas tiene 60 habitantes. Se dedican al cultivo de la cebada y el trigo además de almendros, olivos y vides.

También hay algunas granjas de aves. Las casas de piedra son casi todas antiguas, con las puertas adinteladas. Las calles ofrecen la intimidad del pueblo, al que se debe un profundo respeto por ganarse su existencia a base de persistencia y trabajo.

Tengo especial amistad con el dueño de una casa rural que amablemente me ofreció su exquisito vino de su propia cosecha. No he probado nada más bueno en toda mi vida. Daniela quedará impresionada. Será un placer conducirla por ese paraje tan especial.

De nuevo me vuelvo a casa. La tranquilidad domina el entorno. Espero no volver a soñar con ese individuo.

Observo desde la ventana de la habitación del piso superior cómo el atardecer va cubriendo de tonos dorados las casas y las calles.

Visita a Montornés de la Segarra

— Tengo el coche en el mecánico, por lo que a la excursión del pueblo Montornés de la Segarra tendremos que ir con tu coche — dije a la psicóloga.

— Mejor así— me asegura al pedírselo— así me conoceré el camino al fijarme más en el trayecto.

Su optimismo se vino abajo a medida que las gramíneas iban haciendo su labor para que se le generase un cuadro alérgico de muy señor mío. Los ojos se le iban volviendo rojos, lacrimosos, cada vez más pequeñitos por la hinchazón de su cara, sobre todo de su nariz, que no paraba de destilar mucosidad y goterones como los que caían anoche tras las ventanas de comisaría.

— ¡Si que estás buena con la alergia! — le dije simpáticamente para borrar en ella la percepción de molestia que sus ruiditos pudieran ocasionarme.

— Ya ves, ¡es mi karma! — Saltó riendo — en otra vida le habré dado mala vida a las plantas: Puede que fuera una incendiaria o un hongo que arrasaba vegetaciones enteras y ahora me invaden a mí las vías respiratorias sus armas poderosas, el polen, esporas, y la clorofila que las parió.

— Jajajaja!!— se expresó mi ánimo — Pues ya sabes, ¡a hacer las paces con la madre Naturaleza!

— Por mucho que lllore y moquee, no me perdona. Por suerte en la farmacia encontraré algún antihistamínico porque no creo que sea agradable que estés soportando estar al lado de una mucosa todo el día...

— No te preocupes, esto no es nada. Tengo una compañera en la agencia que está todo el día carraspeando. Tiene un tic nervioso, y no lo puede evitar.

— ¿Ah sí? — y me insistió para que le contara más sobre mi día a día con la susodicha de los tics.

Es divertido estar con Daniela. Cualquier contratiempo es motivo para hacer una observación cómica.

Al llegar al pueblo Montornés de la Segarra, nos dirigimos a los caminos que dan al bosque, buscando un lugar donde hacer el picnic. Nos hemos provisto de bocadillos en el pueblo de al lado y unos filtros para su nariz aparte del Polaramine e inhaladores para ese asma que ya me tiene alarmada.

Es maravilloso estar rodeada de pinos, sintiendo la frescura verde que empapa los sentidos. La gran presencia de oxígeno activa las glándulas. Las segregaciones de dopamina y serotonina fluyen como Pedro por su casa. Es extraordinario. Todo ello hace que se despejen los barrotes del enclaustramiento urbano.

— ¿Estas mejor?— fue una interrogación más bien enunciativa, pues veía a Daniela en estado de “iluminada”, con la mirada como si acabara de unirse al “Absoluto”, no sé si por la ingesta del antihistamínico o por la placidez del nirvánico lugar.

— ¡Ufff!— llega a pronunciar con gran esfuerzo por no salir de ese trance casi levitatorio.

No le pregunto nada más y dejo que la magia y la química sigan inyectando su dosis hasta que pasados unos minutos, el estómago empieza a gruñir reclamando su atención.

— ¡A ver qué tal están los bocatas! – Digo abriendo los envoltorios — ¡Uhhmmm!, ¡huelen fantástico!

Cualquier cosa hubiera sido apetecible, pero un buen bocadillo de tortilla de patatas en el bosque es todo un manjar.

Tras el festín, nos quedamos medio dormidas, tumbadas en la manta de viaje que extendimos sobre el suelo barrido previamente de las afiladas

agujas de los pinos.

Una musiquilla nos saca del sopor. Es una pareja que se ha establecido a unos cuantos metros, trayendo ruido y haciendo añicos el hechizo del silencio.

— ¡Vaya! La parejita se ha traído animación! — bromea Daniela.

Se trata de un par de adolescentes: una chica de unos 17 años con un chico de unos años más que ella. Ella lleva un top que deja, a merced del chaval, su cintura de avispa, la cual se cimbrea al ritmo de las melodías que salen de sus móviles.

— ¿Qué te parece si después del almuerzo nos vamos a tomar un café al bar del pueblo?

— Es lo que estaba pensando. Buena idea. — acepta Daniela como si me hubiera transmitido esa idea.

Es el momento oportuno para confiarle mi preocupación. Le cuento todo lo que me sucede el día anterior, el infortunio del parking, la amable y desinteresada ayuda por parte de Simón, la invitación a cenar y el plantón que sigue después, porque del accidente ya le había puesto al día al proponer ir al pueblo con su coche.

Ella me escucha atentamente y cuando ve el momento adecuado me dice:

— Valery, hay algo extraño en ese parking, pues nadie desaparece así como así. Tu vecino debe saber algo que te oculta.

Me quedo suspendida en la ingravidez de un estado de incertidumbre. No sé qué decirle, pues prefiero quitarle dramatismo a la situación para no mortificarme con paranoias.

— Bueno, puede que ese anciano saliera gracias a que alguien le abrió desde el otro lado, y al poner la llave desde allá la pieza que dejaste se saliera por la presión. — digo intentando encontrar la pieza que haga encajar el puzle.

Unos aldeanos empiezan a hablar de sus cosechas y nos unimos a la conversación, derivando la atención a la bella comarca, que tanto tiene que

ofrecer en todos los sentidos.

Durante la vuelta, charlamos de diversos temas, pero de pronto, ante un extraño silencio, provocado por la aparición repentina de la luna llena en el crepúsculo naciente, Daniela se convierte en una oradora excepcional:

— El parking es un lugar que identifica nuestro subconsciente. Los temores se manifiestan en la oculta superficie que tenemos bajo nuestra fachada. Tal como Hegel dijo: lo que vemos es fruto de lo que proyectamos en nuestra mente.

Tras esas palabras emitidas por una Daniela filósofa, no me queda otra que conducirla a la praxis y que por sí misma valore las extrañas circunstancias que he vivido.

— Me gustaría mucho que vinieras a mi casa y, si quieres, podemos bajar juntas al parking... — sugiero con determinación, pensando que para una mente curiosa como la suya esa visita sería de lo más estimulante.

— Ya era hora de que me lo pidieras. Me muero por bajar a las entrañas de esa urbanización.

VISITA AL PARKING MISTERIOSO

Narradora:

El pasillo se alza ansiando devorar los pasos que lo cruzan. Sus paredes cimentadas guardan entre trazos semiborrados mensajes de otras presencias que quisieron dejar su huella en un deseo de inmortalizar sus ideas, sentimientos, deseos o incluso claves para descifrar enigmas. La luz intermitente del fluorescente que clama por ser sustituida enfoca en sus resplandores cierta parte de ese manuscrito embarullado hecho con rayones. Vestigios de una vida pasada que ya no tiene lugar, pero que espera resucitar en el alma curiosa que contemple sus señales.

Valery:

Daniela se ha parado delante de una pared del parking, una que está en el lateral izquierdo. Ha visto un asterisco junto a unas letras que parecen formar una extraña palabra, difícil de interpretar. “*Barranco*” se perfila como un aviso al que acompaña un par de ojos y dos exclamaciones.

— ¿Qué querrá decir ese jeroglífico?— pregunta — ¿Debemos prestar atención a este aviso?

— El único barranco que hay por aquí cerca es el que se extiende al otro lado de la carretera que bordea la urbanización. — respondo intentando dar con ello. —

Es el cauce seco de un río al que han interrumpido su curso, que se llena de sedimentos y barro cada vez que llueve a torrenciales, y eso ocurre como mucho dos veces al año: en el mes de abril como irrupción de la loca primavera, y a finales de agosto anunciando el fin del verano.

Por lo tanto, el único peligro que pudiera desentrañar el barranco correspondería a esas ocasiones en las que la corriente arrastra ramas, barro y restos de objetos que ha recogido a su paso.

Pocas personas caminan por el sendero del barranco que se ha ido formando al paso de los tractores del servicio de limpieza, que dejan las marcas de los grandes neumáticos sobre la pista que la pala de recogida de residuos aplanó con su pesada boca engullidora. No es un lugar apetecible para pasear, hundido entre las dos alturas que se asoman a su recorrido, oculto y dado a categorizarse como parte del inframundo, donde las ratas y otras alimañas tienen su morada y campo de actuación.

— Ese escrito con los ojos como alerta quizá ponga de manifiesto la necesidad de buscar algo en ese lugar, en el barranco que a partir de ahora debemos considerar parte del enigma. — me sugiere con aires de detective.

La duda se va intensificando cada vez más, caminando a través de ese

subterráneo que igual que un útero materno, guarda el germen de lo que se estaba manifestando dentro de su superficie.

Mientras avanzamos observamos una especie de mancha que impregna el suelo. No es agua, tiene una cremosidad peculiar. Propia de una gelatina a punto de cuajarse. Miramos con curiosidad intentando averiguar su composición, para descartar que alguien pueda haber cometido una fechoría depositando restos biológicos, y comprobamos que es crema de chocolate con restos de bizcocho. A alguien se le ha caído y no ha tenido tiempo de limpiarlo... Entonces me atreví a contar a Daniela el sueño que tuve la otra noche con un personaje que no me lo podía quitar de la mente.

El extraño sueño

—“Ven aquí”- me dijo ese hombre — “No tengas miedo. Quiero contarte algo muy importante que sólo tú podrás entender. Verás, no sé por qué pero he aparecido aquí de repente, cada vez que tú entras en este sitio, me descubro en ese rincón y, como si fuera parte de un sueño que se repite día a día, te encuentro a ti dirigiéndote a tu coche. Después, cuando te vas, vuelvo a la vida que llevo fuera de aquí. Tengo que saber quién eres y qué hago aquí siempre, qué me hace verte y si eres o no real o es sólo fruto de mi imaginación.”

Incluso en el mismo sueño me quedé estupefacta. Por su manera de vestir y la convicción con la que me contaba eso, lo consideré probable, pero mi mente me decía que eso no podía ser, que se trataría de algún loco escapado del manicomio o algo así.

— Vamos a ver — me puse en plan analítico dentro de ese extraño sueño — dices que apareces aquí cada vez que entro en el parking, ¿no?

— “Sí, porque es lo que recuerdo siempre, tú yendo al coche. Los primeros días en los que me vi aquí, al verte pensé que era algo fortuito, pero ya llevo muchas veces que se repiten con la misma escena en la que entras por esa puerta y yo me veo así, tal como me estás viendo ahora. Por favor, créeme, esto no es ninguna chaladura. Puedes preguntarme lo que quieras, y seguramente nos volveremos a ver. Te convencerás, que lo que te digo que es cierto.”

— ¿Dónde estás antes de aparecer aquí? ¿Quién eres?

— *“Vivo en Reus, un pueblo de Tarragona.”*

— Esto es Reus. Estamos en Reus.

Su cara lo dijo todo: una mezcla de pavor y extrañeza dibujó la máxima expresión de la incertidumbre en él, que no paraba de mirar la puerta para ir afuera y comprobar que estaba en la misma ciudad.

— *“No sé, pero todo es tan extraño...estos coches tan modernos...tu manera de vestir...Voy ahora mismo a probar si puedo salir, ven conmigo y crucemos la puerta juntos. Cada vez que quiero hacerlo yo solo, vuelvo a desaparecer de aquí para encontrarme de nuevo con la vida que reconozco como real y auténtica.”*

Por supuesto que no pensaba ir con él ni mucho menos entrar en los pasadizos que daban al ascensor en su compañía.

— No, yo me voy en mi coche. Si quiere, puede seguirme y salir por las compuertas que dan a la calle.

— *“Entiendo que no te fíes de mí. Está bien, te seguiré. Ve despacio”.*

Entré en el coche y arranqué. El hombre estaba quieto, intentando ganarse mi confianza, demostrando que no tenía por qué temer, que no pretendía más que averiguar qué hacía en esas circunstancias tan estrambóticas para él y para mí.

Marchaba a poco a poco, cerciorándome de que él estaba detrás, caminando con mucho sigilo, como quien quiere que no se le escape un pajarillo caído del nido o algo así.

Avancé hacia el final de la primera plataforma del parking, entrando en la vía que une todas las alas de aparcamientos y giré para ir hacia las compuertas. En el mismo instante en el que miré por el retrovisor para ver si seguía allí ese hombre, otro coche se aproximaba justo enfrente de mí, lo que me cegó con sus luces y no pude ver su figura. Paré esperando que el coche girara y me permitiera ver sin el fogonazo de sus focos y miré con curiosidad por el espejo retrovisor otra vez, buscando al hombre que no acababa de

aparecer, y aunque giré la cabeza, mirando en todas direcciones, no le volví a ver.

— Bueno, será que se ha escondido. No querrá que le vea nadie— pensé.

Al salir de allí y ver la calle, con el tránsito habitual, parecía como si lo que allí dentro del parking no había sucedido. Una especie de subconsciente que se había manifestado con la personificación de un fantasma del pasado, de un ser fuera del tiempo que se había colado en mi mente y que seguramente no volvería a ver nunca más.

— No podría contar ese suceso a nadie. ¿Quién me creería?

— Es un sueño digno de ser interpretado por un especialista en viajes astrales. — sugirió Daniela estupefacta.

— No quería ocupar mi mente en ese encuentro tan raro. Es como si no quisiera reconocerlo, como si no quisiera conceder siquiera la duda de que pueda ser algo real. — acabé sugiriéndole para que no insistiera.

Al día siguiente...

Esa mañana la pasé bastante ocupada organizando las excursiones que una familia me pidió para rellenar sus días en el viaje a Italia para principios de septiembre.

Ya son las ocho. Hora de volver a casa. Duermo esa noche con asaltos de sueños envueltos en la continua pesadilla en la que aparece ese hombre persiguiéndome por los pasillos del parking, que son infinitos y van estrechándose cada vez más hasta casi emparedarme entre los muros en el último momento que culmina cuando despierto. Sin testigos que puedan compartir esas vivencias, los sueños es mejor dejarlo como tal, simples sueños....

Me he levantado con mal sabor de boca y una sensación desagradable que me va a perseguir todo el día. Debo reconfortarme con una buena ducha y un opíparo desayuno, pero en casa apenas tengo nada apetecible, por lo que decido ir a la cafetería de la urbanización a comer algo que esté tan rico que me quite este malestar. Entre comentarios de algunos vecinos que toman su café habitual, puedo distinguir dos madres que han dejado a sus hijos en el colegio y se preparan para ponerse al día en los acontecimientos que salpican sus rutinas. Una de ellas me mira y me dice:

— Hola, ¿Tú trabajas en la agencia de viajes, no? Es que me sueñas mucho y debe ser de eso, pues te me pareces a una chica que trabaja allí.

—Sí, sí, estoy en la agencia, sí. Pero no me acuerdo de ti. Como pasa tanta gente por allí...

— Claro, claro... yo fui a contratar un viaje a Canarias, pero al final no me decidí, lo hemos dejado para otro año. Mi marido tuvo que acabar unos trabajos y al final no pudimos irnos de vacaciones.

Veo que la otra señora la mira con cara de rareza. Debe ser un pretexto para excusarse por no haber contratado el viaje después de mi desespero en buscarle la mejor oferta en hotel y vuelo, cosa a la que estoy ya acostumbrada. Reconozco a quien va a viajar realmente y a quien está soñando simplemente...

— Bueno, ya lo sabe, allí estamos. Siempre se puede volver a plantear un viaje. Canarias es un buen destino. —Y me levanto ya para no tener que seguir explicando ventajas e inconvenientes de los viajes porque la conversación ya va cogiendo ese derrotero.

Visita al barranco

— Deberíamos asomarnos al barranco — propone Daniela.

— Está bien, salgamos a ver qué tendrá que ver con estas señales — añado con una valentía desconocida hasta ahora.

En unos instantes hemos subido a la superficie, y en apenas cinco minutos vemos ya borde del barranco. Las farolas iluminan suficientemente el lugar.

— ¿Cómo se puede bajar? — me pregunta, decidida.

— No sé, puede que haya algún terraplén — intento averiguar.

Comenzamos a buscar a lo largo de su recorrido la parte que ayuda al descenso.

— ¡Mira! — Señala Daniela — Allí hay una especie de caminillo.

— ¡Estupendo! — me animo a seguirla.

Y ya nos vemos las dos en pos del misterio, lanzándonos a una búsqueda que intente descifrar las señales que nos piden su atención.

Mis botas se llenan de barro y apenas puedo mantener la estabilidad. Caigo y ruedo por la pendiente hasta caer al fondo como un saco de avellanas. Daniela ríe, contagiada por las carcajadas que se escapan de esta avergonzada circunstancia.

— ¿Te has hecho daño?

— No, sólo me he roto el coxis....— respondo en plan cómico.

— No será para tanto....!! A ver, intenta levantarte. — Me propone cogiéndome de la cintura.

— No es nada, es que soy una exagerada. Anda, vamos a ver qué encontramos antes de que me arrepienta. Aquí no se ve nada.

Daniela saca su móvil de la pequeña mochila que lleva sobre el hombro y pone la aplicación de linterna, esparciendo un haz de luz que hace que las paredes del barranco cobren un realismo fantasmagórico.

— Estamos metidas en un barranco que tiene restos arqueológicos, ¡Mira! — me invita a mirar a cierto lugar entre los muros.

— Es curioso — me pronuncio— pero quién me iba a decir que una noche de luna llena iba a bajar a este sitio...

— Bueno, al menos sin sol ya no tengo alergia, demos gracias que no te doy la serenata...

Entre risas y salidas graciosas nos fuimos adentrando por la serpenteante

columna de ese hueco que el río en sus grandes crecidas arrasaría con su lengua devoradora.

Una nube caprichosa y burlona se hizo dueña del protagonismo en la espectacular noche. Una luna enfadada, se resistía a ocultar toda su plenitud.

El móvil de Daniela, como si entrara en una conspiración contra la claridad, dejó de emitir el haz luminoso del efecto linterna.

— ¡Se ha agotado la batería! ¡Mierda! — explota con rabia.

— Pues, esto ya se está poniendo chungo...—auguro, copiando las palabras que mi compañera suele usar cuando los ordenadores se bloquean con la agencia a tope.

— A ver cómo nos guiamos para salir, porque ahora no veo ni un pijo. — bufa Daniela.

Las formalidades quedaron apartadas para sacar el lado más espontáneo y a la vez burdo de la personalidad de cada una.

Cómplices en ese atolladero, nos agarramos para no dar un mal paso por esos pedregales a oscuras.

A lo lejos se veía el resplandor de la llama gigante que salía de la chimenea de la petroquímica. Parecía una antorcha dispuesta en una de las ceremonias tribales que se ven en los documentales.

— Te lo juro que cuando salgamos de aquí me voy a meter en la bañera y no voy a salir hasta que se me quite el picor. ¡Dios! ¿Qué me habrá picado?

— Aquí te puedes encontrar de todo, Daniela.

Yo también empiezo a notar cómo me pica todo, las piernas, los brazos, la espalda...

En un traspié nos caemos. Es un socavón que no habíamos percibido.

— Creo que me he roto algo, Vale.

— ¿Dónde? ¿Qué te duele?

— La pierna, el brazo... ¡Ay Dios! — se lamenta Daniela.

Estamos metidas literalmente en un hoyo. Intento mover a mi amiga para poder salir pero ella se queja cada vez que lo intento.

— Mira, espérate aquí que voy a casa y llamo a los servicios de emergencia. No se te puede mover así como así.

— Ufff!!Ni hablar, yo no quedo aquí. Me voy contigo aunque me deje los huesos por el camino.

La sensación de haber ido cada vez más hacia un pozo negro y profundo se iba acentuando. Con Daniela arrastrándose como podía, en medio de la riera, infestadas de picaduras, ya la idea de encontrar los vestigios de las señales del parking había desaparecido por completo. Sin embargo, un resorte en mi mente abrió una posibilidad en medio de tal embrollo. Ese socavón podría ser a lo que se referían las señales.

— Espera, Daniela, voy a comprobar una cosa.

Dejo a la psicóloga apoyada contra una roca y vuelvo al lugar de la caída.

Me meto dentro del hoyo y busco algo que pueda ayudar a esclarecer mis dudas. La luna ha salido del eclipse nebuloso y me permite vislumbrar algo que acrecienta mis sospechas. En realidad es un acceso a un túnel. Veo una losa que cubre la entrada, medio escondida con ramas y barro. Limpio un poco su superficie para comprobar hasta dónde abarca su perímetro. Está bien sellada, hace mucho tiempo nadie ha accedido a través, pero puede que tenga otra salida... en el mismo parking de mi comunidad.

Daniela al final ha podido subir reptando como un varano de los pantanos, hasta que triunfante ha llegado a la cima en medio de suspiros y lamentaciones.

En casa nos hemos quitado la ropa y comprobado que teníamos la paella entera encima, granos y granos de las picaduras de mosquitos que se habían cebado con carne fresca.

Una ducha refrescante era lo que necesitábamos, pero había que ver qué ligamentos se habían dañado.

— Vamos al coche, lo primero es ir a que te vean en urgencias.

— De paso, podemos bajar al parking con el coche. Me puedo aguantar un poco mientras vuelves a mirar las señales.

Dicho y hecho. La meto en el asiento de atrás para que estire las piernas y tomo posesión del volante. Lo dirijo a la boca del parking y acciono el pulsador del mando que tengo en el llavero para que se levante la compuerta.

Sé que es a estas horas un lugar poco recomendado para visitar, y más cuando sufrí aquél percance con el aterrador encontronazo.

Las luces funcionan a la perfección, expandiendo la sensación de tranquilidad ante la garantía de que nada podrá ocultarse, por tanto nada he de temer que no pueda ver a tiempo de salir de ahí a toda mecha. Aparco en mi plaza y compruebo que Daniela está bien. Al menos no se queja.

Ya acciono la palanca para abrir el coche cuando percibo entre los coches del fondo una silueta humana que se desliza agazapada para ocultarse detrás de una de las furgonetas.

Inmediatamente se dispara la adrenalina que, como un resorte para prevenirme de un posible asalto, me hace entrar apresurada en el coche, presiono el cierre de seguridad y giro la llave de contacto, para salir de allí lo antes posible.

— ¡Alguien está ahí! — advierto nerviosa.

Me estoy ya imaginando cómo esa persona que se oculta, se me viene encima para atacarnos o hacernos daño. No hay nadie más en el parking, por

lo que estamos totalmente a su merced.

Consigo arrancar el motor a pesar de los nervios y de una acelerada brusca salgo del aparcamiento echando marcha atrás, sin mirar si viene o no alguien por el pasillo.

Escuchamos un quejido seguido de un golpetazo, hecho que me confirma que esa persona estaba detrás y la he atropellado sin darme cuenta. Si me paro y acudo a socorrerla nos jugamos la vida, si es que lo que quería era atacarnos. Si no, ¿Qué sentido tendría esconderse entre los coches y de pronto aparecer por detrás?

Giro el volante para tomar rumbo a la salida, agobiada por la idea de que saltará sobre el coche o algo así. De pronto, poniéndome al máximo en el termómetro del espanto, aparece su rostro antela ventanilla, totalmente convencido en atrapar toda mi atención y lo consigue. Esa cara me resulta demasiado familiar como para irme sin resolverlo.

ANDREU

Era un hombre ya mayor, con falta de un buen afeitado por su media barba descuidada, al igual que todo él, ataviado con un traje sucio y medio descosido. Su pelo le llega a la altura de los hombros, lacio y áspero por la cantidad de polvo acumulado, tirando a cobrizo aunque se adivina el castaño oscuro en su estado original, sin la mugre que ahoga el color y brillo natural. Las arrugas de la cara, labradas a fuerza de eternas horas al sol y la intemperie, le otorgaban la crudeza de una vida dura, expuesta a las inclemencias, con la huella del desaliento en los ojos apagados con el velo de la vejez del desgaste, de días y noches entre el hambre y el miedo, de horizontes desplomados en la cárcel de su limitado destino. Un hombre sin nombre, sin patria, sin familia, sin nada.... Que ni siquiera pertenecía a su propio tiempo.

Con una mezcla de pena y miedo le propongo a Daniela que hablemos con ese hombre. No sabíamos en qué podría acabar esa secuencia, si en un acto de socorro a un pobre vagabundo o en algo que nos dejara secuelas no muy gratas. Al final, al verlo caer resolvimos en atenderle.

— ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

No contesta, está absorto en el océano de la debilidad. A saber la última vez que probó algo caliente. Por mutuo acuerdo subo al hombre al coche y, ya que vamos a urgencias matamos dos pájaros de un tiro. Que le miren a él también y le atiendan los servicios sociales.

El golpe no le había causado heridas pero sí una conmoción de la que salió tras la atención en enfermería. Le metieron en un box donde procedieron a hidratarlo con suero a través de una vía. A Daniela igualmente hicieron una exploración comprobando que no tenía más que un esguince y varios moratones aparte las picaduras que aliviaron con pomadas.

— Ya se lo pueden llevar. Está suficientemente hidratado y ha recuperado las constantes vitales.

Para saber a dónde lo teníamos que llevar, nos dirigimos al departamento de atención al cliente, pero a esas horas no había nadie que se ocupara, por lo que al final le llevamos en el coche a mi casa.

Daniela iba con el pie vendado pero feliz de verse sin picores. Me dieron unas pasadas a mí también de la crema milagrosa.

Los datos del hombre que en urgencias sonsacaron las enfermeras, identificaban a esta persona por el nombre de Andreu, pero nada más. No sabemos si por ocultar algún delito o por no dar explicaciones, pero nos han encargado que volvamos cuando sepamos algo más de él y poder informar para que obtenga una tarjeta de identidad.

— Andreu, puede confiar en mí. No le voy a denunciar ni nada. Cuénteme qué le ha pasado para estar así. — susurra Daniela la experta en confidencialidades.

— Quería salir de ese sitio, las vi y quise que me ayudaran. Alguien me ha sacado de mi refugio y me ha puesto en ese parking. — Nos revela.

Por los detalles que siguen a esa explicación, adivinamos que hay una persona que se dedica a meter a indigentes en el parking. Pero.... ¿Por qué?

Para no quedarme sola con Andreu, Daniela se ofrece a pasar la noche con nosotros. Una buena cena restablece nuestro ánimo y ante una buena botella de vino, es cuando se confía, se abre contando su historia.

— Yo tenía una masía muy cerca de aquí. Me la quitaron al no poder pagar las deudas de juego de mi hijo, del que no sé nada desde que lo saqué de la cárcel. He ido tirando viviendo de amagadas en la finca hasta que la demolieron hace pocos días.

— ¿Y por eso no quiere dar sus apellidos? ¿Sigue con deudas pendientes? — traté de averiguar.

— Vendí mi alma al diablo al cambiar mi carnet de identidad por algo de dinero.

— Así que alguien va por ahí con su nombre...— dedujo Daniela.

—Sí, y a saber qué delitos habrá cometido implicándome.

Por eso Andreu no quería dar sus datos, y prefería ser un despistado al que la demencia senil no le concedía tregua. O eso quería hacer creer a los del hospital.

Ahora teníamos el interrogante de quién habría colocado a ese pobre hombre en el parking, y con qué fines.

Por lo poco que recordaba, la pareja que lo llevó hasta allí le prometió una succulenta cena si entraba en su coche, pues le llevarían a un restaurante, invitándolo por caridad.

Le habían encontrado cerca de los contenedores de la basura, cerca del barranco, pues Andreu solía buscar cosas que tiraba la gente y ver si podía sacarles alguna utilidad o venderlo como chatarra. Como no había probado bocado desde hacía dos días casi, alimentándose prácticamente del pan duro que le daban en una panadería, esa oferta para ir a un restaurante ni se la pensó. Además, según él nos dijo, parecía buena gente. Pero una vez entraron en el parking con el coche, le sacaron justo cuando llegamos nosotras.

— Sólo sé que la señora le decía al marido: ¡Ahora, ahora es el momento! Y me abrieron la puerta mientras me decía la mujer que tenía que asustar al coche que bajaba por la rampa, que sólo era ese favor y luego íbamos al restaurante. —Nos confesó.

— ¡Qué extraño! — exclamé — ¿Y sabes algo de esa gente, sus nombres, cómo eran...?

— La señora se llamaba Eugenia, lo sé porque el marido la llamó así una vez y ella le riñó enfadada, pero yo me quedé con el nombre, Eugenia, sí. El marido no sé cómo se llamaba, pues ella le decía todo el rato nene o algo así. Ella era regordeta, con el pelo rizado, morena, y su voz era chillona. Él era delgado, de pelo canoso y así como yo, lo tenía largo.

— ¡¡Ya está!! ¡Ya sé quiénes son!

¿Cómo habrían podido hacer eso mis anteriores vecinos? ¿Su ansia de fastidiar mi vida había llegado hasta el extremo de venir a impresionarme con estas extrañas apariciones?

Porque ahora caigo en que la aparición del anciano la otra noche debe haber sido igualmente intencionada por ellos. Es un plan para hacerme moving, eso está claro.

Teníamos delante la llave que resolvía parte de la particular investigación que habíamos comenzado.

Faltaba saber a dónde conducía ese túnel que se hallaba en el barrando y cómo entrar en él.

— Andreu, le ayudaremos a retomar su vida. No se preocupe, puede quedarse en mi piso hasta que le encontremos un alojamiento digno. — Intervino Daniela, pues tenía un piso que alquilaba por habitaciones y al parecer tenía una libre.

— Muchas gracias. Es usted un ángel. Ya no puedo decir que no, pues no me encuentro bien, las fuerzas ya no son las de antes, y creo que va llegando mi hora...

— No diga usted eso, ya verá cómo se repone cuando duerma y coma bien.

La vida debe recompensarle por todo lo que ha hecho por su hijo. — siguió consolándole la psicóloga.

— Me gustaría volver a por mis cosas, las que tengo en el refugio. Son pocas pero no quiero perderlas.

— Sin ningún problema. Eso está hecho. — aventuré, ya que mi amiga no podría caminar, teniéndolo que acompañar yo misma.

A la mañana siguiente fuimos Andreu y yo hacia el barranco. Le dejé una camiseta mía ancha y unos pantalones de deporte hasta que fuéramos de tiendas. Por el camino me agradecía sinceramente el trato tan humano que le estábamos ofreciendo, que echaba tanto de menos la compañía con personas que verdaderamente se preocupaban del prójimo. Me conmovía su humildad, su sencillez, su estado de resignación con la situación que le había tocado vivir, como la de esos ermitaños que se adaptan a la precariedad y austeridad absoluta. Todo por el amor a un hijo que encima no se lo agradece... ¡Hasta dónde llega el amor de un padre!

Llegamos al caminillo que baja el barranco y por un escondite de ramas y piedras a media altura de la pared, me señala su cueva secreta.

— ¡Nadie diría que ahí vive alguien! — reconocí.

Subimos ayudados por un tronco que él utilizaba como escalerilla y desde arriba lo empujó para que volviera a caer y no diera pistas.

Apartando unas cañas que seguían a otras que estaban realmente fijas, se descubría una entrada camuflada entre la maleza. Con destreza iba colocando ramita a ramita a los lados para después volverlas a colocar una vez dentro del hueco, que se extendía a lo largo de un pequeño túnel. Había unos cuantos metros por lo que pasamos a gatas hasta toparnos con unas escalerillas que ascendían en unos cuantos peldaños hasta dar con un pasadizo cimentado.

— ¿No lo ha excavado usted todo esto, no?

— No, ya estaba. Era un refugio en tiempos de la guerra civil. Pero ya nadie se acuerda.

Dentro tenía lo que le proporcionaba lo necesario para descansar por las noches: una colchoneta, unas mantas, algunos enseres para guardar comida, y parte de lo que recogía en los contenedores que le servían para acarrear sus cosas, especialmente bolsos y cajas.

Escogió una de las cajas metálicas que tenía el dibujo de una marca de galletas, y poco más, unas bolsas con sus recientes adquisiciones que seguramente intentaría vender a un anticuario: billetes antiguos, sellos, figuras, y varios objetos de bronce.

Me llamó la atención que en una de las paredes parecía haber una puerta que había quedado sellada por ladrillos y cemento, peor que aún conservaba el dintel.

— ¿Por aquí había salida?

— Bueno, en realidad era la entrada, una de ellas. Por este refugio se hicieron varios túneles. Aquí encima había muchas masías y para que todos pudieran entrar rápido ...ya sabes, cuando avisaban las sirenas era que ya tenían encima los aviones tirando bombas.

— Abajo hay una entrada también...he visto una losa que parece taparla.

— Sí, pero es la que he dejado yo para que crean que es por donde se entra. Hace poco estuvo rondando por aquí gente del ayuntamiento. Ese agujero da a un túnel pero no creo que se comunique con éste. Creo que da al parking vuestro, pero no tengo ni idea. Una vez intenté entrar pero hace falta quitar muchos escombros y se me quitaron las ganas.

Ahora sí que estaba cerca. Debía mover esa losa y ayudarme con una pala y un pico para descubrir ese túnel.

Llevé a Andreu hasta el coche una vez camuflada la puerta de su cueva secreta, y haber saltado abajo agarrándonos por las cañas. Daniela se lo llevó y aproveché para ir a saludar al vecino que no había acudido la noche anterior a la cita.

La caja de latón.

No paraba de pensar qué habría tras la pared de ladrillos que habían tapiado del refugio donde vivía Andreu. No sería difícil derribarlo si es que se trataba de una sola hilera de bloques.

Nada más llegar me sorprendió ver a Simón. Estaba paseando a su mascota.

— Bueno, bueno...! — Me saludó — ¿Qué tal está mi vecina favorita?

— Hola, Simón, precisamente quería hablar contigo.

Enseguida me brindó su perrito todo el cariño que en ese momento necesitaba. Sus patitas sobre mi pantalón me trajeron agradables sensaciones, como cuando era pequeña y jugaba con mi perro. Ese perrillo tenía igualmente los mismos gestos, los movimientos tan graciosos que era imposible no despegar el corazón e hincharlo un poquito más de ternura. Después di un beso a su dueño en la mejilla, la que me puso a su disposición acercándose con la misma simpatía de siempre.

— Primero vamos a dar un paseo. Quiero enseñarte algo. — Me propuso.

Tomamos el camino que rodea la urbanización, dejando que el perrillo correteara lo que le correa extensible permitía, resultando un momento sumamente maravilloso. A su lado parecía que todo estaba en su sitio, que todo estaba bien, que se podía superar cualquier contratiempo...en definitiva, que me sentía completa y feliz.

— Verás — comenzó su explicación — Mañana habrá una reunión en la comunidad.

— Sí, recibí la carta informándome.

— Claro. Porque tú eres la principal causa de haber organizado esa reunión.

Me quedé atónita. Pero por otra parte imaginaba que, al ser nueva, tendrían una especie de compromiso para ponerme al día en las normas, y que esa

sería la cuestión de fondo, hacer presentaciones y tomar nota de las pautas de convivencia en la urbanización.

— Valery, debo prevenirte de algo. No te asustes con lo que te voy a decir...

— Bueno, la verdad es que noto algo raro aquí...no veo casi a nadie...y luego todo tan superorganizado...

— Debes prometerme que no dirás nada de lo que te voy a confiar.

— Dalo por hecho, Simón. Puedes fiarte de mí. Y te agradezco mucho que te preocupes por mí. Ahora dime lo que tienes que decirme. Me tienes en ascuas.

— Aquí han venido a vivir personas muy peculiares. No son personas normales como tú y como yo. Ellos vinieron primero y crearon esta especie de colonia. Eran una gran familia que fue creciendo y creciendo al irse juntando todos en un mismo espacio urbanístico. Los cuñados trajeron a sus padres, los padres a sus hermanos , éstos a sus hijos , primos, tíos...todos de la red de parentesco en una unidad poderosa.

— ¿Y tú tienes algo que ver con ellos? — pregunté.

— No, yo no, pero he notado que quieren absorberme. Igual querrán hacer contigo. Dirigen empresas en las que todos participan. Su economía incluso está controlada por la cabeza del grupo. Es una mujer muy inteligente, igualmente hermosa, pero a la vez es terriblemente manipuladora.

— ¿Qué me estás diciendo? ¿No querrán controlar también nuestros sueldos?

— Así es...esto es como un remolino..a medida que te va engullendo pierdes la capacidad de salir de su fuerza centrífuga. Yo estoy luchando por mantener las apariencias. Les he dicho que pronto formalizaré el contrato que te harán firmar a ti también en cuanto pasen unos meses...pero ya están sospechando de mi entereza y no sé si acabarán echándome de aquí. Algunas viviendas han ido quedando libres, porque algunos familiares han ido muriendo, y por eso hemos podido comprar estas viviendas. Yo creía que había tenido mucha suerte, pues es un lugar encantador, pero día si día no

tenía a la familia de la urbe convenciéndome de cómo llevar mejor esta pequeña sociedad. Me invitaron a muchas fiestas en las que me hicieron sentir parte de su grupo, me ofrecieron un trabajo mejor, me ayudaron en todos mis problemas, y se convirtieron en los mejores vecinos del mundo, casi era imposible imaginar la vida sin ellos.

— Pero todo tenía un precio....no? — musité torciendo los labios en señal de malestar.

— Por eso, debes ir con cuidado. Mañana ofrecerán su mejor imagen, te cubrirán de halagos, te harán sentir como parte de su familia, porque te han ido estudiando estos días y saben tus puntos débiles. Tienen formas de saber todo de ti, y saben cuáles son tus puntos flacos.

— De acuerdo, iré con cuidado. Me resultará casi como un juego. No me van a pillar en sus redes, tranquilo.

Mi preocupación ahora era poder ver lo que había en el túnel, pero necesitaba llevar a ese pasadizo los instrumentos para derribar la pared. Tras esa confianza de Simón, me atreví a proponerle que me ayudara en la misteriosa misión.

— ¿Querrías acompañarme a descubrir algo que te va a dejar alucinado?

— Así que tú también guardabas secretos...Ummm veamos...¿Qué me puedo esperar? ¿Un mapa de un tesoro escondido en el sótano? — bromeó.

— No..jajajja. Es algo que aún no he visto pero que intuyo te interesará.

— Antes tengo que contarte por qué no fui a cenar contigo la otra noche.

Descubriendo la conspiración

— Vino una gente a casa, un hombre y una mujer y me empezaron a hacer muchas preguntas. Después me pusieron algo en la boca y me quedé dormido. He ido a dar parte a la policía. Antes me pasé por tu casa para

explicártelo, pero no estabas.

Esto se pasa ya de castaño oscuro. Los vecinos del piso de Riudoms tienen la pinta de ser los que están poniéndome un cerco hasta el punto de afectar a la gente con la que entablo amistad. Seguramente el accidente del coche fue provocado igualmente por ellos.

— ¿Qué te preguntaban?

— Querían saber todo sobre ti. Les conté al principio lo de tu visión en el parking, pues pensaba que eran familiares tuyos y que querían darte una sorpresa, según me dijeron. Pero fueron tan incidentes en algunas preguntas que empecé a sospechar que realmente querían controlarte y fue cuando me taparon la boca con algo que debió ser éter y no recuerdo nada más.

— Bueno, ya sé quién son. No han parado de hacer cosas para que me encuentre mal aquí, en esta urbanización. Pero no te preocupes, esto lo voy a solucionar y no se volverá a repetir.

Me fui a su casa, a Riudoms, y me planté en su puerta haciéndoles cara. Doña Eugenia salió enfadada pues le había chafado la siesta. El marido salió después con su melena de greñas.

— Así que se dedican ahora a fastidiarme la vida, no?

— ¿Te has vuelto loca?

— ¿Por qué me hacen esto? ¿Por qué quieren que tenga miedo? ¿Por qué arruinan mi amistad con Simón? ¿Qué intentan conseguir con ello?

La señora pareció sufrir un ataque de pánico y el marido la tuvo que llevar adentro y sentarla al sofá.

Pasé detrás para acabar de saber por qué me hacían todo eso, pero algo me decía que ellos tenían miedo de algo. Y no era de mi presencia, sino de otra persona que les estaba manipulando.

— Tienes que prometernos que no dirás nada. O nos matarán.

— No diré nada. Pero por favor, decidme a qué cuento vino lo del pobre

hombre ese y lo de Simón.

— El vecino que compró tu piso... — dijo el marido mirando hacia abajo en señal a la vivienda que había dejado hacía una semana.

— Siga, siga por Dios!

— Nos tiene amenazados. Está descontento con la compra de la vivienda y quiere vengarse. Dice que pagarás por haberle amargado la vida. Que tenías que haber avisado de que había mucho ruido y que no se puede vivir aquí... Lo siento... creíamos que no vivía nadie aún y montamos una fiesta pensando que no íbamos a molestar...pero por lo visto se había alojado ya sin apenas muebles y esperaba descansar tras haber estado recluido en un sanatorio mental...

El nuevo inquilino había creído que la nueva vivienda ofrecía la tranquilidad que necesitaba, y al ver el jolgorio de los vecinos de arriba, entraría en cólera abriéndose la caja de pandora de sus paranoias.

— Nos puso contra la espada y la pared. — Siguió contando la señora — nos dijo que hiciésemos todo eso para que me enterara de lo que es enloquecer. Que él se había vuelto a trastornar por tu culpa.

¡Quién me iba a decir a mí lo que el ruido de un vecino puede ocasionar en una mente debilitada como la de ese enfermo!

Tenía ahora el dilema de cómo afrontar esa amenaza y salir indemne de todo ello.

— ¿Hay algo más que me quieran contar? ¿Qué más les hizo hacer?

— Bueno, lo primero que nos ordenó fue llevar a un tipo a la piscina donde vives y que te chafara el relax. Ya me imagino que lo recordarás.

— ¡Claro! Ya decía yo que era muy extraño... — respondí atando todos los cabos.

Me despedí de ellos y bajé a hablar con el vecino molesto. Le ofrecería mis disculpas por no haber sido avisado por la inmobiliaria del ruido que había en el piso de arriba. Lo entendería y asunto arreglado. Eso esperaba...

Llamé al timbre del que fue mi antiguo piso. Sentí las pisadas dirigirse a la puerta y el chirrido producido al arrastrar la alfombra que debía tener al otro lado.

Por entre el hueco me salió su cara, salpicada de agua o sudor, con el cabello despeinado en múltiples puntas disparatadas que se enfilaban hacia la coronilla, dándole un aspecto de Freddy el niño o algo así.

— ¿Qué quiere? — gruñe con la voz propia del monstruo de las cavernas.

— Soy la que has estado viviendo aquí antes que tú...

Y no me dio tiempo a acabar la frase porque me cogió de la pechera y me metió en el piso.

— ¿Has ido a la policía? ¿Me vienen a buscar?

— No, aún no he ido. He venido a advertirte. No quiero que vuelvas a molestar ni a los vecinos ni a mí. No has debido hacer todo eso, simplemente podías haber subido y haber solucionado ese problema dialogando... no?

— Ya lo hice...¿Qué te pensabas? Les advertí pero no me hicieron caso... siguieron y siguieron molestando hasta desquiciarme. Después me dijeron que tú les habías dicho que hicieran todo ese barullo para echarme, que el piso lo querías recuperar y que yo no era más que un okupa...

— ¡Imposible! Todo eso es una sarta de mentiras!! Yo fui igual que tú víctima de sus continuos ruidos, de las fiestecitas, de los tacones, de los murmullos que sus amigos no paraban de hacer mis noches una vigilia atormentada... — exploté con una cólera desconocida.

— Pues lo siento, no te molestaré más. Asunto arreglado. He perdido los papeles con estos vecinos... me imaginé que querían volverme loco otra vez... he estado sufriendo de stress mucho tiempo y acabé ingresando en un centro de recuperación. Imagina salir de allí y encontrarme con esto... espero lo comprendas.

—Pero no lo comparto. No tenías por qué obrar así. — le reprendí.

— Vale, vale, lo siento. Venga, te preparo un café. Ahora que nos hemos conocido quiero contarte algo que te va a interesar.

Sentí como si había ido tirando de un extremo del ovillo y éste me estaba llevando cada vez más a lugares insospechados, a hechos inimaginables en mi rutina anterior.

Se presentó dándome su nombre. Se llamaba Luis. Era historiador. Se dedicaba a escribir crónicas de varias guerras que asolaron la Tierra en diferentes épocas. Entendí su imperiosa necesidad de tener paz a su alrededor. El conocía mi nombre, pero no me nombró ni una sola vez. Creo que no me identificaba por Valery. Para él sería hasta ese momento la víbora de Riudoms, más que Valery que suena más a personaje noble de novelas de aventuras.

Preparó un par de cafés en la cocina. La casa tenía otro aspecto. El minimalismo se adueñaba de todo el espacio, y no había ni puertas ni sensación de limitaciones en la distribución de las habitaciones. Todo estaba a la vista, dejando abarcar una amplitud que me pareció increíblemente relajante.

Nos acomodamos en las sillas blancas, junto a la mesa blanca y bebimos de blancas tacitas el café con un sabor y aroma intensamente tropical.

— Está buenísimo este café.

— Me lo traen de la costa atlántica colombiana unos amigos que conocí allí. Sí, es delicioso...— me reveló con orgullo.

En ese marco propicio a la confesión, desde su íntima situación, aún en pijama, en zapatillas, con el destello de los sueños aún por barrer de sus lagañas mentales, me empezó a explicar:

— ¿Sabes? Me sorprendió algo cuando fui a ver la urbanización en la que vives ahora.

Mi atención se enfiló hacia sus palabras, agudizando los radares de la escucha, igual que mi cuerpo se acercó más a la mesa para estrechar la distancia entre ese hombre y yo.

— ¿Qué has visto?

— Todo está demasiado perfecto... Demasiado ordenado... Es tan sospechoso...

— Bueno... debe ser un prototipo de urbanización, un diseño acordado por los vecinos...— intenté darle un sentido a mi nueva residencia.

— No, no creo que sea eso... es como una maqueta... y yo me preocuparía por el papel que puedas jugar tú en ese diseño... no lo ves así?

— No sé...Mañana tengo una reunión con la comunidad. Quizá me den su razón para que todo sea tan pulcramente organizado. Pero consideraré tu opinión.

Marché para no seguir aturdiéndome con esa clase de conspiraciones. Resuelta la trama que me tenía inquieta y saldada con el compromiso que manifestó el inquilino en hacerse cargo de los arreglos de mi coche, suspiré al llegar al ascensor quitándome un peso de encima.

Volví a casa de Simón y le empecé a contar la aventura que habíamos ido planteando Daniela y yo. Parece que le gustó porque enseguida dejó a su perrito en la casa y se hizo con el pico que necesitaría para hacer el boquete. Con él no tendría tanto miedo al asomarme a ese otro lado de la pared.

De la misma forma que subí con el viejo, nos enfilamos a la apertura de la cueva, una vez habíamos descendido al barranco. Las ramas quedaron igual de colocadas al entrar dentro, y con la luz de su móvil fuimos a gatas hasta llegar al habitáculo central. Las paredes cimentadas le confirmaron que ese túnel había sido construido en tiempos de la guerra, por la calidad de los materiales que denotaban tanta antigüedad.

— Mira, ésta es la pared.

— Esperemos que no haya agua detrás...alguna cañería o algo... — planteó él.

El pico fue haciendo pequeños agujeros entre los ladrillos, hasta que se empezaron a despejar algunas aperturas hasta poder asomarnos.

— ¿Qué ves?

— No se puede vislumbrar apenas nada. Sigamos picando.

Simón estaba más entusiasmado que yo en poder entrar en ese tramo del túnel. No sé si lo que quería era impresionarme con sus fuerzas y valentía o lo que quería realmente era resolver ese misterio. Al contarle lo de las figuras en el parking, me dijo que él también las había visto y que a pesar de que las intentaron borrar, volvían a aparecer... que la pintura milagrosamente cobraba vida a través de la pared, y que por mucho que pintasen encima, salían a la superficie del muro como un fantasma que persigue atención.

— ¿Y quién lo habrá escrito? ¿Quién ha hecho esas señales?

— Un niño... yo creo que lo ha hecho un niño que pasa a menudo por los alrededores, que se cuela en el parking agazapado detrás de los coches y cuando ve que nadie le ve se esconde y pinta esas cosas. No se lo he dicho a nadie, porque conociendo la desmedida pulcritud del vecindario, el niño pagaría las consecuencias, no sé cómo pero no sería agradable. Tampoco es tan trágico lo que hace. ¿Quién no ha hecho garabatos en puertas o muros?

— Se trata de algo más, Simón. Es un secreto que ese niño quiere que sepamos. Hay algo que debe salir a la luz y él es un mensajero. — le manifesté como una gran conclusión a la que había llegado en un momento de lucidez.

Unas cuantas picadas más y la pared se vino abajo. Nos miramos gloriosos de haber roto el silencio de aquel enclave lleno de historia y que ahora tenía lugar su manifestación, su revelación, su descubrimiento.

El polvo no nos dejaba ver aún, pero en un momento se empezó a dibujar en nuestro campo de visión una especie de pasadizo perfectamente

acondicionado para poder pasar.

— ¿Pasamos? Llevo el pico por si acaso.....— dijo Simón enarbolando el palo como un guerrero de la Edad Media.

Sin contestarle, pasé un pie al otro lado, entrando en ese mundo a desentrañar .

Los dos muy pegados, fuimos dando pequeños pasos, entre las paredes igualmente cimentadas, llenas de señales, unas cuantas iniciales, unos dibujos de muñecos, unos corazones, y varios garabatos que bien podrían ser el entretenimiento de los niños que quedaron horas y horas esperando en ese refugio que los aviones dejasen de merodear y tirar bombas.

La largura era perfectamente encaminada al parking. Pero antes de llegar al mismo, se topaba con otra pared. Los cimientos de las construcciones habrían dado con el refugio y seguramente aprovecharon la hondonada para hacer los sótanos de las casas en las que vivíamos. Precisamente era solamente nuestra hilera de casas las que tenían sótanos en sus bajos, completando la casa de tres plantas , ya que las demás casas no tenían más que dos, sin el espacio abajo que les sirviera como bodega o trastero.

— ¿Qué será lo que debemos encontrar aquí? — pregunté inquieta.

Buscamos por todo el espacio, sobretodo la zona que parecía más cuidada, más cimentada. Levanté una piedra con ayuda del pico, y para nuestra sorpresa vimos que debajo había una cosa metálica. Habían enterrado una caja. Con sumo cuidado quitamos el cemento que tenía alrededor, pues estaba bastante encastado.

Sólo hacía falta levantarla, una vez hecho hueco suficiente para meter los dedos y tirar. Nos miramos Simón y yo, congelando ese momento tan intenso, tan excitante.

A través de sus cristalinos ojos verdes me reflejé como una mujer enamorada, dispuesta a entregarle mi corazón, dispuesta a crear un estrecho vínculo que nos uniera de por vida.

— ¡Vamos allá! — señaló una gran convicción con su mirada, que traspasó mi retina hasta depositarse en mis adentros.

Con cuidado fuimos tirando de la caja hacia arriba. El dibujo estaba borrado, pero se adivinaba una decoración floral en la tapa y los laterales. No era muy honda, tan sólo era igual de grande que una caja de zapatos. La pusimos a un lado. No pesaba mucho, parecía que contenía más bien documentos o cartas.

— ¿Quieres abrirla tú, Valery? Mereces ese privilegio...

— Gracias, pero antes quiero hacer una foto y enviarla a Daniela, mi amiga. Ella descubrió también las señales. Debo compartir el descubrimiento con ella.

Hicimos con el móvil algunas capturas de la caja, de la pared derrumbada y de nosotros dos ante la caja metálica. Se las enviamos y ella nos lo agradecía completamente excitada con esta increíble aventura.

— Sois unos estupendos exploradores! — nos escribió como respuesta.

Entonces llegó el momento de abrir la caja y descubrir el gran secreto que ocultaba.

En la cajita había unas monedas doradas. Simón tomó una de ellas y pudo adivinar su procedencia, dada su afición al coleccionismo.

— Mira, es una de las monedas de oro, parece americana. Puede que sea una con las que el gobierno republicano, pagó la ayuda de la Unión Soviética. Es una moneda antigua acuñada. — observó Simón.

Parece que tiene mucho valor, pero también puede que lo tenga sentimental.

Valery consultó desde su móvil y señaló:

— Aquí, en esta web dice que fueron 640 toneladas de oro. Y que eran monedas antiguas.

— Eso debería valer bastante. Seguro que el valor numismático era enorme.
— pensó Daniela

— Según las fuentes de este informe, se valoraba en 718 millones de dólares de por aquél entonces. — siguió explicando Valery.

— ¿Les sirvió de algo la ayuda? — preguntó Daniela.

— Ante la Legión Cóndor y sus curtidos y ultramodernos pilotos, no lo tuvieron fácil, los pilotos españoles no tenían apenas experiencia. — agregó Simón. — Pero fue el único país que ayudó a la República. No les servía la chatarra que Polonia vendió a alto precio, eran armas muy desgastadas. Tampoco recibieron ayuda de los demás países, aunque la mendigaron bastantes veces.

— Mira, hay unas cartas — exclamé embargada de una especial emoción.

Con sumo cuidado desarrollé el lazo que unía ese fajo que parecía un manojo de recuerdos esperando a ser rescatados del olvido.

Entre las líneas se buscaba desesperadamente el paradero de determinadas personas.

Eran diarios que intentaban poner al día a alguien que les había dejado en momentos de verdadera tristeza.

“Sebastián Gil Rueda” firmaba identificándose. Había regresado a España tras un recorrido por los caminos del infierno huyendo de la guerra y la cárcel, y por fin pudo regresar con los suyos, recuperando el cariño de sus padres y hermanos, pero ansiando volver a ver a su amada Beatrice, de la que sólo supo por sus padres que intentó encontrarle viajando hasta Francia y Alemania, pero que nunca más supieron de ella.

Sebastián dejó sus pensamientos en unos versos hacia su amada Beatrice:

“ Te suspendes en el aire

*Desafiando la gravedad
Con sutileza te desenvuelves
Transformando la realidad
Destapando la losa de las emociones
Haciendo que mi espíritu flote
Liberado de su carnal prisión
Este mundo aprisiona, condena,
Destapaste la losa del amor
Liberándolo de la prisión
Que este mundo encarcela
Un murmullo de emociones
Se confunden en este anhelo
De querer verte y abrazarte
Y que mueren en su empeño
Por ser un amor imposible
Aunque no renuncie a ser dueño
De todo lo que nace y crece
En el fondo de mi alma cada vez que apareces ”*

Tomamos nota de todo lo que nos pareció relevante para poder empezar a investigar. Debíamos volver a reunir a los familiares de esas personas que

quedaron distanciadas durante la guerra.

Fue un viaje acordado, en el que buscaríamos a través de la agencia todos los posibles descendientes de la familia Gil Rueda y la otra familia rusa.

Al día siguiente

La reunión iba a comenzar. Acudí a la plazoleta cercana a la piscina donde daría comienzo la reunión de la comunidad de propietarios de la urbanización “Minerva”. Me di cuenta de que todos estaban vestidos de manera similar. Era de esperar, tal y como me había anticipado Simón, aquello iba de personalizar hasta la médula a todo inquilino. Y ahora me tocaba a mi.

— Buenas tardes, Valery. — me saludó el Presidente, Sr Alejandro.

— Hola, buenas tardes. Siento llegar tarde. Creía que la reunión era a las 8:30 — me disculpé.

— No, no pasa nada, nosotros llevamos aquí desde las 8, pero era para tratar otros asuntos nuestros.

Desde luego que con eso me daba por sentado que me habían excluido de esos temas a los que se refería.

— Claro, pero me gustaría estar al día en lo que respecta al funcionamiento de los suministros, limpieza, y estética de las calles. He visto que guardan un estilo muy característico.

— Sí, de eso queríamos hablar contigo. Si te parece bien esta semana podemos enviarte a nuestro paisajista. Es decorador de interiores también, y puede modelar tu vivienda para que luzca en armonía con el conjunto. Nosotros hemos aplicado la técnica tan exitosa de Japón en la que el orden y la uniformidad conforman parte de la buena convivencia. Es importante sentirse parte integrante de esta maravillosa y feliz comunidad, en la que todos nos ayudamos y prosperamos gracias precisamente a esa unión que nos hace fuerte.

— ¿Unión? ¿A qué se refiere exactamente?

— Nosotros no somos solamente vecinos. Somos también parte de una pequeña sociedad. — explicó uno del grupo. — Por cierto, yo soy Jean Paul, soy tu vecino, vivo en el 4.

Jean Paul tenía casi el mismo pantalón de lino gris claro, el mismo polo blanco y las mismas deportivas blancas. El corte de pelo muy parecido, casi rapado a los lados y un pequeño flequillo a un lado. Podría decir que olía exactamente igual, a lavanda.

— Bueno, yo sólo he venido aquí por la casa, me gustaría hacer mi propia vida, no quiero ser parte de ninguna sociedad, ya bastante tengo con mi trabajo, pagar los impuestos, y por supuesto no meterme con nadie respetando las normas.

— A eso me quiero referir, Valery. — añadió Alejandro— ésta es una subsociedad, que tiene sus normas para que funcione con perfección. Hemos observado que desde que estás aquí han sucedido varias cosas muy extrañas. Algunas personas han estado intentado molestarte. Lo hemos visto gracias a las cámaras de vigilancia que tenemos instaladas en lugares indetectables para cualquier otra persona que no sea de nuestra sociedad. El señor de la piscina que rompió tu paz, el anciano del parking... todos ellos empujados por alguien que te quería hacer pasar miedo, incluso el auto golpeado....Nosotros nos encargamos de todas esas cosas no ocurran, porque tenemos nuestra propia protección de seguridad. Si tú quieres disfrutar de ella, sólo tienes que firmar un acuerdo y estarás a salvo de cualquier otro ataque a tu persona. También queremos que otro vecino se incluya, Simón, y estoy seguro que si tú lo haces, él se convencerá que será lo mejor para todos.

Ya hemos visto que ha surgido una buena amistad entre vosotros. — me insinuó.

— ¿Cómo? ¿Me han estado espiando?

— No, nada de eso! El mismo nos lo ha mencionado. Pero sólo por encima, no te preocupes. Además, no hubiera hecho falta...sabes que hay cámaras como ya te he dicho.

La reunión acabó en el momento que decidí no formar parte de su propuesta. A partir de entonces todo se empezó a complicar.

Esa noche volví a tener otra pesadilla:

Aparición de un hombre

“Ya accioné el mando para abrir mi coche cuando percibí entre los coches del fondo una silueta humana que se deslizaba agazapada para ocultarse detrás de una de las furgonetas.

Inmediatamente se disparó la adrenalina que, como un resorte para prevenirme de un posible asalto, me hizo entrar apresurada en mi coche, donde accioné el cierre de seguridad y metí la llave de contacto, para salir de allí lo antes posible.

Me estaba ya imaginando cómo esa persona que se ocultaba , de la que pude deducir tenía gran dimensión por su voluminosa corpulencia, se me venía encima para atracarme o hacerme daño. No había nadie más en el parking, por lo que sólo estábamos esa extraña persona y yo, lo que me dejaba totalmente a su merced.

Conseguí arrancar el motor a pesar de los nervios y de una acelerada brusca salí del aparcamiento echando marcha atrás, sin mirar si venía o no alguien por el pasillo.

Escuché un quejido seguido de un golpetazo, hecho que me confirmaba que

esa persona estaba detrás y la había atropellado sin darme cuenta. Si me paraba y acudía a socorrerla me jugaba mi propia vida, si es que lo que quería era atacarme. Sino, ¿Qué sentido tendría esconderse entre los coches y de pronto aparecer por detrás? Giré el volante para tomar rumbo a la salida, agobiada por la idea de que saldrían tentáculos de esa cosa o ese maleante que me había esperado en el parking, que había aprovechado el momento en el que nadie más que yo estaba en ese lugar para con total libertad acecharme y hacer lo que en sus planes tuviera, para su beneficio o maleficio más bien dicho.

De pronto, poniéndome al máximo en el termómetro del espanto, aparece su rostro ante mi ventana próxima, totalmente convencido en atrapar toda mi atención y lo consiguió. Esa cara me resultaba demasiado familiar como para irme sin resolver qué me unía a esa persona. Era un hombre ya mayor, con falta de un buen afeitado por su media barba descuidada al igual que todo él, ataviado con un traje de otra época situada entre 1930 y 1970, sucio y medio descosido. Su pelo le llegaba a la altura de los hombros, lacio y áspero por la cantidad de polvo acumulado, tirando a cobrizo aunque se adivinaba el castaño oscuro en su estado original, sin la mugre que ahogaba el color y brillo natural.

Las arrugas de la cara, labradas a fuerza de eternas horas al sol y la intemperie, le otorgaban la crudeza de una vida dura, expuesta a las inclemencias, con la huella del desaliento en los ojos apagados con el velo de la vejez del desgaste, de días y noches entre el hambre y el miedo, de horizontes desplomados en la cárcel de su limitado destino. Un hombre sin nombre, sin patria, sin familia, sin nada... Que ni siquiera pertenecía a su propio tiempo.

Con una mezcla de pena y miedo aceleré para dejar atrás esa secuencia que no sabía en qué podría acabar, si en un acto de socorro a un pobre vagabundo o en un ataque sobre mi persona y lo que pudiera llevar encima.

Ese hombre parecía haber huido de la justicia, porque si necesitaba algo podría haber ido a los servicios sociales que se encargan de atender este tipo de necesidades, dando ropa, comida, un lugar donde dormir e incluso brindarle algún tipo de ayuda a nivel psicológico. Yo, no sabría qué hacer

con una persona así, no podría alojarla en mi casa, sin saber nada de ella, ni tampoco arriesgarme a que me acusen de encubridora si es que ha cometido algún delito. Las compuertas de salida del parking se abrían con demasiada lentitud, dada la imperiosa necesidad por buscar auxilio en el exterior. Miraba hacia atrás continuamente, para ver si me había seguido y por dónde me iba a volver a aparecer”

Al día siguiente todo se precipita.

En casa de Simón hay un escape de gas y él casi muere. Ante las sospechas del autor de tal accidente, solicito una investigación en la compañía del Gas Ciudad. El presidente tiene una instalación de tuberías de gas que dirige la expulsión del mismo en los mismos dormitorios de las casas que escoge, a través de los conductos de ventilación.

La policía recoge datos de las extrañas desapariciones de algunos vecinos que vivieron en esas casas y que no se ha encontrado explicación.

Bajo el jardín del dueño encuentran restos que pueden pertenecer a esas personas que cayeron en sus garras.

Daniela me invita a la sesión de un colega suyo que es hábil en practicar regresiones. Intuye que la persona que se manifiesta en mis sueños es alguien perteneciente a una de mis reencarnaciones. Yo me resisto pues no soy partidaria de este tipo de sesiones, pero me insiste tanto que acabo por ponerme en sus manos.

Tras un proceso de relajación, entro en una especie de trance, en el que empiezo a verme en otra época. Parece que estoy asistiendo a una especie de condecoración, hay bastante agitación entre los que están allí reunidos, en una especie de salón lujosamente ornamentado. Tengo la sensación de hablar un idioma extranjero. De pronto aparece una imagen en un espejo, me veo a

mí misma y me sorprende verme tan bella, rubia, con la tez de porcelana. Siento una gran angustia cuando tomo a un niño de la mano. Está deseando ver a su padre, pero se ha ido al frente y no sé nada de él. Miro unas fotos en unos portarretratos y me asombro al ver el rostro de una persona que me resulta muy familiar.

Es la persona que se me aparece en el parking.

Me despierto sobresaltada. Intento coger aire, pero mis pulmones están atacados por una gran excitación.

El terapeuta de hipnosis me relaja hablándome con mucha delicadeza. Recobro la calma y cuando tengo dominio sobre mí misma doy testimonio de lo que he descubierto.

— Sebastián ha intentado permanecer aquí esperando a Beatrice.

No trato de explicar ese fenómeno con la demostración de tantas almas en penas que vagan por este mundo esperando saldar alguna deuda pendiente antes de descansar en paz.

Pero el experto me ofrece la posibilidad de intentarlo para que al menos, esos sueños no se vuelvan a repetir.

Lo primero que hacemos es dar con la descendencia de las dos familias, a través de los memoriales de guerra, archivos, embajadas de Rusia en España y otras organizaciones que aciertan con el paradero de la hija de Beatrice. Fueron llevadas ella y su madre a Siberia, en una de las granjas más seguras a las que la invasión nazi no logró llegar. Dejaron en España a los padres de Sebastián y a Vicenta, que refugiados en aquella masía y su túnel subterráneo pudieron pasar desapercibidos de las persecuciones. En cuanto los compatriotas de su padre pudieron despegar de Púlkovo con aviones idénticos a los alemanes, recogieron a toda la familia para llevarla a Rusia una vez acabada la guerra.

Buscaron el paradero de Sebastián y Enrique en Alemania, pero fue en vano. Parecía que habían sido víctimas del holocausto hasta que alguien les propuso buscar entre los supervivientes de la resistencia alemana. Y ahí fue donde hallaron a dos españoles que habían cambiado sus identidades para poder

pasar como ciudadanos austriacos. Tuvieron la genialidad de dejar sus apellidos como apodo para un modelo específico de avionetas, las Gilruedas. Por lo que enseguida supieron que habían sobrevivido y creado su propia firma en el extranjero.

Enrique y Sebastián tuvieron la oportunidad de salir de entre los cientos de miles de prisioneros y encontrarse en el mismo plan de huida. Teresa y Marcelí dieron con ellos por fin. Su gran emoción al verse y los deseos de encontrarse con los suyos les fortaleció para emprender el camino juntos , aunque no pudieron regresar hasta que el peligro de ser nuevamente encarcelados hubiera pasado, por lo que se establecieron en aquél país hasta pasados muchos años, tras los cuales comprobaron al volver que toda su familia había emigrado , pero no sabían hacia dónde.

Llamamos a la hija de Beatrice, Carmen en recuerdo de su abuela, que al escuchar nuestra historia se apresuró a venir en busca de esos recuerdos que mantener.

Le contamos todo lo que sucedía en ese parking, las señales, el niño que dibujaba esos signos que los vecinos intentaban borrar, y ella nos confesó que Vicenta perdió un hijo justo a esa edad, y que siempre solía escribir señales en la pared del refugio, esperando que alguien el día de mañana las descubriese....

Tras una breve estancia en mi casa, Carmen recorrió lo que en una etapa de su vida fue su refugio, y una noche tuvo un sueño muy extraño.

Me contó que vio a su padre feliz de reencontrarse con su madre y que le hubiese gustado mucho, verla crecer. Después, vio en sueños que esa figura de hombre ya en paz, se fue difuminando hacia una poderosa luz celeste y desapareció.

Simón , Daniela, Andreu y yo la acompañamos hasta el aeropuerto de Reus, desde el que tomaría otro avión hasta Moscú. Se llevó la moneda de oro como un objeto valioso no por lo económico sino por todo el amor que encerraba y que inició la historia de su vida.

Tras poner fin a este deseo que nos había sido encomendado, iniciamos el seguimiento de los demás miembros de la familia, pues seguramente tenían mucho que ofrecernos como ejemplo de gran superación.

Campo de concentración de Mauthausen

En la alambrada, electrificada con una corriente de 380 voltios, numerosos presos se suicidaban tirándose a ella, otros fueron apaleados delante de ella, siendo cegados por los kapos que se divertían empujándolos hasta que se daban contra la alambrada, para su diversión.

De todos los campos de concentración, el de Mauthausen fue el más brutal debido a la cantera de granito por la que muchas vidas dejaron de existir al cargar con bloques de 20 kilos que debían subir varias veces al día por la escalera de la muerte, de 186 peldaños que recoge la sangre de todos los que por ella perecieron.

Los guardianes de la SS y los kapos, que eran prisioneros entre ellos polacos, senegaleses, o españoles, más sanguinarios y crueles que sus propios jefes, empujaban al precipicio a los prisioneros que escogían dada su extrema debilidad desde el muro llamado de los paracaidistas, en la parte alta de la cantera, y con todo el cinismo les hacían volver a subir como fuera, ayudados por otros presos si es que no quedaban muertos hasta que volviéndose a tirar acababan por expirar. Otros, desesperados, se tiraban voluntariamente para acabar de una vez con tanto sufrimiento.

Los perros que adiestraban en la SS igualmente despedazaban a los que habían sido elegidos a tal tortura, siguiendo las órdenes de sus amos, por lo que constantemente el infierno paseaba por el campo.

En caso de necesitar asistencia sanitaria, no era la enfermería un lugar donde curarse sino un motivo más para la tortura. En ella, había ocho barracones donde miles de pacientes, llegando a 4.000, se hacinaban en literas con tres o cuatro enfermos cada una.

Un fotógrafo que trabajó para el servicio nazi de documentación pudo sacar los negativos que dan testimonio de la masacre. Los pudo guardar una vecina de Mauthausen que simpatiza con un preso y pudo ocultar en el muro de su jardín. Eso pudo identificar a muchos despiadados SS que sirvieron en ese campo y para dar constancia gráfica a lo que se vivió allí.

El ejército norteamericano entró en el campo el 5 de mayo de 1945, y las banderas republicanas sustituyeron a las nazis, la puerta del campo inscribió en una pancarta que “los españoles antifascistas saludan a las fuerzas libertadoras”. Esta liberación no fue el final de la guerra para los republicanos, pues no pudieron volver a la España del franquismo, que era aliada ideológicamente con los nazis por lo que tuvieron que encontrar asilo en otros países como Francia.

En el castillo de Hartheim, su director, un médico de la SS al que llamaban el inyectador, disfrutaba matando a los prisioneros con inyecciones de gasolina o fenol en vena. Allí murieron 449 prisioneros españoles.

Hasta el 5 de mayo de 1945 fueron liberados de todos los campos y subcampos. Fueron más de cuatro años encerrados tras esas alambradas.

Las señales que llevaban en la ropa, eran como las señales de tráfico, con el triángulo invertido y de diferentes colores, según los delitos por los de la SS considerados.

Amarillo para los judíos, rojo para los prisioneros políticos, verde para criminales comunes, azules para emigrantes, púrpura para testigos de Jehová, rosa para homosexuales, negro para mujeres asociales, prostitutas, vagos, sin techo, inadaptados, retrasados mentales, enfermos mentales, gitanos, anarquistas, alcohólicos, adictos a drogas.

Marrón para los gitanos posteriormente.

Si eran judíos y además tenían otro delito se superponía el triángulo al amarillo. Así se traducía en una estrella de David, al superponerse los dos triángulos contrapuestos.

La letra que se incluía dentro denotaba el país de origen.

B para belgas, F franceses, I italianos, J yugoslavos, N noruegos, P polacos, S españoles o SP si eran republicanos españoles, republikanische spanier. En su triángulo azul.

T para checos U para húngaros.

También se marcaba el número del interno, y si era reincidente se ponía una barra sobre el triángulo del mismo color. El círculo negro debajo del triángulo indicaba que el prisionero era de los batallones de castigo. Si el núcleo era rojo era por los que se sospechaba intentaban la fuga. El triángulo rojo era de pertenencia a las fuerzas armadas. El brazalete marrón marcaba al prisionero especial, las mujeres acusadas de relaciones interraciales, tenían un triángulo invertido amarillo sobre otro negro.

Los hombres con el mismo delito tenían un reborde triangular invertido negro sobre un triángulo amarillo.

Una compañía privada fundó el campo con fines económicos. Eran los propietarios de las canteras Wienergraben y Bettelberg. La dirigía Oswald Pohl, oficial de alto rango de las SS. Él compró esas canteras y tras ordenar la construcción de Mauthausen que fueron los mismos españoles los que tuvieron que edificar piedra a piedra para poder refugiarse y no estar a la intemperie.

Un año después comenzaron a construir el campo de Gusen. Con el granito que se extraía de esas canteras habían pavimentado las calles de Viena . Las autoridades nazis quisieron reconstruir los edificios ministeriales con ese granito que extraerían los mismos españoles de las canteras. Algunos bancos ayudaron con la financiación de la construcción, como el Dresdner Bank, banco de Praga escompte bank , la Cruz Roja alemana o del mismo dinero robado a los presos de los otros campos de concentración, en el fondo Reinhardt.

El campo de Mauthausen al acabar el 39 no daba más capacidad para albergar a más presos, de mil ochenta a tres mil se pasó en un año. Al construirse el campo de Gusen, a escasos cinco kilómetros de distancia, se fue repartiendo ocupando los primeros barracones en abril del 40. El 25 de mayo ya llegaron los primeros prisioneros desde Dachau y Sachsenhausen mayoritariamente.

Todos eran esclavos, utilizados para trabajar en las canteras de granito así como siendo alquilados en negocios de la zona.

Se separaron con alambre de espino los barracones del subcampo de Gusen y quedó apartado el campo de trabajo de prisioneros de guerra.

Casi todos esos prisioneros de guerra eran oficiales soviéticos.

En el 42 la capacidad de los campos llegó a su límite. Se amplió el de Gusen, y en ese nuevo espacio fueron almacenando los bienes robados en los territorios ocupados para el depósito central de la SS, para luego llevarlos a Alemania.

El subcampo Gusen II se creó en marzo del 44. El almacén del depósito también se convirtió en un campo de concentración. Necesitaban mucha mano de obra porque los muchos alemanes se alistaban a la Wehrmacht o fuerzas armadas.

LA MALDAD

¿Dónde nace la maldad?

El deseo de hacer daño a otra persona, a un animal, a un ser, nace de una extraña necesidad

de acabar con lo que molesta, lo que estorba, lo que dificulta la expresión de ese otro ser que no tiene escrúpulos, que no tiene consideración, que no contempla el derecho a la vida del que no le favorece.

Es egoísmo puro, ansia devastadora de destacar en todo momento, incapacidad de valorar la vida ajena en la misma medida que la suya propia. Tan solo valoran al otro si es que posee lo que ellos necesitan para llegar a donde quieren, a tener más satisfacción, a tener más poder.

La maldad debería incluir un resorte de autodestrucción cuando esta expresión devastadora amenazara la bondad en su estado puro. En la naturaleza debería existir una implacable ley grabada en el ADN que protegiese a los seres que hacen de este mundo un Paraíso.

Querido lector. Agradezco que hayas llegado hasta esta última página, lo que significa que has estado intrigado en conocer el desenlace de esta historia y todo lo relacionado a sus circunstancias.

Yo misma quedé profundamente impactada al informarme de todas las canalladas que se han llegado a hacer y que hoy día se siguen haciendo, y todo por la ambición y el ansia de poder de tantos gobernantes. Quiero pensar que el hombre dejará algún día de emplear la violencia para someter a sus iguales, porque entonces sabré que verdaderamente ha evolucionado.

Gracias por ser portavoz del respeto hacia las vidas ajenas, seas cuales sean sus ideas, razas, condición sexual o religión.

Datos sobre la autora:

K. Spencer es el pseudónimo que utilizo en alguna de mis novelas. Desde siempre me ha inquietado la posibilidad de manifestar los sentimientos a través de un papel, pues es importante poder plasmar el paisaje interno que según las circunstancias de la vida, será de uno u otro color. Esta novela indudablemente tiene un tono bastante doloroso, pero sólo así puede ser por cuanto en él relato. La esperanza pone tintes azules al final, porque el amor siempre triunfa a pesar de todo.

Libros publicados:

“Amor más allá de la vida”

“La caza de la secta” “El sendero del dragón”

“Amantes”

Disponibles en Amazon.

Visite la página de Facebook

K. Spencer Escritora.com Facebook si desea saber sobre nuevas publicaciones.